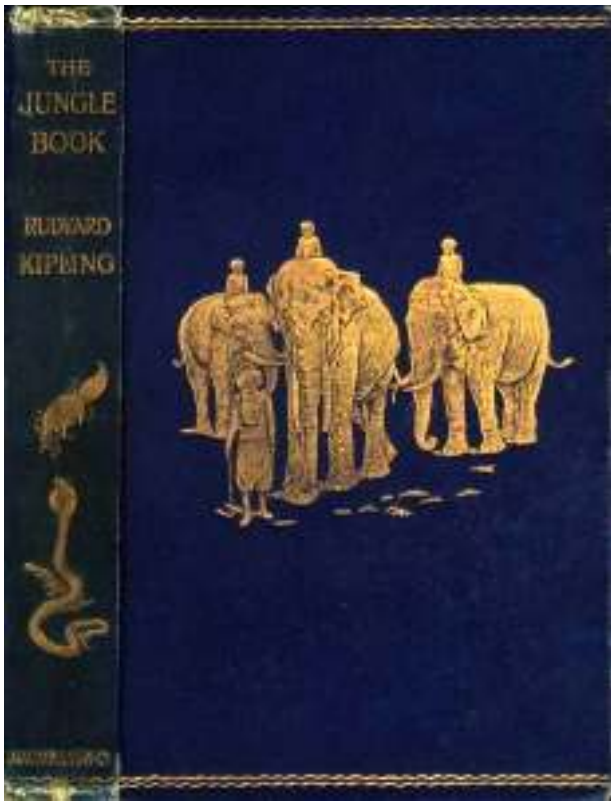
RUDYARD KIPLING

El libro de la selva



RUDYARD KIPLING (1865 - 1936)
Imagen de dominio público. Fuente:
http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Rudyard_Kipling.jpg

El libro de la selva

Rudyard Kipling

Los hermanos de Mowgli
Mang, ese ciego con alas,
suelta las bridas de la noche.
Rann es su amigo, en él cabalga.
Duermen las vacas sueños torpes.
Los corderos tiemblan, balan,
y tras la puerta se esconden.
Somos dueños hasta el alba.
Queremos siempre ser libres,
fuerza, pasión desatada.
Que abunde siempre la caza.
Será así, si en la Ley vives.

LAS COLINAS DE SEEONEE PARECÍAN UN horno. Padre Lobo, que había pasado todo el día
durmiendo, se despertó. Se rascó, bostezó y fue estirando una tras otra las patas. Quería desprenderse de
todo el sopor y la rigidez que se había acumulado en ellas. Madre Loba estaba echada. Su cabeza gris reposaba,
en señal de cariño y protección, sobre los lobatos, cuatro animalitos indefensos y chillones. La Luna
brillaba en todo su esplendor nocturno fuera de la cueva.
—¡Ahuugr! —sentenció Padre Lobo—. Es hora de salir de caza —y ya estaba a punto de lanzarse
pendiente abajo, cuando se presentó a la entrada de la cueva una sombra menuda y furtiva; era bien visible
su cola esponjosa. Empezó en tono lastimero:
—Buena suerte, jefe de los lobos. Y que la misma buena suerte sea siempre con tus hijos. Que puedan estar eternamente orgullosos de sus fuertes colmillos. Y que jamás les falte el apetito.
Era el chacal —Tabaqui el lameplatos— el que así habló. En la India los lobos desprecian a Tabaqui
por ser un chismoso. Siempre anda con cuentos e historias de un lado para otro. También lo desprecian
por su dieta: despojos y todo lo que haya mínimamente aprovechable en cualquier basurero.
Despreciable, sí, pero temible. Más que cualquier otro animal, cuando a Tabaqui le entra la locura,
se olvida de su miedo y muerde todo lo que le sale al paso: cosas y animales. Son los momentos en los que
hasta el tigre no se atreve a vagar libremente por la Selva. Les preocupa hasta el solo pensamiento de poder
verse reducidos ellos mismos a una situación tan deplorable. Porque, en la Selva, la locura es considerada
como una deshonra, la mayor de todas. Nosotros sabemos que se trata de la hidrofobia*. Pero ellos le dan

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

simplemente el nombre de locura.
—De acuerdo. Pasa y busca —dijo Padre Lobo—, pero quiero que sepas de antemano que no hay
comida.
—A buen seguro que no la hay para un lobo —contestó Tabaqui—, pero para un animal como yo,
hasta un hueso mondo es un excelente banquete. Nosotros, el Pueblo de los Chacales, no tenemos elección
a la hora de comer.
Se dirigió sin dilación hacia el fondo de la cueva. Encontró un hueso de gamo. Todavía tenía algo
de carne adherida. Empezó a triturarlo con fruición.
—Gracias por tan excelente comida —dijo relamiéndose—. ¡Qué hijos tan hermosos tienes! ¡Cómo
se adivina en ellos la nobleza! Tienen unos ojos enormes. Y qué maravilla de juventud la suya. Aunque
nada de esto me debería extrañar. Los hijos de los reyes son hombres desde que nacen.
Tabaqui sabía de sobra que no ayuda a la buena crianza alabar a los lobatos estando ellos presentes.
El descontento se reflejaba en la actitud de Madre Loba y de su pareja.
Tabaqui guardó silencio un momento como recreándose en el mal que había hecho. Luego, añadió
escupiendo sus palabras:
—El Gran Shere Khan ha cambiado su territorio de caza. Estas colinas serán su cazadero durante
las próximas semanas, hasta que cambie la Luna.
Shere Khan era el tigre que ahora merodeaba cerca del río Waingunga, a pocos kilómetros de distancia.
—¿Por qué lo ha hecho? No le asistía ningún derecho —dijo furioso Padre Lobo—. De acuerdo
con la Ley de la Selva, nadie puede cambiar de territorio de caza sin previo aviso. Espantará la caza en kilómetros
a la redonda. Y entonces tendré que trabajar el doble para encontrar el alimento de mi familia.
—No olvidemos que su madre siempre lo llamó Lungri, el Cojo. Por algo sería —dijo Madre Loba
quedamente—. Es cojo de nacimiento. Jamás ha sido capaz de matar otra cosa que animales domésticos.
Por eso, al sentirse perseguido por los campesinos ribereños del Waingunga, se ha venido hasta aquí para
causarnos mil problemas. Por su culpa no dejarán de revolver hasta el último rincón de la Selva, en su intento
de encontrarlo y de matarlo. Pero el se marchará. Y nosotros tendremos que irnos lejos con nuestros
cachorros. Sabemos que estas fiestas terminan siempre con el incendio de la maleza. Eso se lo tendremos
que agradecer a Shere Khan.
—Si queréis, como muestra de agradecimiento, le puedo transmitir vuestros deseos —dijo Tabaqui.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

—Largo de aquí, miserable —gritó enfadado Padre Lobo—. Largo de aquí y vete a cazar a la sombra de tu amo. Ya has hecho tu mala acción de la noche.
—Tranquilo, ya me voy —dijo en tono insidioso Tabaqui—. Aunque realmente me podría haber
ahorrado traeros la noticia. Vosotros mismos podéis oír desde aquí a Shere Khan rugiendo en la espesura.
Padre Lobo escuchó atentamente. En el fondo del valle se oía esa especie de lamento seco, rabioso
y chirriante que emite el tigre cuando está ayuno de presa. Y le tiene sin cuidado que se entere de su fracaso
toda la Selva.
—¡Qué estúpido! Habrá pensado que aquí los gamos son como los pesados bueyes en el Waingunga.
—Cuidado. No es precisamente bueyes lo que está buscando. Busca al hombre. Le ha vuelto rabioso
el olor de hombre y lo busca —dijo Madre Loba.
El lamento se había convertido en un ronquido que parecía surgir de las entrañas de la tierra llenando
el universo entero. Era esa clase de ruido infernal que asusta a los leñadores, obligados a dormir al
raso, y a los vagabundos. En ocasiones les hace enloquecer de tal modo que, sin darse cuenta, se arrojan a
las fauces mismas de la fiera.
—El hombre —dijo Padre Lobo abriendo sus mandíbulas y enseñando las formidables filas de
dientes—. ¡Qué asco! Habrá agotado ya los escarabajos de nuestros campos y las ranas de nuestros estanques
para que, de repente, se le haya ocurrido que le apetece carne humana. Y, además, en nuestro propio
territorio.
La Ley de la Selva prohíbe taxativamente* a toda fiera comer carne humana. Hay una sola excepción:
matar para enseñar a los cachorros a hacerlo. Pero entonces es también preceptivo que se haga fuera
del territorio de caza de la manada. Y hay una razón muy poderosa para ello: matar a un hombre trae como
consecuencia segura que, tarde o temprano, hombres blancos invadan la Selva armados de fusiles, acompañados
por hombres de color equipados con todos los instrumentos capaces de producir el mayor ruido. En
la Selva todo es entonces dolor y sufrimiento.
Las fieras saben que el hombre es el animal más indefenso de la naturaleza. No es una presa digna
de un cazador que se precie de serlo. Y añaden —y es cierto que los que se acostumbran a comer carne
humana son atacados por la sarna* y pierden pronto los dientes.
El feroz ronquido se fue haciendo de una gran intensidad. Terminó con ese rugido inconfundible

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

del tigre en el momento del ataque.
Casi enseguida Shere Khan aulló de una forma absolutamente impropia de un tigre.
—Ha fallado su golpe —comentó Madre Loba—. ¿Qué pasa?
Padre Lobo avanzó unos pasos fuera de la caverna. En la maleza estaba Shere Khan gruñendo furiosamente,
mientras se revolcaba despechado.
—¡No puede ser mas estúpido! Se le ha ocurrido la idea genial de saltar la barrera de fuego preparada por unos leñadores. Se ha quemado las patas —dijo Padre Lobo malhumorado—. Y, claro, allí
esta Tabaqui con el.
—Hay algo que sube por la colina —dijo Madre Loba orientando en aquella dirección los pabellones
de sus orejas—. Debemos estar preparados.
Muy cerca crujieron los matorrales. Padre Lobo se agachó y se apoyó en los cuartos traseros, presto
a saltar. Lo que sucedió a continuación fue algo extraordinario: el lobo saltó, lanzándose al ataque contra
algo desconocido. Y cuando estaba en pleno salto, intentó detenerse. El impulso lo levantó, pero vino a
caer casi en el mismo sitio.
—Un hombre —dijo disgustado—. Una cría humana. Mira.
Se encontró frente a él. Estaba apoyado ligeramente en una rama baja. Era un niño moreno. Apenas
podía andar. Era precioso, apretado de carnes, fino, desnudo, una criatura perfecta. Jamás se había presentado
algo semejante ante la cueva de un lobo. El niño lo miró y se rió tranquilamente, sin miedo alguno.
—¿Es eso un chachorro de hombre? —dijo Madre Loba—. Es la primera vez que veo uno. Tráemelo.
Un lobo esta acostumbrado a mover a sus pequeños. Los lleva de un lado a otro. Hasta puede transportar un huevo en la boca sin romperlo. Las dos mandíbulas se cerraron sobre la espalda del niño, que
no sufrió el mínimo rasguño. Estaba perfectamente cuando fue colocado entre los lobatos.
—Pequeño, desnudo y atrevido —dijo con dulzura Madre Loba. Mientras tanto, el niño empujaba
como un cachorro más para acercarse y sentir el calor de la piel de Madre Loba—. Mira, se alimenta con
los demás. Así que esta es una cría de hombre. He aquí una loba que va a vanagloriarse durante toda su
vida de haber tenido una cría humana entre sus hijos.
—Sé que en la historia ha habido casos semejantes. Pero nunca ha sucedido algo parecido en nuestra
manada. Al menos, nadie lo recuerda —dijo Padre Lobo—. No tiene pelo. Y esta tan indefenso que si lo
golpeara ligeramente con una pata, lo mataría. Y, sin embargo, nos mira sin miedo.
La luz de la Luna iluminaba débilmente el interior de la cueva. De repente todo quedó a oscuras.
Shere Khan metió su cabezota y parte de su cuerpo en la entrada. Tabaqui le chillaba la

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

noticia por detrás:
—Señor, estoy seguro, se ha metido aquí.
—Nos sentimos honrados con tu visita, Shere Khan —dijo Padre Lobo, aunque sus ojos expresaban
a gritos lo contrario—. ¿Qué deseas, Shere Khan?
—Mi presa, sólo eso. Perseguía yo a sus padres. Pero han huido abandonando a su cachorro. Te lo
exijo.
Todavía brillaba en los ojos de Shere Khan la furia de su fracaso y de sus quemaduras al saltar por
encima de la hoguera de los leñadores. Dentro de la cueva se estaba seguro. Padre Lobo lo sabía muy bien.
Nunca lograría Shere Khan pasar su corpachón a través de la boca de entrada. También sabía que, si tenía
que pelear, no lo haría cómodamente. Tendría que hacerlo encogido. Sería lo mismo que si dos hombres
intentaran pelear metidos en un mismo barril.
—Te recuerdo que los lobos son un Pueblo Libre —le gritó Padre Lobo—. Sólo obedecen las órdenes
del jefe de su manada. Nunca las de un payaso desfigurado a brochazos, un cazador, como tú, de
animales mansos. La cría de hombre es nuestra. Y si queremos, la mataremos. Lo haremos nosotros, no tú.
—¡Si queremos! ¿Qué lenguaje es ése en el que alardeáis de vuestra capacidad de elección? ¡Por
el toro que maté!, estoy harto de seguir oliendo vuestra asquerosa guarida. Reclamo la justicia y mi derecho.
¿No os dais cuenta de que os está hablando Shere Khan?
El tigre rugió. Su malestar llenó los rincones más oscuros de la cueva. Madre Loba se separó de
sus lobatos. Se acercó a Shere Khan. Sus ojos brillaban como dos enormes y amenazantes lunas verdes.
Ahora soy yo, Raksha, el demonio, quien te contesta. La cría humana es mía, Lungri, totalmente
mía. Nadie la matará. Y tú la verás corriendo con nuestra manada, entregada, como los demás, al riesgo de
la caza. Y tengo que advertir a su señoría, fiero cazador de desnudos cachorrillos, devorador de ranas, matador
de peces, que al final será esta cría humana quien le cace a usted. Ahora, apártese o por el maravilloso
y rapidísimo gamo que maté —yo no como ganado hambriento como hacen otros—, le aseguro, señor fiero
y chamuscado, que le voy a hacer volver al regazo de su madre más cojo aún de lo que vino al mundo.
¡Fuera de aquí!
Padre Lobo miró con aire de asombro. Recordó de pronto algo que tenía casi olvidado: el día en
que ganó en una apuesta de caza a Madre Loba y a otros cinco lobos. Cuando la llamó

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

demonio, sabía lo
que se decía. No lo hizo por galantería. El mismo Shere Khan se dio cuenta de que sería capaz de luchar
con Padre Lobo. Pero tenía todas las de perder si luchaba con Madre Loba. Ella había escogido una posición
maravillosa y Shere Khan sabía que pagaría con su vida una lucha con Madre Loba. Ella estaba dispuesta
a llegar hasta el final. Se retiró con enorme disgusto de la boca de la caverna. Al verse libre gritó:
—¡Cada gallo canta en el palo más alto de su gallinero! Tengo curiosidad por ver lo que dice la
manada sobre este asunto. ¡Criar cachorros humanos! Veréis cómo al final el cachorro será mío, miserables
ladrones.
Jadeante, Madre Loba se tumbó entre sus lobatos. Padre Lobo le dijo con aire preocupado:
—Aunque procedan de un enemigo, hay mucho de verdad en las palabras que nos ha arrojado a la
cara Shere Khan. La manada tiene que estar enterada de todo. Hay que enseñarle este cachorro humano.
¿Sigues con la firme decisión de quedarte con el?
—¿Quedarme con él? —contestó como en un suspiro—. Nos llegó desnudo y de noche, abandonado
y hambriento. Y te diste cuenta de que, a pesar de todo, no tenía miedo. Mira cómo manda en sus
hermanos. Ha echado a un lado a uno de mis hijos. Y ese miserable carnicero cojo quería matarlo y huir
luego al Waingunga. Después, en justa venganza, vendrían los campesinos a sacarnos de nuestros cubiles.
Por supuesto que me quedaré con el. Y tú, renacuajo, estate quieto. Llegará un tiempo, Mowgli —ése será
tu nombre en adelante, gran personaje—, en que no solamente no te dejarás cazar por Shere Khan, sino que
lo cazarás tú a él.
La Ley de la Selva es clara: cualquier lobo, cuando se casa, puede dejar su manada. Pero en cuanto
nacen los cachorros y pueden sostenerse en pie, el padre debe llevarlos al Consejo. Así, los demás lobos
podrán identificarlos. Después, los lobatos pueden corretear por donde quieran. Y no hay causa alguna que
exima de culpabilidad al lobo que, antes de que los cachorros hayan sido capaces de matar un gamo, de
muerte a alguno de ellos. Se le buscará hasta el fin del mundo y se le impondrá la pena capital. Es evidentemente
justo.
Padre Lobo esperó a que los cachorros fueran capaces de corretear. Entonces, la noche en que se
reunía toda la manada, los cogió, junto con Mowgli y Madre Loba, y se los llevó a la Roca del Consejo. Era

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

una cima rocosa, llena de guijarros. El espacio era tan amplio que se podían reunir, bien guarecidos, hasta
cien lobos. Allí estaba Akela, el Lobo Gris, enorme y solitario, echado sobre su piedra de presidente. Su
fuerza y su habilidad le habían llevado a jefe de la manada. Debajo de el había hasta cuarenta lobos de toda
edad y pelaje: los fuertes, que lo habían demostrado cazando en solitario un gamo, y los que sólo podían
presumir de sus futuras hazañas. El Lobo Solitario era el guía de todos ellos desde hacía un año. Ya era
leyenda el que había caído, siendo joven, por dos veces en una trampa. Y que en otra ocasión había sido
apaleado hasta ser dado por muerto. Así pues, tenía sobrados motivos para conocer lo que eran los hombres.
Poco se habló en aquella reunión. Los lobatos armaban un jaleo enorme. De cuando en cuando, uno
de los lobos viejos se acercaba a un cachorro, lo miraba con la mayor atención y se volvía a su sitio. Y todo
ello se hacía en perfecto silencio. Luego, la madre acercaba su lobato al círculo para que, a la luz de la Luna,
todos los lobos pudieran ver perfectamente a su cachorro. Akela, desde su roca, gritaba:
—Ya sabéis lo que dice la Ley. Lobos, mirad bien.
Y las madres, nerviosas y preocupadas, insistían en lo que Akela había dicho:
—Lobos, mirad bien, mirad bien.
Al final —momento en que Madre Loba sintió un escalofrío—, Padre Lobo empujó hacia el centro
del claro a Mowgli, la Rana. El cachorro humano se sentó y sonrió al mismo tiempo que jugaba despreocupado
con algunos guijarros que brillaban a la luz de la Luna.
Akela, sin prestar demasiada atención ni levantar la cabeza, continuó su cantinela: Mirad bien. Se
oyó un rugido detrás de las rocas. Era Shere Khan que gritaba:
—El cachorro humano es mío. Dádmelo. Nada tiene que ver con el Pueblo Libre de los lobos.
Akela no hizo un solo movimiento y continuó gritando:
—Mirad bien, lobos. ¿Tiene algo que ver el Pueblo Libre con lo que venga de alguien ajeno a el?
Miradlo bien.
Se oyó claramente un coro de gruñidos. Un lobo de unos cuatro años se hizo eco de la pregunta de
Shere Khan y se dirigió a Akela:
—¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con una cría humana?
Hay una Ley de la Selva que dice que cuando aparezcan dudas sobre el ingreso de un lobo en la
manada, su derecho tiene que ser defendido al menos por dos congéneres que no sean sus padres.
—¿Quién defiende los derechos de este cachorro? —preguntó Akela—. ¿Quién entre los miembros
del Pueblo Libre habla en su favor?

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Hay un animal de otra especie, el único, que puede tomar parte en el Consejo de la manada. El oso, siempre soñoliento. Es el encargado de enseñar a los lobatos la Ley de la Selva. Baloo, con muchos
años a sus espaldas, puede ir por todas partes. A nadie estorba. Sólo come nueces, raíces y miel. Se levantó
sobre sus patas traseras y dijo:
—¿El cachorro humano? Quiero hablar en su favor. ¿Qué mal puede hacernos? No soy un brillante
orador, pero pienso que debe ser integrado totalmente en la manada. Yo me encargaré de enseñarle.
—Es preciso que ahora hable otro —dijo Akela—. Ya ha hablado Baloo, el maestro de nuestros
lobatos. ¿Quién sigue en el uso de la palabra?
En aquellos momentos se deslizó hacia el centro del círculo una sombra. Era Bagheera, la pantera
negra, de un negro de tinta desde la cabeza a la cola. La luz hacía aguas en su brillante piel. Todo el mundo
la conocía. Y era temida y respetada. Reunía en sí la astucia de Tabaqui, la insolencia de un búfalo salvaje
y la fiereza de un elefante herido. Pero su voz era dulce como la miel y su piel más suave que el plumón.
Akela —dijo como en un susurro—, y también todos vosotros que pertenecéis al Pueblo Libre. Se
que no tengo ni voz ni voto en vuestras asambleas. Pero vengo a recordaros que hay una Ley en la Selva
que otorga la posibilidad de comprar un cachorro por un precio justo, salvo en el caso de que el cachorro se
haya hecho merecedor de la pena de muerte. Y nada dice la Ley sobre quién puede ofertar para que la compra
se haga efectiva. ¿Estoy o no en la verdad al interpretar la Ley?
—Está bien —dijeron los lobos jóvenes, siempre hambrientos—. Que hable Bagheera. Está claro
que se puede poner un precio al cachorro. Es lo que dice la Ley.
—Habla —gritaron a la vez un montón de voces.
—Pienso que es una vergüenza matar a un cachorro desnudo. Creo que os puede ser muy útil para
la caza. Baloo ha hablado ya en su defensa. A lo que el ha dicho, añado yo ahora la oferta de un toro, un
animal enorme que acabo de matar y que está cerca de aquí. El toro por la cría de hombre, según la Ley.
¿Estáis de acuerdo?
Siguió un confuso clamor que decía:
—No es un problema. De todos modos, se va a morir en cuanto lleguen las lluvias. Y si logra pasar
el invierno, lo abrasarán los rayos del sol. Una Rana como ésta no puede perjudicar a la manada. Que
sea uno más entre nosotros. Bagheera, ¿dónde está el toro? Aceptamos tu propuesta.
Entonces volvió a oírse el ladrido penetrante de Akela, que apremiaba:

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

—¡Miradlo bien! ¡Miradlo bien!, lobos de la manada. Mowgli estaba tan entretenido en sus juegos
que no prestó atención cuando uno a uno se le fueron acercando los lobos. Se alejaron todos en busca del
toro muerto. Se quedaron solos Akela, Bagheera, Baloo y la familia de Mowgli.
La noche repetía los rugidos de Shere Khan. Estaba rabioso. Otra vez se le había negado la presa.
—Amigo, ruge cuanto quieras —le dijo insolentemente Bagheera—. Y acuérdese su señoría de lo
que en estos momentos le digo: llegará un día en que esa cosa que tiene ahí delante desnuda le hará rugir,
pero de una manera bien distinta.
—Hemos obrado sabiamente —dijo Akela—. Con el tiempo los hombres se hacen muy prudentes.
Nos puede ser de gran utilidad para la caza.
—Sí —ratificó Bagheera—. Puede sernos de gran utilidad. Nadie es jefe de la manada para siempre.
Akela pensó profundamente en un hecho que con el tiempo debía producirse: le empezarían a faltar
las fuerzas. Sería considerado un elemento inútil y le condenarían a muerte. Otro le sucedería; y así se
continuaría el ciclo indefinidamente.
—Llévatelo —le dijo a Padre Lobo—. Enséñale todo lo que debe saber uno de nuestra raza.
Y ésta es la historia de cómo Mowgli entró a formar parte de la manada de los lobos Seeonee. Su
rescate fue un toro y su gran defensor, Baloo.
Ahora tenemos que saltar diez u once años. Podéis adivinar lo feliz que sería la vida de Mowgli
con los lobos. No tenemos posibilidad de describirla. Ocuparía demasiados libros.
Creció junto a los lobatos, aunque ciertamente el ritmo del crecimiento fue muy distinto: los lobatos
eran ya adultos cuando él todavía estaba en la primera infancia. Padre Lobo, con infinita paciencia, le
enseñó el significado de todo lo que le rodeaba en la Selva: un mínimo crujido bajo la hierba, un soplo de
aire en la tibieza de la noche, el ulular del búho sobre su cabeza, los distintos ruidos que hacen los murciélagos
cuando se detienen en un tronco a descansar, arañando fuertemente, el menudo chapoteo de un pez
cuando salta en una balsa. Todo encerraba para el un significado, como otras realidades tienen sentido para
el hombre de negocios sentado en su oficina. Dedicaba al descanso placentero al sol los momentos en que
no tenía que aprender algo. Dormía, comía y volvía a dormir. Si le molestaba el calor o su cuerpo le pedía
limpieza, se iba a nadar en las lagunas próximas. Si le apetecía comer miel —había aprendido de Baloo que
lo más exquisito del mundo, tanto como la carne cruda, son las nueces con miel—, trepaba a

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

los árboles
para buscarla. Bagheera había sido su gran maestra en el aprendizaje de la trepa. La pantera, como jugando,
se tendía sobre una rama y le llamaba:
—Ven aquí, amiguito.
Mowgli se agarraba fuerte y torpemente a las ramas, como los perezosos. Pero enseguida empezó
a volar de una rama a otra, como los monos grises.
También ocupó su puesto en el Consejo de la Roca. En esas reuniones se dio cuenta del extraño
poder de su mirada: si miraba fijamente a un lobo, le obligaba a bajar la vista.
Al principio lo hacía a menudo porque le parecía divertido. Otras veces se entretenía arrancando
de la piel de sus amigos largas espinas que les causaban un dolor terrible. Es una de las causas fundamentales
del sufrimiento de los lobos. También les quitaba los cadillos* de la pelambrera.
Por la noche descendía en loca carrera por la ladera de la colina y se acercaba a los campos de cultivo.
Siempre le producía enorme curiosidad ver a los campesinos descansando en sus chozas, aunque no se
fiaba demasiado de ellos. Bagheera le había enseñado una caja cuadrada con una especie de ventana que se
hundía en cuanto alguien se colocaba encima. Debajo había un enorme agujero. Estaba tan bien disimulada
en la maleza que estuvo a punto de caer dentro alguna vez. Le encantaba ir con la pantera al corazón del
bosque. Dormía durante todo el día. Luego, por la noche, sentía un gran placer viendo cómo cazaba la pantera.
Mataba de acuerdo con su apetito. Mowgli asimiló esta enseñanza. Lo primero que le dijo Bagheera es
que nunca debía matar animales mansos al servicio de los hombres. Un animal de ésos había sido su rescate.
Por eso estaba obligado a respetarlos.
—Todo lo que hay en la Selva es tuyo —le dijo Bagheera—. Puedes matar todo lo que esté al alcance
de tus fuerzas y necesidad. Pero jamás toques una res mansa, ni siquiera para participar en el banquete
que otros se estén dando. Eso es lo que manda la Ley de la Selva.
Mowgli aprendió rápidamente, como lo hace cualquier niño que no necesita ir a ningún aula para
aprender lo más elemental, y cuya única preocupación es buscar qué comer.
Madre Loba le advirtió muy seriamente que debía tener mucho cuidado con Shere Khan. Así lo
habría hecho de haber sido realmente un lobato. Aunque él tenía conciencia de serlo. Y habría respondido
afirmativamente si alguien le hubiera preguntado si era un lobo.
Con demasiada frecuencia, Shere Khan se le hacía el encontradizo. Akela envejecía, le abandonaban

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

las fuerzas. El tigre había hecho gran amistad con los lobos más jóvenes, que le seguían esperando para
recoger sus sobras, siempre excelentes. Akela nunca lo hubiera tolerado, pero no se atrevía a imponer su
autoridad con la fuerza con que lo hacía antes.
Maliciosamente, Shere Khan se dedicaba a halagar a sus jóvenes amigos. Les decía que no comprendía
cómo unos jóvenes fuertes como ellos se dejaban guiar mansamente por un viejo decrépito y un
cachorro humano.
—Me han asegurado —les decía taimadamente Shere Khan— que no sois capaces de aguantar su
mirada cuando os reunís en los Consejos.
Los lobos se sentían humillados, molestos. Respondían gruñendo, con el pelo erizado.
Bagheera, que parecía enterarse de todo y estar en todas partes al mismo tiempo, oyó eso y le repitió
a Mowgli con frecuencia que Shere Khan quería matarlo. Pero Mowgli respondía riéndose:
—Estoy seguro contigo y con la manada. Incluso Baloo despertaría de su pereza y golpearía fieramente
para salir en mi defensa. No tengo motivo alguno de inquietud.
Un día de enorme calor Bagheera tuvo una idea. Tal vez se la sugirió una noticia que le dio Ikki, el
puerco espín.
Le dijo a Mowgli cuando estaban en lo más intrincado de la Selva, en el momento en que el chico
había tomado por almohada su piel:
—¿Cuántas veces te he dicho, hermano, que Shere Khan es tu enemigo personal?
—Yo creo que tantas como frutos cuelgan de esa palmera —Mowgli no sabía contar—. De todas
formas, ¿qué pasa? Me estoy durmiendo. A Shere Khan le sobran palabras y cola. Se parece a Mao, el pavo
real.
—No busques el sueño como excusa. No es hora de dormir. En la Selva lo sabe todo el mundo:
Baloo, la manada, hasta los ciervos. Y tú mismo, puesto que te lo ha dicho Tabaqui.
—¡Ah, sí! —respondió Mowgli—. El otro día me vino con que yo no era más que una desnuda
cría de hombre y que no valía ni para desenterrar raíces. Pero se llevó su merecido: lo cogí por la cola y le
di un par de golpes contra una palmera. Y de paso le enseñé a ser más educado.
—Hiciste una tontería. Es cierto que Tabaqui es un chismoso, todo el mundo lo sabe. Pero conoce
muchas cosas. Probablemente te hubiera dicho algo interesante. Shere Khan no se atreve a matarte en la
Selva. Ves con toda claridad que Akela se está haciendo muy viejo. Pronto será incapaz de matar el solo a
un gamo. En ese momento dejará de ser jefe. Los lobos que te admitieron en la manada son ya viejos. Y a

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

los jóvenes Shere Khan les ha metido en la cabeza que no tienes derecho a pertenecer a la manada. Enseguida
te vas a hacer un hombre.
—¿Pues qué tiene de especial el hombre para que no pueda vivir con sus hermanos? —dijo Mowgli—.
Nací en la Selva; he acatado sumisamente su Ley. A todos los lobos de la manada les he arrancado
alguna espina. ¿Por qué dudar de que son mis hermanos?
Bagheera se tendió completamente y le dijo: —Toca aquí, bajo mi quijada*.
Mowgli acercó la mano y notó un paquete de músculos y una zona sin pelo, como si hubiera estado
despellejada durante algún tiempo.
—La Selva desconoce que yo tengo esta marca. Es la que deja el collar. Porque yo, amigo, nací
entre los hombres. Y entre los hombres murió mi madre, cautiva en las jaulas del Palacio Real, en Oodeypore.
Por eso pagué por ti el precio de tu rescate. ¡Te vi tan desnudo y desamparado! Ya ves, también yo
nací entre los hombres. Desconocía la Selva. Me alimentaban en grandes cuencos de hierro tras los barrotes
de una jaula. Un día se despertó en mí la conciencia de lo que realmente era: Bagheera, la pantera. No era
un juguete. Rompí de un zarpazo la cerradura y me escapé. Mi larga experiencia entre los hombres me hizo
terrible en la Selva, mucho más que Shere Khan. ¿No es así?
—Sí —dijo Mowgli—. En la Selva todos te tienen miedo menos yo.
—¡Oh! Tú eres un cachorro de hombre —dijo la pantera con enorme ternura—. Yo he vuelto a mi
mundo, la Selva. Y tú tienes que volver al tuyo, los hombres, tus hermanos. Y ojalá puedas realizarlo. Quizá
pidan tu muerte en el Consejo.
—Pero ¿por qué? ¿Quién va a tener interés en mi muerte? —dijo Mowgli.
—Mírame —le contestó Bagheera. Mowgli la miró a los ojos sin pestañear. La pantera volvió la
cabeza muy pronto—. Por eso —dijo cambiando su posición y acomodándose mejor en un lecho de hojas–
–. Ni siquiera yo puedo mirarte a los ojos, y eso que conozco bien a los humanos. Y, además, te quiero,
hermano. Los demás tienen motivos para odiarte: no pueden resistir tu mirada, eres sabio, has arrancado
espinas de sus patas y, en definitiva, eres un hombre.
—Desconocía todo eso —dijo Mowgli con el ceño fruncido.
—¿Sabes una ley de la Selva? Primero se pega y luego se avisa. Tienes tal confianza en ti mismo
que andas absolutamente descuidado. Una prueba más de que perteneces a la raza humana. Tienes que ser
prudente. Es seguro que en cuanto a Akela se le escape un gamo —cosa que resultará más fácil cada día—

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

se enfrentará a él toda la manada. Y tú también caerás en desgracia. Se convocará un Consejo de la Selva
en la Roca. Y entonces... Tengo una idea —dijo Bagheera levantándose como impulsada por un resorte—.
Vete a donde habitan los hombres. Coge una parte de la Flor Roja que ellos cultivan. Será para ti un apoyo
mucho más firme que el mío. O que el de Baloo o el de tus fieles de la manada. Vete a buscar enseguida la
Flor Roja.
Lo que Bagheera quería decir al hablar de la Flor Roja era el fuego. En la Selva nadie lo llama por
su nombre. Tanto lo temen que no se atreven ni a nombrarlo.
—¿La Flor Roja? —dijo Mowgli—. ¿La que cultivan los hombres fuera de sus chozas en el crepúsculo?
La cogeré.
—Así hablan las crías humanas —dijo Bagheera con orgullo—. La cultivan en unas macetas pequeñas.
Roba una y guardala para cuando la necesites.
—Voy a buscarla —dijo Mowgli—. Pero, una pregunta —y mientras decía esto abrazaba el cuello
de la pantera mirándola con ternura a los ojos—. ¿Estás segura, querida Bagheera, de que todo esto lo ha
urdido Shere Khan?
—¡Por el cerrojo que me dio la libertad! Te lo juro, hermano.
—Pues entonces, ¡por el toro que sirvió para mi rescate!, voy a saldar mis cuentas con Shere Khan. Y quizá me tenga que dar más de lo que me debe —y salió disparado.
—Asi son los hombres —musitó Bagheera mientras se tendía tranquilamente—. ¡Ah! Shere Khan.
Tu empeño por cazar a esta Rana desde hace diez años será funesto.
Mowgli cruzó el bosque en loca carrera. Su corazón era un infierno de ira. Llegó a la cueva cuando
ascendía la bruma vespertina, recobró el aliento y contempló el valle. Madre Loba estaba sola. Por cómo
respiraba Mowgli, notó enseguida que algo le pasaba a su querida Rana.
—¿Qué ocurre, hijo?
—Ese miserable Shere Khan, que es más charlatán que un murciélago —respondió Mowgli—.
Voy a cazar en campo abierto esta noche —y se fue hacia el fondo del valle. Se detuvo. La cacería estaba
en todo su apogeo y se escuchaban los alaridos de la manada.
Estaban cazando. Se oían mugidos y el resoplar de un gamo acorralado. Entonces, un coro de voces
venenosas e insultantes, las de los lobos más jóvenes, empezó a gritar:
—¡Akela! ¡Akela! ¡Akela! Que el Lobo Solitario nos demuestre su fuerza —se desgañitaban—.
Todos los honores para el jefe de la manada. ¡Akela! ¡Salta y abate a la presa!
Akela debió de saltar, pero se equivocó y el gamo lo derribó.
Mowgli sabía ya todo lo que tenía que saber. Continuó su camino y le fueron persiguiendo los

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

gritos,
cada vez más lejanos a medida que se iba acercando a las tierras de labor. Allí vivían los campesinos.
—Bagheera tenía razón —dijo, tratando de recuperar su respiración normal. Se acomodó, al mismo
tiempo que se ocultaba, en la hierba que encontró junto a una choza—. Mañana va a ser un día importante
para Akela y para mí.
Miró por la ventana y vio el fuego que ardía en el suelo. Durante la noche, la esposa del campesino
se levantó y arrojó al fuego una especie de piedras negras. Por la mañana, cuando la neblina parecía cubrir
todo con su manto lechoso, un niño de la familia asomó por la puerta con un cesto, recubierto interiormente
de tierra. Lo llenó de brasas, lo cubrió con una manta y salió a cuidar los búfalos que se impacientaban
en el establo.
—¿Y es todo lo que hay que hacer? —dijo Mowgli—. Si un pequeño como ése ha sido capaz de
hacerlo, no es tan peligroso —dobló la esquina de la casa, se dirigió hacia el muchacho, le arrebató la cesta
y desapareció en la niebla. El muchacho se quedó alelado por la sorpresa y luego comenzó a gritar.
—Son casi iguales a mí —dijo Mowgli, soplando. Imitaba lo que había visto que hacía la mujer—.
Tengo que alimentarlo. Si no, se me va a morir —añadió. Empezó a avivar el fuego con ramas finas y cortezas
de árbol. Cuando subía, en la mitad de la pendiente de la colina se topó con Bagheera. Su piel estaba
cuajada de perlas de rocío.
—Akela falló el golpe —dijo la pantera—. Lo hubieran matado ayer por la noche de no haber querido
mataros a los dos a la vez. Fueron en tu busca.
—Yo estaba entonces en las tierras de labor. Estoy preparado. Aquí tienes lo que me indicaste.
Mowgli levantó la cesta llena de fuego.
—Todo lo que has hecho está bien. Pero los hombres hacían algo más. Echaban una rama seca y
brotaba la Flor. ¿Tienes miedo de hacerlo?
—No. ¿Por qué iba a tener miedo? Recuerdo que antes de ser lobo me acosté junto a la Flor Roja.
Era caliente y agradable.
Durante todo el día Mowgli estuvo alimentando el fuego. Echaba ramas secas y se quedaba expectante.
Le interesaba ver el efecto que producían. Por fin encontró una a su gusto. Producía una llama viva y
rápida. Fue justamente antes de recibir la visita de Tabaqui. Éste le dijo sin miramientos que lo necesitaban

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

en el Consejo de la Roca. Mowgli se rió descaradamente del chacal y se dirigió al Consejo sin perder la
sonrisa.
Akela, el Lobo Solitario, se encontraba postrado cerca del sitio que tenía siempre asignado en el
Consejo. Era la señal de que había dejado de ser el jefe de la manada. Shere Khan se paseaba de un lado a
otro, ante la complacencia de los lobos de su partido, lleno de orgullo. Bagheera estaba junto a Mowgli.
Éste mantenía firmemente la cesta del fuego. Al completarse el número de los asistentes, Shere Khan tomó
la palabra. Jamás lo habría hecho si Akela hubiera estado en plenas facultades.
—No tiene derecho —dijo por lo bajo Bagheera—. Dile que es de la misma raza que los perros.
Verás cómo se refleja el terror en su cara. Mowgli se puso en pie.
—Pueblo Libre —gritó—. ¿Desde cuándo Shere Khan dirige la manada? ¿Por qué tenemos que
aceptar la jefatura de un tigre?
—El puesto de jefe está vacante. Se me ha suplicado que hablara —dijo Shere Khan.
—¿Quién te lo ha pedido? ¿Nos hemos vuelto todos unos míseros chacales para tener que rendir
pleitesía* a este carnicero despreciable? La jefatura de la manada recae en sus propios miembros.
Se oyeron feroces aullidos que decían:
—Cállate, cachorro humano.
—Dejadle hablar. Lo que hace está dentro de la Ley.
Los ancianos de la manada se impusieron y dijeron a gritos:
—Que hable Lobo Muerto.
Cuando el jefe de la manada falla el golpe de prueba en la caza, recibe el nombre de Lobo Muerto.
Así se le llamará hasta el final de sus días. No suelen ser demasiados.
—Pueblo Libre —dijo— y vosotros también, chacales amigos de Shere Khan. A lo largo de doce
estaciones he sido vuestro jefe en la caza. Nadie ha caído en trampa alguna o ha sido malherido. Sí, he
errado el golpe. Vosotros sabéis muy bien por qué. Me habéis enfrentado a un gamo descansado. Me habéis
tendido una trampa. Queríais que se viera claramente mi debilidad. Tenéis derecho a matarme ahora mismo,
aquí, a la vista de todos los miembros del Consejo. Sólo os pregunto: ¿quién de vosotros ejecutará la
sentencia? De acuerdo con la Ley, tengo derecho a que os acerquéis uno a uno.
Se hizo un silencio sepulcral. Todos comprendieron perfectamente que no sería agradable batirse a
muerte con Akela, aunque fuera viejo.
Shere Khan dijo con un rugido:
—Dejemos a ese carcamal. Se morirá pronto. El que ha vivido demasiado es ese cachorro de hombre.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

¡Pueblo Libre! Fue una presa mía desde el principio. Dádmelo. Estoy harto de veros intentar hacer de
el un lobo. En diez años no ha hecho más que causar molestias a todos en la Selva. Dadme a ese chachorro
de hombre. Si no, os juro que he de cazar siempre aquí y no os daré ni un mísero hueso. Ese cachorro es
simplemente un hombre, un chiquillo de los que crían los hombres. Lo odio. Entonces se oyó un aullido
espantoso de más de la mitad de los lobos que estaban en el Consejo:
—¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Nada tiene que ver con nosotros hombre alguno! ¡Que se vaya con
los suyos!
—Y alzará contra vosotros a la gente de las aldeas. No. Dádmelo. Es un hombre. La prueba es que
ninguno de nosotros es capaz de aguantar su mirada.
Akela levantó la cabeza:
—Ha comido con nosotros, ha dormido con nosotros, nos ha ayudado a cazar, nada ha hecho que
vaya contra la Ley de la Selva.
Acordaos de que yo pagué un toro por su rescate. No es demasiado. Pero está mi honor por encima
de esta consideración. Y por mi honor sí que estoy dispuesta a pelear —dijo Bagheera suavizando cuanto
pudo el tono.
—¿Quién se acuerda de un toro de hace diez años? ¿Dónde estarán aquellos huesos? —dijeron entre
dientes algunos miembros de la manada.
—Decid más bien que nada os importa una promesa —dijo Bagheera dejando ver sus blancos dientes—. Por eso se dice de vosotros que sois el Pueblo Libre.
—Un cachorro humano jamás podrá vivir con el Pueblo de la Selva. Entregádmelo.
—Es nuestro hermano en todo menos en la sangre —dijo Akela—. Y estáis decididos a matarlo.
He vivido demasiado. Algunos de vosotros tienen el deshonor de alimentarse del ganado de los campesinos.
Incluso me he enterado de que hay otros que por la noche, y dirigidos por Shere Khan, se dedican a
robar niños a las puertas mismas de las chozas de los aldeanos. Los que hacen eso son unos cobardes. Por
tanto, estoy hablando a unos cobardes. Se que voy a morir y que mi vida no tiene valor alguno. Si lo tuviera,
la ofrecería gustosamente por la del chachorro de hombre. Pero por el honor de la manada —si es que
eso todavía os dice algo, pues os habéis relajado totalmente desde que estáis sin jefe— os aseguro que si
dejáis al cachorro de hombre ir con los suyos, mis dientes callarán a la hora de morir. Moriré sin luchar. Así
se salvarán, al menos, tres vidas. Es todo lo que puedo ofreceros. Si seguís mi consejo, salvaréis una vida

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

inocente. No recaerá sobre vosotros la vergüenza de matar a un hermano que ningún delito ha cometido. Y,
además, un hermano por el que se pagó un rescate de acuerdo con la Ley de la Selva. Así es como llegó a
ser uno de los nuestros.
—¡Es un hombre! ¡Un hombre! ¡Un hombre! —se oyó gruñir a los lobos. Todos se unieron a Shere
Khan. Éste se azotaba furiosamente los costados con la cola.
—Lo dejo todo en tus manos, Mowgli —dijo Bagheera—. Creo que vamos a tener que luchar.
Mowgli se levantó. Llevaba entre sus manos la cesta del fuego. Bostezó para disimular la ira que
ardía en su corazón. Los lobos habían demostrado de qué raza eran. Lo habían odiado siempre y lo habían
disimulado. En el fondo, sintió una enorme pena.
—¡Escuchadme todos! —gritó—. No hagáis comentarios inútiles como si fuerais perros. Me habéis gritado esta noche y repetidamente que soy un hombre. Me habéis convencido, aunque yo hubiera
preferido seguir siendo un lobo toda mi vida. Para mí ya no seréis nunca más mis hermanos. Por eso os
llamaré perros. Así es como os llaman los hombres. No tendreis poder de decisión de ahora en adelante.
Seré yo quien os de órdenes. Y para que os enteréis perfectamente, yo, que desde ahora seré un hombre
para vosotros, os he traído una parte de la Flor Roja. Sí, esa Flor que tanto terror os causa. Al fin y al cabo
sois perros.
Mowgli arrojó al suelo la cesta con las brasas. Alguna de ellas prendió en la hierba seca. Ésta ardió
inmediatamente. Todo el Consejo retrocedió asustado al ver las llamas.
Mowgli lanzó sobre el fuego la rama que tenía preparada. Cuando prendió, la cogió agitándola por
encima de la aterrorizada manada.
—Te has hecho el amo —dijo Bagheera por lo bajo—. Salva la vida de Akela. Siempre ha sido un
padre para ti.
Akela, aquel enorme lobo, siempre tan serio, que jamás había pedido a nadie misericordia, miró
tristemente hacia donde estaba Mowgli. Éste mostraba toda su impresionante desnudez. La cabellera le caía
hasta los hombros. La rama que había encendido lo iluminaba y hacía extrañas figuras con las sombras.
—Bien —dijo Mowgli mirando tranquilamente a todos—. Está claro que sois unos perros. Me voy
con los míos. Dejo la manada. Siento que tengo vedado hasta el último rincón de la Selva, como el último
rincón de vuestro corazón. Pero creo que voy a ser mejor que vosotros. Teniendo en cuenta que, salvo de
sangre, he sido un hermano para vosotros, os juro que cuando esté entre los hombres como

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

uno más de
ellos, jamás os traicionaré. Nunca haré lo que vosotros me habéis hecho a mí.
Dio un tremendo puntapié al fuego. Innumerables chispas llenaron el aire.
—Nunca habrá guerra entre nosotros —continuó—. Pero tengo que ajustar cuentas con alguien,
antes de dejaros —se fue a grandes zancadas hacia donde se sentaba Shere Khan que, atónito, contemplaba
las llamas. Lo cogió por debajo de la mandíbula inferior. Bagheera estaba allí por lo que pudiera ocurrir.
—Perro, levántate —gritó Mowgli sin contemplaciones—. Soy un hombre y debes levantarte cuando te habla uno de mi raza. Si no lo haces, aquí mismo te abraso la piel.
Shere Khan hundió las orejas entre los pliegues de la piel de su cabeza. Cerró los ojos. Vio demasiado
cerca la terrible Flor Roja.
—Este cazador de animales mansos juró que me mataría, y que lo haría delante de todo el Consejo.
No pudo matarme cuando yo no era más que un cachorro. Éste es el trato que damos a los perros cuando
tenemos la fuerza de los hombres. Shere Khan, mueve un solo pelo de tus bigotes, Lundri maldito, y te
hundiré la Flor Roja hasta el gaznate.
Blandió la rama y pegó a Shere Khan en la cabeza. Éste, aterrorizado, lanzó un grito de dolor.
—¡Bah! ¡Marcha!, gato de la selva. Pero no olvides lo que te voy a decir: cuando vuelva al Consejo
de la Roca, y te juro por mi condición de hombre que volveré, lle varé mi cabeza cubierta con tu piel.
Akela debe seguir viviendo cómo y donde le guste hacerlo. Mi voluntad es que viva y ninguno de vosotros
lo matará. Estoy harto ya de veros aquí, con vuestras lenguas fuera. No sois más que unos perros a los que
arrojo de este lugar. ¡Largo de aquí!
La rama ardía con toda su fuerza en esos momentos.
Mowgli empezó a vapulear con ella a los lobos que miraban atónitos desde el círculo. Huyeron todos
aterrorizados al ver que el fuego quemaba su piel. Sólo se quedaron en el mismo sitio Akela, Bagheera
y unos diez lobos, que siempre habían estado del lado de Mowgli. Sintió un terrible aguijón de pena en el
alma. Lloró de forma desconsolada y las lágrimas corrieron por sus mejillas.
—¿Qué me pasa...? ¿Qué me pasa?... —dijo—. No quiero abandonar la Selva. No sé qué me pasa.
Bagheera, parece que me estoy muriendo.
—No, hermano. Se trata sólo de lágrimas, como las que derraman los hombres —dijo Bagheera—.
Ahora eres realmente un hombre. Ya has dejado de ser un cachorro humano. Ya no hay sitio para ti en la
Selva. Deja que corran las lágrimas, Mowgli.
Mowgli, sentado, empezó a llorar. Parecía que su corazón iba a saltar en pedazos. Era la

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

primera
vez que lloraba.
—Me voy con los hombres —dijo—. Pero antes tengo que despedirme de mi Madre.
Se fue a la cueva donde estaba Madre Loba.
Siguió llorando sobre su piel. Mientras tanto, los cachorros aullaban lastimeramente.
—¿Me olvidaréis? —preguntó Mowgli.
—Nunca, mientras seamos capaces de seguir una pista —respondieron los cachorros—. Cuando
seas un hombre, no te olvides de venir al pie de la colina a hablar con nosotros. Cuando caiga el sol y venga
la noche, iremos hasta las tierras de cultivo. Allí jugaremos como lo hemos hecho siempre.
—Vuelve pronto —dijo Padre Lobo—. Rana sabia, esperamos que vuelvas pronto. Ten en cuenta
que Madre Loba y yo nos estamos haciendo viejos.
—Vuelve pronto —dijo Madre Loba—, desnudo hijo mío. Y escucha algo que he querido decirte
más de una vez: aunque eres una cría de hombre, siempre te he querido más que a mis propios hijos.
—Claro que lo haré —dijo Mowgli—. Pero cuando vuelva, será para tender en la Roca del Consejo
la piel de Shere Khan. Acordaos de mí. Y decid a todos mis hermanos de la Selva que no me olviden.
Era ya casi el alba cuando Mowgli dejaba la colina, solo y en busca de unos seres misteriosos: los
hombres.
CANCIÓN DE CAZA DE LA MANADA DE SEEONEE
La aurora está cerca y rompe la quietud el balido de la presa.
Una, dos y tres.
El lago, tranquilo, el ciervo a beber.
El gamo no espera.
Tenso, pendiente, al acecho, lo he podido ver.
Una, dos y tres.
La aurora está cerca y rompe la quietud el balido de la presa.
Una, dos y tres.
El lobo está atento, su hambre también.
Corre la noticia; volvamos a ver.
Mira, fresca está la pista.
Una, dos y tres.
La aurora está cerca y rompe la quietud un fuerte rugido.
Una, dos y tres.
Los pies van pisando, no se dejan ver.
La noche se ha hecho ojos, van adivinando.
Hay gritos, sollozos.
Una, dos y tres.
Kaa sale de caza
Leopardo, haces de tus manchas gala.
Búfalo, enamorado de tus cuernos;
como el agua que corre en la cañada,

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

mantén limpia tu piel y tus recuerdos.
Nada importa si un toro te voltea,
si el furor hunde su saña en tu cuerpo.
Sigue siempre el camino de tu empeño.
Una batalla nunca fue una guerra.
Ten piedad de los cachorros ajenos.
Tu padre los convidará a su mesa.
Son torpes, despreciables por pequeños.
Hijos son de la osa y su fiereza.
Orgulloso está el cachorro de su presa,
primera hazaña de un bravo montero.
Viviendo la grandeza de la Selva,
imitará la humildad del romero.
(Máximas de Baloo)

TODO LO QUE VAMOS A CONTAR AHORA sucedió no mucho tiempo antes de que Mowgli fuera arrojado de la manada y de su venganza contra Shere Khan. Baloo le enseñaba la Ley de la Selva. El oso pardo, adusto, viejo, inmenso, se sentía orgulloso de tener un discípulo tan inteligente. Normalmente, los lobatos aprenden sólo lo que hace referencia a las necesidades de su manada. Es lo único que les interesa de la Ley de la Selva. De la mítica Canción de Caza sólo memorizan: *Pies silenciosos, ojos que traspasan la noche, orejas capaces de distinguir los distintos ruidos y a distancia, los dientes listos, esto es lo que caracteriza a nuestros hermanos. Todos somos así, menos Tabaqui, el chacal, y la hiena, a la que odiamos con toda el alma.*

Mowgli ya era un hombrecito, necesitaba aprender mucho más. Bagheera sentía una gran curiosidad por ver los progresos del cachorro humano al que tanto quería. Descansaba contra un árbol y ronroneaba mientras escuchaba gustosamente cómo Mowgli recitaba su lección a Baloo.

Trepaba a los árboles ágilmente. Era para él un ejercicio tan normal como andar. Nadar y correr no tenían secretos para él. Por eso Baloo le enseñó la Ley del Bosque y la del Agua; la ciencia de distinguir una rama sana de una carcomida; la de hablar suavemente a las abejas salvajes cuando tuviera que pasar por debajo de una de sus colmenas, suspendida unos metros por encima de su cabeza; lo que tenía que decir a Mang, el murciélago, cuando éste se empeñara en no dejarlo descansar durante el día, y el lenguaje que tenía que emplear con las serpientes de agua antes de lanzarse a una laguna entre ellas.

Fue muy sabia para Mowgli la consigna del Cazador extraño. Hay que repetirla en voz alta hasta que alguien conteste: *Dadme permiso para cazar en este territorio. Tengo hambre.* La

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

respuesta tiene que
ser: *Caza, pero solamente para comer. No busques en la caza tu diversión.*
Ya veis la cantidad de cosas que tuvo que aprender Mowgli, y aprenderlas de memoria. Se cansaba,
pues había cosas que tenía que repetir hasta cien veces. Hasta hubo un día en que Baloo le pegó. Cuando
Mowgli se fue malhumorado, Baloo le dijo a Bagheera:
—Una cría humana es una cría humana. Debo enseñarle toda la Ley de la Selva. Debe aprender
más que nadie.
—Pero ten en cuenta que es todavía un cachorro —dijo Bagheera enternecida. Hubiera llenado de
mimos a Mowgli de haber estado encargada de su educación—. Su cabeza es todavía pequeña y tus
enseñanzas demasiado largas. No le pueden entrar en ella.
—Tú sabes que en la Selva pueden ser una presa hasta las criaturas más pequeñas. Eso es lo que
trato de que Mowgli vaya aprendiendo. Y por eso le pego alguna vez. Pero siempre con amor, si es que,
distraído, olvida algo.
—Hablas de suavidad y tienes las patas de hierro —gruñó Bagheera—. Hoy le has dejado toda la
cara marcada. Y hablas de suavidad.
—Prefiero marcarle yo, llenarle la cara de cardenales, yo que lo quiero, que no verlo sufriendo por
desconocer algo —contestó Baloo muy seriamente—. En estos momentos le enseño las Palabras Mágicas
de la Selva. Éstas lo protegerán contra los pájaros enemigos, contra las serpientes, contra todo cazador,
excepto contra los de su propia manada. Basta con que de ahora en adelante recuerde estas palabras y estará
seguro en todas partes. Y ahora dime si no vale la pena que reciba algunos golpes.
—Pero ten cuidado, porque tú eres capaz de matar al cachorro de hombre. No lo confundas con un
tronco de árbol y afiles en él tus garras. Explícame qué Palabras Mágicas son ésas. Normalmente seré yo
quien preste ayuda en vez de pedirla —y mientras hablaba, dejaba ver sus terribles garras—. De todos modos
me gustaría conocerlas.
—Que sea el mismo Mowgli quien te las aclare, suponiendo que esté de humor para hacerlo. Ven
aquí, pequeño.
—Me zumba la cabeza como si tuviera en ella un enjambre —dijo una voz fina y malhumorada.
Era Mowgli, que se deslizaba por el' tronco de un árbol y bajaba a tierra.
—Y que conste que si vengo es por Bagheera y no por ti, Baloo, saco de grasa.
—No doy importancia a lo que dices —dijo Baloo, que realmente se sintió herido por las palabras

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

de Mowgli—. Repítele a Bagheera las Palabras Mágicas de la Selva que has aprendido hoy conmigo.
—Las Palabras Mágicas forman un conjunto de lenguajes, hablados por diferentes pueblos. ¿Qué
lenguaje debo hablar? Sabes que hay muchos, y los sé todos.
—Sabes algo. Menos de lo que crees. Está claro, Bagheera. No hay un solo lobato que se muestre
agradecido con quien le enseña. Nadie da las gracias a Baloo. Habla de las palabras que se refieren al Pueblo
Cazador.
—Los dos llevamos la misma sangre —dijo Mowgli imitando el acento de oso de todos los que
cazan en ese territorio.
—Continúa con las de los Pájaros.
Mowgli las repitió. Y al final silbó como lo hace el buitre.
—Ahora quiero que me digas las de las Serpientes —dijo Bagheera.
Mowgli contestó con un silbido imposible de describir. Hizo luego una pirueta salvaje, él mismo
aplaudió su propia habilidad y se colocó de un salto a lomos de Bagheera. Se quedó de medio lado, golpeó
con los talones el flanco de la pantera e hizo unas muecas horrorosas a Baloo.
—Veo que te has ganado limpiamente los cardenales —dijo lleno de ternura el oso—. Ya te sentirás
agradecido algún día.
Le explicó a Bagheera, volviéndose hacia ella, cómo había pedido a Hathi, el más sabio de todos
los elefantes, el que lo sabe todo, que llevara a Mowgli a una laguna. Una serpiente de agua había explicado
a Mowgli su lenguaje. Baloo era incapaz de pronunciar las palabras de las Serpientes.
Mowgli estaba a salvo de todo lo que de malo se le pudiera presentar en la Selva. Ningún animal
le haría daño alguno, ni las serpientes, ni los pájaros, ni las fieras.
—Ya a nadie tiene que temer —dijo Baloo, golpeando suavemente su vientre gordo y peludo.
—A nadie, salvo a los miembros de su propia manada —dijo Bagheera en voz baja. Luego se dirigió
en voz más fuerte a Mowgli— ¿Qué haces con mis costillas, amigo? ¿Se puede saber por qué bailas de
ese modo?
Mowgli intentaba hacerse oír por Bagheera y para conseguirlo le estiraba la piel y bailaba furiosamente
sobre ella.
Cuando lo logró, gritó:
—Me van a dar una tribu. Y la dirigiré por entre las ramas de los árboles.
—Ya estamos con una de tus locuras. No sueñes —dijo Bagheera.
—Podré tirar ramas y toda clase de objetos sucios a Baloo —dijo Mowgli—. Es la promesa que
me han hecho.
—¡Wufffl —la pata peluda y enorme de Baloo arrojó a Mowgli del lomo de Bagheera donde

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

estaba
tan contento. Quedó tendido ante las patas delanteras de la pantera y se dio cuenta del mal humor que
había despertado en Baloo.
—Mowgli —le dijo Baloo—, has hablado con el Pueblo de los Monos, los *Bandar-log*.
Mowgli fijó sus ojos en Bagheera. Quería saber si la pantera se había enfadado también. La expresión
de sus pupilas era de enorme dureza. Brillaban como piedras de jade.
—Has estado con el Pueblo de los Monos; los despreciables monos grises, los sin Ley; los que
comen todas las porquerías que encuentran. Es una vergüenza.
—Baloo me pegó en la cabeza —dijo Mowgli. Seguía aún tendido de espaldas—. Me marché y
los monos grises bajaron rápidamente de los árboles, se acercaron y tuvieron compasión de mí. Fueron los
únicos que mostraron tales sentimientos —al decir esto se veía que estaba profundamente dolido.
—Hablas de la compasión de los monos —dijo molesto Baloo—. Es como hablarme de la paz de
las aguas que se despeñan torrencialmente desde la cumbre del monte. O como si me hablaras de la frescura
del sol en verano. Ahora dinos qué ocurrió luego.
—Después me dieron nueces y otras cosas de un sabor exquisito. Me llevaron en brazos a lo más
alto de los árboles. Me aseguraron que eran mis hermanos. Había una pequeña diferencia entre nosotros:
que yo no tenía cola como ellos. Hablaron seriamente de que algún día yo sería su jefe.
—Mienten en esta ocasión como siempre. Jamás han tenido jefe —dijo Bagheera en el colmo de la
indignación.
—Fueron maravillosamente amables conmigo. Me insistieron que querían que volviera a verlos.
¿Por qué siempre me habéis tenido apartado del Pueblo de los Monos? Es cierto que se parecen a mí. Andan
sobre dos pies como yo. No me pegan ni tienen las patas duras. Su día es una pura diversión. Quiro
subir adonde están ellos. Baloo, no seas malo. Quiero volver a jugar con ellos.
—Cachorro humano, quiero que me oigas bien —le dijo Baloo. Su voz era como un trueno—. Todo
lo que sabes de la Ley de la Selva lo sabes por mí. Y la Ley te servirá para tratar con todos los animales
de la Selva menos con los monos. Son los únicos que no tienen Ley. Todo el mundo los rechaza. Ni siquiera
tienen lenguaje propio. El suyo es una mezcla del lenguaje de todos los demás animales. Están siempre a
la escucha desde las altas ramas. Sus caminos son totalmente diferentes de los nuestros. Nunca han llegado
a tener jefes. Tampoco tienen memoria. Son unos charlatanes y unos presumidos. Se creen

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

serios y preocupados
por problemas importantes. Pero que caiga una nuez delante de ellos, y todo se les convertirá en risa.
Se les olvida todo. No tienen los mismos bebederos que nosotros. Tampoco tenemos los mismos lugares de
caza, ni vamos adonde ellos suelen ir, ni morimos donde ellos mueren. ¿Me has oído hablar alguna vez de
los *Bandar-log?*
—No —dijo Mowgli hablando muy bajo. Y es que el bosque se quedó completamente callado en
cuanto calló Baloo.
—Todos los animales, el Pueblo de la Selva entero, los ha desterrado de sus conversaciones y de
sus pensamientos. Son muy numerosos, sucios, maliciosos, desalmados. Lo único que les interesa es que
nosotros nos fijemos en ellos. Pero nada cuentan para nosotros en ningún momento, incluso cuando nos
bombardean con inmundicias.
Apenas acabó de hablar, cayó desde lo alto de los árboles una lluvia de frutos y ramas, y se oyó en
las alturas una sinfonía de toses, aullidos y saltos locos de rama en rama.
—El Pueblo de la Selva no puede tener trato alguno con los monos. Tenlo siempre presente.
—Totalmente prohibido —confirmó Bagheera—. Y lo extraño es que Baloo no te lo haya advertido.
—¿Yo? Jamás podría haber adivinado que Mowgli iba a jugar alguna vez con semejante ralea. ¡Los monos! Me dan asco.
Se repitió el chaparrón. Baloo y Bagheera se fueron corriendo hacia otro sitio arrastrando consigo
a Mowgli.
Baloo estaba en lo cierto con respecto a los monos. Vivían en las copas de los árboles. Las fieras
no suelen mirar hacia lo alto. Por eso los caminos de los monos y los de los demás animales de la Selva
jamás se cruzaban. Pero era doloroso que en cuanto veían a un animal de la Selva enfermo o herido, los
monos se ensañasen con él. Arrojaban toda clase de cosas sobre cualquier fiera. Y lo hacían sencillamente
para llamar la atención. Aullaban, cantaban canciones estúpidas invitando a los demás animales a que se
subieran a los árboles para pelear con ellos. Ellos mismos andaban siempre enzarzados en terribles luchas
por cualquier nadería.
Y eran desagradables hasta por el hecho de dejar sus muertos bien visibles. En muchas ocasiones
habrían podido tener una organización con jefe, leyes y costumbres propias. Pero jamás lo lograban definitivamente.
Peleaban, se olvidaban de todo y los consolaba esta frase: Toda la Selva llegará a pensar como nosotros pensamos ahora.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Ningún animal del bosque podía llegar hasta las alturas en las que ellos estaban. Por eso se emocionaron
cuando Mowgli quiso compartir sus juegos. Y fue divertido, sobre todo porque vieron cómo todo
eso molestaba a Baloo.
Así quedó todo. Normalmente los monos no tienen iniciativa alguna. Pero uno de ellos pensó algo
que a todos los demás les pareció magnífico. Era conveniente conservar en su tribu a Mowgli. Sabia entrelazar
ramas. Y ese entramado era una magnífica protección contra el viento. Mowgli lo hacía casi sin darse
cuenta. Al ser su padre leñador, solía construir chozas con ramas caídas. Mowgli había heredado esa habilidad.
No pasó inadvertido a los monos ese hecho. Se vieron con un gran jefe y como el pueblo más sabio de
la tierra. Seguramente todos los demás los admirarían. Por eso, sin hacer ruido alguno, siguieron a Mowgli,
Bagheera y Baloo por toda la Selva. Mowgli se echó a dormir entre el oso y la pantera. Juró que jamás trataría
con los monos.
Su siguiente recuerdo fue verse atrapado por unas manos fuertes y pequeñas, sentirse inmovilizado
de brazos y piernas, el choque de unas hojas y luego mirar hacia abajo desde la altura de los árboles.
Baloo despertó a toda la Selva con sus rugidos y Bagheera iba de árbol en árbol enseñando furiosa
sus dientes terribles. Los monos treparon hasta las ramas más altas. Ni siquiera Bagheera se atrevió a seguirlos
hasta allí.
Por eso gritaron triunfantes:
—Bagheera se ha fijado en nosotros. Se ha fijado en nosotros. Ya somos objeto de admiración para
todo el Pueblo de la Selva.
Empezó la huida de los monos, una huida revestida de caracteres indescriptibles. Tienen caminos
en las copas de los árboles, atajos, subidas y bajadas, a una altura excesiva sobre el nivel del suelo: quince,
veinte y hasta treinta metros. Son capaces de viajar de noche en ese laberinto. Dos de los monos más fuertes
habían cogido a Mowgli por las axilas y le llevaban en volandas hasta la cima de los árboles, con unos
saltos de siete metros. El peso del chico los lastraba. Mowgli, casi mareado, sentía el cosquilleo de la emoción.
Aunque, de cuando en cuando, ver la tierra allá abajo le producía sensación de vértigo. Era horrible
pararse, balancearse, tomar impulso y saltar a otra rama. A veces estaba en las ramas más altas, temblando
de miedo ante la posibilidad de que se rompieran. A los pocos segundos ya se encontraba en

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

las ramas bajas
del árbol siguiente.
Llegó en algunos momentos a tener la impresión de hallarse encaramado a un mástil, viajando en
un mar verde. Sólo cuando el ramaje le sacudía la cara, se daba cuenta de dónde se encontraba. Así, entre
resoplidos, saltos, ruidos y chillidos siguieron aquel camino loco. Mowgli iba conducido como un prisionero.
Hasta llegó a temer que lo soltaran dejándolo caer desde lo alto. Sintió una furia creciente. Pero al
ver cuál era su situación real, la de un preso, no quiso dar signos de rebeldía. Sí que vio claramente enseguida
que tenía que avisar a sus amigos, Bagheera y Baloo. Dada la velocidad con que los monos huían, se
daba cuenta de que sus amigos se iban a quedar atrás. Nada conseguía mirando hacia abajo. Sólo veía las
puntas de las ramas.
Por un momento dirigió su mirada al cielo inmenso y azul, y vio en todo lo alto a Rann, el buitre.
Como siempre, vigilaba la muerte de algún ser de la Selva. Vio que los monos llevaban algo y descendió
unos cientos de metros en picado para ver el género de presa. En ese instante, llevaban a Mowgli en volandas
hasta lo más alto de un árbol. El buitre le oyó gritar, se sorprendió y contestó con un silbido: Llevamos
la misma sangre. La espesura se cerró de nuevo y Rann desvió su vuelo hasta el siguiente árbol, desde donde
vio de nuevo a Mowgli.
—No dejes mi pista —gritó el chico—. Pasa el aviso a Baloo, de la manada de Seeonee, y a Bagheera,
del Consejo de la Roca.
—Dime en nombre de quién, amigo —dijo Rann. Nunca había visto a Mowgli, aunque había oído
hablar de él en muchas ocasiones.
—Soy Mowgli, la Rana. Me llaman cachorro humano. Sigue mi pista.
Apenas se oyeron las últimas palabras. Se sintió balancear en el aire, listo para el próximo salto.
Rann hizo unas señales de asentimiento. Se elevó hasta quedar reducido a un puntito insignificante. Pero
nada de cuanto ocurría debajo de el escapaba a sus ojos penetrantes. Pudo seguir perfectamente el camino
de los monos y su prisionero Mowgli.
—Poco va a durar su huida —dijo riéndose sofocadamente—. Estos monos son unos inconscientes
en todo cuanto emprenden. Los *Bandar-log* empiezan siempre mil cosas nuevas. Pero tengo la impresión de
que esta vez han ido demasiado lejos. Se van a arrepentir. Porque Baloo y Bagheera no son precisamente

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

seres indecisos y miedosos. Bagheera es capaz de matar algo más que cabras —se meció en el aire, recogió
las patas, desplegó las alas y esperó.
Por su parte, Baloo y Bagheera se sentían consumir de furor. Bagheera subió hasta los árboles más
altos. En más de una ocasión se rompieron las ramas. Lo que hacía era una temeridad que jamás había cometido.
Cuando caía al suelo solía llevar las garras llenas de corteza. Tenía que aminorar el golpe de la caída
agarrándose a las ramas y al tronco.
—¿Por qué no pusiste al cachorro humano sobre aviso? —decía en un tremendo rugido a Baloo,
que con su trote pesado esperaba adelantarse a la loca carrera de los monos—. Fue una estupidez matarlo
casi a golpes y, en cambio, no ponerle en guardia contra este peligro.
—Date prisa. Es posible que los alcancemos —decía Baloo extenuado.
—Creo que llevamos un paso que podría seguir cómodamente hasta una vaca. Gran Maestro de la
Ley de la Selva, azotacachorros. Bastaría una corta distancia para hacerte reventar. Descansa y piensa.
Piensa un plan. Sería peligroso hasta que los alcanzáramos. Asustados, lo podrían dejar caer.
—¡Brrr! Es posible incluso que ya lo hayan hecho, cansados de llevarlo. ¿Quién se puede fiar de
los monos? Corona mi cabeza con murciélagos muertos. Aliméntame solamente a base de huesos viejos.
Hazme caer de cabeza en una colmena de abejas furiosas que me piquen hasta matarme. Y, luego, entiérrame
cerca de la madriguera de una hiena. Soy el oso más desgraciado que haya nacido. ¡Brrr! ¡Ah!
¡Mowgli! ¡Mowgli! ¿Por qué fui tan estúpido y, en vez de golpearte, no te previne contra los monos? Es
posible incluso que mis golpes le hayan sacado de la cabeza mis lecciones y en estos momentos se encuentre
en la Selva desamparado, al no acordarse de las Palabras Mágicas.
Baloo metió la cabeza entre las patas delanteras y se convirtió en un puro sollozo.
—Ten en cuenta que a mí me las dijo correctamente hace muy poco tiempo todavía —dijo Bagheera
impaciente—. Baloo —continuó—, has perdido completamente la cabeza y el respeto a ti mismo.
Ponte en mi lugar y juzga lo que pensaría la Selva si me hiciera una bola como Ikki, el puerco espín, y me
dedicara a lamentarme.
—Nada me importa lo que piense la Selva de mí. Es posible que a estas horas Mowgli ya haya
muerto. —Sólo por pereza o por juego lo dejarían caer. Pero no hay que temer demasiado por el cachorro
humano. Es listo, está bien formado y nadie es capaz de aguantar su mirada. Pero hay que reconocer que la
situación es grave. Está en poder de los monos. Nadie puede llegar hasta donde ellos viven. A

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

nadie temen
—Bagheera mordisqueaba nerviosamente una de sus patas delanteras.
—¡Tonto y necio de mí! No soy más que un desenterrador de raíces —dijo Baloo enderezándose
de un salto—. Es una verdad evidente lo que afirma el sabio Hathi, el elefante, cuando dice: Cada uno tiene
su propio miedo. El miedo de los monos es Kaa, la serpiente de la Roca. Sube a los árboles tan bien como
ellos; les roba sus crías por la noche. Cuando oyen su nombre les castañetean los dientes. Vamos a hacer
una visita a Kaa.
—¿Para qué? No es de nuestro pueblo, porque no tiene patas. Y está claro que es un saco de maldad.
Lo lleva escrito en los ojos —dijo Bagheera.
—Tan vieja como astuta. Y siempre hambrienta. Prométele un rebaño entero de cabras —dijo Baloo
lleno de esperanza.
—Sabes como yo que en cuanto come una se pasa durmiendo un mes entero. Es posible incluso
que en estos momentos se encuentre durmiendo. Y es posible también que prefiera cazar ella misma las
cabras —Bagheera, que desconocía casi por completo a Kaa, desconfiaba de todo lo que concernía a la serpiente.
—Entre nosotros dos, viejo amigo, somos capaces de convencerla —Baloo frotó amistosamente
con su paletilla la piel de la pantera. Y los dos juntos se fueron en busca de Kaa, la pitón que vive en la
Roca.
La encontraron tendida al sol en el saliente de un peñasco. Contemplaba con admiración su propia
piel, hermosa y brillante, nueva. Le había costado diez días cambiarla. Lo había hecho en el retiro más absoluto.
Parecía una enorme joya, con su cabeza roma y su cuerpo de nueve metros enroscado en fantásticos
anillos. Soñaba con su próxima presa.
—Estamos de suerte —dijo Baloo precavidamente y con satisfacción en cuanto vio su hermosa
piel nueva—. Hay que tener cuidado. Cuando muda de piel se queda medio ciega. Ataca por puro instinto a
todo lo que se le ponga por delante.
Kaa tenía a gala no ser venenosa. Despreciaba a las que lo eran. Su fuerza estaba en su capacidad
de presión. Cuando se enroscaba alrededor del cuerpo de su presa, ésta se podía dar por perdida.
—¡Buena caza! —gritó Baloo sentado sólo sobre sus cuartos traseros.
Kaa era sorda, como lo son normalmente las pitones. Se preparó para el ataque enrollándose en
forma de espiral, con la cabeza baja.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

—Que la caza sea buena para todos —contestó—. ¡Ah! ¿Eres tú, Baloo? ¿Qué haces aquí? ¡Buena
caza, Bagheera! Necesito comer. ¿Habéis visto algo cerca? Me conformo con un gamo, aunque sea joven.
Me siento tan vacía como un pozo seco.
—Vamos de caza —dijo Baloo sin dar importancia a sus palabras. No es una buena táctica meter
prisa a las serpientes pitones. Son demasiado grandes para ser rápidas.
—Dejadme que vaya con vosotros —les rogó Kaa—. A Baloo y a Bagheera no les importa dar un
zarpazo más o menos. Yo, en cambio, me veo obligada a esperar días enteros en alguna senda perdida del
bosque. O subir a los árboles por la noche para sorprender a algún mono poco avispado. ¡Ssshs! Hay que
tener cuidado además con las ramas. Están todas podridas, especialmente las mayores, o secas.
—Es posible que sea por tu peso —le dijo Baloo.
—Realmente no me falta longitud —contestó Kaa con aire de orgullo—. Pero sigo pensando que
la culpa no es mía, sino del ramaje nuevo. En mi última cacería estuve a punto de caerme al suelo. Y al no
tener fija mi cola al tronco del árbol, produje tal ruido que los monos se despertaron y comenzaron a insultarme.
—Lombriz de tierra, miserable y sin patas —dijo como sin quererlo Bagheera.
—¡Ssshss! ¿Me han insultado así alguna vez? —preguntó Kaa airada.
Así nos insultaron a nosotros *los Bandar-log* en la Luna nueva pasada. No les hicimos caso. Dicen
cualquier cosa. Hasta que te has quedado sin dientes, que tienes miedo a todo lo que sea mayor que un cabrito
—los monos son unos deslenguados —y que tienes miedo a los cuernos —siguió insidiosamente Bagheera.
Las serpientes pitones disimulan sus sentimientos. jamás dan muestras de haberse encolerizado.
Kaa quiso mostrarse así. Pero Baloo y Bagheera vieron cómo se le hinchaban los enormes músculos del
cuello.
—Los monos han abandonado su territorio —dijo con aparente tranquilidad—. Oí sus gritos justamente
cuando salía a tomar el sol. Se oían en las copas de los árboles.
—Pues precisamente vamos siguiendo su rastro —dijo Baloo.
No le salieron las palabras como él hubiera querido. Recordó de pronto que el era el primer animal
de la Selva que había mostrado cierto interés por la vida de los monos.
—Evidentemente, el asunto debe de ser muy serio cuando vosotros, tan importantes en la Selva y
entre los vuestros, estáis siguiendo el rastro de *los Bandar—log* —respondió con fina cortesía Kaa, al mismo
tiempo muerta de curiosidad.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

—Realmente —dijo Baloo—, yo soy un viejo maestro de la Ley, no demasiado inteligente, encargado
de enseñársela a los lobatos de la manada de Seeonee, y amigo de Bagheera, que me acompaña.
Bagheera cerró con ruido sus mandíbulas. Ella no era partidaria de falsas modestias.
—El asunto que traemos entre manos es éste —dijo Bagheera dirigiéndose a Kaa—; esos miserables
y despreciables ladrones de nueces nos han robado a nuestro amigo, el cachorro humano. Seguramente
habrás oído hablar de él.
—Sí, me dijo algo Ikki —ciertamente, está cada día más infatuado de sus púas— acerca de una
cría de hombre admitida en una manada. Pero no lo tomé en serio. Ikki es un relator de noticias mal oídas y
peor contadas.
—En esta ocasión estaba en lo cierto. Y se trata de un hombrecito maravilloso. Nadie hubo semejante a él —dijo Baloo—. Es inteligente, elegante, el mejor. Hará famoso mi nombre en toda la Selva,
Kaa. Lo queremos locamente.
—¡Bueno! ¡Bueno!, que no sólo vosotros sabéis lo que es querer. Si yo hablara, os enteraríais de
muchas cosas. —Nos las tienes que contar una noche de Luna y con el estómago lleno —dijo Bagheera—.
Los monos tienen en su poder a nuestro hombrecito. Y sabemos, Kaa, que eres tú el único animal de la Selva
al que temen.
—A nadie más. Y no les faltan motivos para pensar así —dijo Kaa—. Los monos son unos charlatanes
necios y vanidosos. Si tienen a un hombre entre ellos, está claro que corre peligro. Cogen una nuez,
les cansa enseguida y la tiran. Cogen una rama, la llevan toda una mañana, dicen que van a hacer maravillas
con ella y luego, sin saber por qué, la parten y la tiran. No quisiera estar yo en la piel del hombrecito.
¿Os acordáis si cuando me insultaron me llamaron pez amarillo?
—Sólo lombriz, lombriz de tierra —dijo Bagheeray algunas otras cosas que me avergonzaría repetir
ahora.
—Creo que será conveniente recordarles que deben tener más respeto a su maestro. Sí, hay que refrescarles
la memoria. Pero ¿tenéis idea de adónde se han llevado al hombrecito?
—No. La Selva lo sabrá. Creemos que se lo llevaron hacia poniente. Pensábamos que tú lo sabrías.
—¿Yo? Los suelo atrapar, si se me ponen al paso, en los caminos. Pero nunca en las ramas ni en
las lagunas.
—¡Eh! ¡Baloo, de la manada de lobos de Seeonee! ¡Mira hacia arriba!
Baloo vio a Rann, el buitre, que caía en picado desde el cielo. El sol alumbraba el borde

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

levantado
de sus alas. A esas horas, Rann tenía que estar ya durmiendo. Había sobrevolado la Selva en busca del oso,
pero el follaje le había impedido verlo.
—¿Traes noticias? —dijo Baloo.
—Sí. He visto a Mowgli entre los monos. Me encargó insistentemente que te lo dijera. Los he seguido.
Se lo han llevado al otro lado del río, a la ciudad de los monos, a las Moradas Frías. Como son tan
imprevisibles, es posible que se queden allí un breve o largo tiempo. De todos modos, he encargado a mis
amigos, los murciélagos, que los vigilen durante la noche. Es todo. Buena suerte.
—Buena suerte también para ti. Felices sueños después de haber llenado bien el buche, Rann —
gritó Bagheera alborozada—. Te tendré en cuenta cuando cace la próxima vez. Reservaré la cabeza de lo
que mate y te la ofreceré a cambio de tus servicios, a ti, el mejor de los buitres.
—Lo que he hecho no es nada. El chico se lo merecía. Se acordó de las Palabras Mágicas. Me sentí
obligado a cumplir su encargo —después de decir esto se elevó en círculos, volando luego en busca de
refugio.
—Felizmente, no ha perdido la lengua —dijo Baloo con orgullo—. Tan joven y ha sido capaz de
acordarse de las Palabras Mágicas justamente cuando se lo llevaban a través de la Selva.
—Se las metiste en la cabeza a fuerza de golpes —comentó Bagheera—. Pero me siento orgullosa
de él. Vamos a las Moradas Frías.
En la Selva todo el mundo conoce dónde están las Moradas Frías, pero nadie se acerca a aquel lugar.
Se trata de una ciudad antigua y abandonada, medio enterrada en la Selva. Las fieras no suelen hacer
sus guaridas donde antes habitaron los hombres. La puede hacer el jabalí, pero nunca los animales cazadores.
Ni siquiera los monos viven regularmente allí. Todos los habitantes de la Selva suelen dejar un enorme
espacio entre su camino y las Moradas Frías. Acuden a aquel lugar solamente en momentos de sequía pertinaz.
Entonces, las cisternas y estanques de la ciudad abandonada suelen conservar alguna reserva de agua.
—Si vamos a toda velocidad, es posible que lleguemos allí hacia medianoche —comentó Bagheera.
Baloo se quedó serio, como asustado.
—Iré a mi máxima velocidad —dijo Baloo preocupado.
—No podemos esperarte. Síguenos, Baloo. Kaa y yo somos siempre veloces.
—Sabes que aun sin pies puedo alcanzar la misma velocidad que tú que tienes cuatro patas —dijo
Kaa. Baloo se esforzó por ir lo más rápidamente posible. Pero pronto se rindió a la realidad.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Se sentó agotado.
Lo dejaron con la esperanza de que, aunque más despacio, los seguiría. Bagheera se adelantó con ese
trote característico de los animales de su especie. Kaa no hizo comentario alguno, pero precedía siempre a
la pantera, aunque ésta acelerara su carrera. Ganó terreno Bagheera cuando, al llegar a un arroyo, lo pasó de
un salto. Kaa tuvo que vadearlo, dejando asomar solamente su cabeza y una pequeña parte del cuerpo. Pero
en cuanto tocó tierra de nuevo alcanzó con toda facilidad a la pantera.
—¡Por la cerradura que me permitió ser libre! —dijo Bagheera—. Eres una andariega invencible.
—Tengo hambre —dijo Kaa—. Y, además, ten en cuenta que me han llamado rana manchada.
—Lombriz de tierra y amarilla, para mayor exactitud.
—Es lo mismo. Continuemos —parecía que Kaa se confundía con la tierra. Encontraba con toda
seguridad el camino más corto y lo seguía sin equivocarse.
En las Moradas Frías los *Bandar-log* pensaban en todo menos en los amigos de Mowgli. Cuando
llegaron con el muchacho a la ciudad perdida, se quedaron satisfechos. Mowgli no había visto jamás una
ciudad india y, aunque ésta no era ya más que un montón de ruinas, le pareció deslumbrante y soberbia.
Fue edificada por un rey, hacía muchos años, en lo alto de una colina. Todavía se adivinaban las calzadas
que conducían a las puertas. De éstas sólo quedaba el recuerdo de algunas tablas adheridas todavía a los
goznes herrumbrosos y prácticamente destruidos. Los árboles crecían por todas partes. De los muros, que
habían perdido sus fortificaciones suplementarias, colgaban en grandes matas las enredaderas. La colina
estaba coronada por un gran palacio sin techumbre. El precioso mármol de patios y fuentes estaba estropeado,
lleno de manchas, roto. Se veía claramente todavía cuáles habían sido las salas donde habitaban los
elefantes del rey. Pero las losas del suelo estaban separadas por las hierbas y los árboles que crecían a discreción.
Era posible ver desde el palacio grandes hileras de casas sin techo. Eran las casas de la antigua
ciudad. Parecidas a colmenas sin tapadera, sólo estaban habitadas por las sombras más oscuras. Había un
enorme ídolo derribado en la confluencia de cuatro avenidas. Lo que antiguamente habían sido fuentes y
pozos, ahora eran solamente unos hoyos secos casi todo el año. Las preciosas cúpulas antiguas estaban
hundidas y flanqueadas por higueras silvestres.
Los monos se la habían atribuido como su ciudad. Despreciaban a todos los animales por vivir

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

en
el bosque. Pero nunca llegaron a comprender por qué se habían levantado todos aquellos edificios, y menos
aún el uso que se había hecho de ellos. Se sentaban en círculos en la antecámara de la sala del Consejo, se
quitaban las pulgas y bravuconeaban como hombres. Salían o entraban en las casas sin techo, transportaban
yeso o ladrillos hasta un sitio, y luego se olvidaban por qué y dónde lo habían escondido.
Peleaban por creerse robados por los demás. Y cuando más enfadados parecían estar, empezaban a
jugar, bajando y subiendo como locos las terrazas del jardín real, sacudiendo fuertemente los rosales y los
naranjos, por el simple placer de ver cómo caían las flores o los frutos. Conocían todos los pasadizos subterráneos
del palacio. Pero enseguida se olvidaban de lo que acababan de ver. Se consideraban tan importantes
como los hombres cuando paseaban solos o en pequeños grupos por aquel laberinto. Bebían en las cisternas,
pero sin cuidado alguno. Por eso ensuciaban el agua y discutían por ello.
Pero, pasando inmediatamente del enfado a la alegría desmedida, gritaban todos juntos:
—Somos los más sabios de la Selva, los mejores, los más inteligentes, los más fuertes y los más
prudentes.
De nuevo volvían a rebrotar los antiguos problemas hasta que, cansados de todo, se iban de la ciudad
a las copas de los árboles con la estúpida esperanza de que los animales de la Selva se fijaran en ellos.
A Mowgli, perfectamente educado en la Ley de la Selva, le pareció una vida sin sentido. Llegaron
a las Moradas Frías, llevando a Mowgli, al caer la tarde. Normalmente deberían haberse ido a dormir, teniendo
en cuenta el largo viaje. Pero los monos se pusieron en círculo y empezaron a cantar absurdas canciones.
Incluso hubo uno, que, sintiéndose orador, les dijo a todos que la captura de Mowgli representaba la
fecha del inicio de una nueva era para los *Bandar—log.* Les iba a enseñar, uniendo ramas y cañas, a construir
refugios contra la lluvia. Mowgli, como demostración de su capacidad, cogió algunas enredaderas y
empezó a entretejerlas. Los monos trataron de imitarlo. Pero el juego sólo les duró unos minutos. Faltos de
interés, empezaron a tirarse de las colas y a saltar sobre sus cuatro patas.
—Quiero comer —dijo Mowgli—. Soy un forastero en esta parte de la Selva. Dadme algo de comer
o permiso para cazar.
Faltó tiempo para que veinte o treinta monos se lanzaran fuera de la ciudad en busca de nueces silvestres.
Pero, como de ordinario, se enzarzaron, cuando volvían, en una pelea y echaron a perder lo

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

que
traían. Pensaron que no valía la pena ofrecer a su huésped aquellas frutas estropeadas.
Mowgli sentía dolores por todo el cuerpo; estaba magullado, malhumorado y hambriento. Erró por
la ciudad abandonada, lanzó de cuando en cuando el grito de caza de los extraños. Nadie le contestó. Se
convenció de que había ido a parar a un sitio indeseable.
—Qué razón tenía Baloo —pensó—. No tienen jefes, ley, ni grito de caza. Sólo palabras inútiles,
sin sentido. Sus manos son como las de los pequeños ladrones. Seré el único culpable si me matan de hambre.
Tengo que hacer todo lo posible y lo imposible por volver a la Selva. Seguro que Baloo me va a dar
una paliza. Pero lo prefiero a estar aquí con los monos perdiendo el tiempo.
En cuanto llegó a las murallas, los monos le hicieron retroceder. Le aseguraron que no sabía apreciar
la suerte que había tenido al estar con ellos en aquella ciudad. Le pellizcaron para que aprendiera a ser
más agradecido. Rechinó los dientes y se calló. Se dirigió a una terraza situada sobre los depósitos de piedra
roja destinados a recoger agua. Se dio cuenta de que los depósitos estaban medio llenos. En mitad de la
terraza había un cenador* destinado a las reinas que habían vivido en aquel palacio hacía unos cien años.
El techo, construido en forma de cúpula, estaba medio hundido. Eso había hecho que la comunicación
entre el cenador y el pasadizo, usado antiguamente por las reinas, estuviera impracticable. Pero las
paredes, perfectamente en pie, parecían unos biombos de mármol afiligranado, blanquísimo, con incrustaciones
de ágata*, cornalina* y jaspe*. Cuando la Luna se asomó por detrás de la colina, filtró su luz a través
de aquellos calados, y dibujó en el suelo una especie de manto negro hermosísimo.
Mowgli, derrengado, con sueño y hambre, no pudo menos de reírse cuando unos veinte monos a la
vez empezaron a predicarle lo grandes, sabios, fuertes y discretos que eran. Y que era un loco por intentar
separarse de ellos.
—Somos inmensos, libres, extraordinarios y dignos de admiración por parte del resto de los animales
de la Selva. Como nosotros estamos convencidos de ello, tiene que ser verdad —gritaban—. Pero
tienes que enterarte de quiénes somos. Tú vas a tener ocasión de repetírselo después a todos los animales de
la Selva. Así, de ahora en adelante se fijarán en nosotros. Te darás cuenta de que somos importantísimos.
Nada pudo oponer Mowgli a esa idea peregrina. Los monos se reunieron a cientos en la terraza para

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

escuchar a sus oradores. Éstos cantaban las excelencias de *los Bandar-log.* A veces se callaban para tomar
aliento. Y entonces, todos a la vez gritaban:
—Es cierto. Es lo que todos pensamos.
Mowgli asentía con la cabeza, parpadeaba, respondía con un sí cuando le preguntaban algo, y sentía
al mismo tiempo un enorme mareo ante todo aquel alboroto.
—Parece que Tabaqui los ha mordido a todos y comunicado su locura. Porque están todos locos.
Pero ¿cuándo duermen? Veo que está formándose una nube en el firmamento. A ver si cubre la Luna y,
aprovechando la oscuridad, logro escabullirme. Aunque estoy muy cansado.
Dos amigos de Mowgli contemplaban la misma nube desde los fosos que rodeaban las murallas de
la ciudad abandonada. Sabían que era peligroso luchar con los monos. Siempre se juntaban en número
enorme, y Bagheera y Kaa conocían perfectamente el peligro que eso suponía. Los monos presentan batalla
sólo cuando se encuentran en la proporción de uno a cien. Pero no hay animal de la Selva que se atreva a
luchar contra ellos con esa enorme desventaja.
Yo me dirigiré hacia el lado oeste de la muralla —dijo Kaa como en un susurro—. El terreno está
en declive y me permitirá lanzarme desde allí contra los monos. Seguro que no se me vendrán encima a
centenares.
—Por mi parte sé lo que hay que hacer. Pero es una lástima que Baloo no esté con nosotros. Voy a
esperar a que la nube cubra la Luna y entonces aprovecharé para subir a la terraza. Veo que están celebrando
una especie de Consejo. Seguramente para deliberar sobre Mowgli.
—¡Buena caza! —dijo Kaa con aire feroz, mientras se deslizaba sin hacer ruido alguno hacia la
zona occidental del muro. La gran pitón tardó en encontrar un camino practicable.
Al instante la nube interceptó la visión de la Luna. Mowgli se quedó expectante después de oír los
pasos rapidísimos de Bagheera, que ya estaba en la terraza en medio de los monos. Había subido la pendiente
sin hacer ruido y empezó a repartir golpes a diestro y siniestro. No valía la pena morder. Los monos
estaban sentados alrededor de Mowgli en círculos de cincuenta o más. Se oyó un enorme aullido de rabia y
sorpresa. Bagheera tropezó con los cuerpos de los monos que habían rodado por el suelo al ritmo de sus
golpes. Uno de ellos gritó:
—¡Es uno solo! ¡Matadlo! ¡Matadlo!
Los monos se lanzaron en masa desordenada a morder, arañar, romper y arrancar cuanto pudiesen.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Se precipitaron ciegamente sobre Bagheera. Media docena se apoderó de Mowgli, lo arrastró fuera del cenador
y lo arrojó al agujero que había visto él antes. Cayó hasta el fondo. Cualquier chico se hubiera lastimado
seriamente. Había caído desde unos cuatro metros de altura. Pero a Mowgli le había enseñado Baloo
a caer: siempre de pie. —No te muevas de ahí —le gritaron los monos hasta que hayamos matado a tus
amigos. Luego, vendremos a jugar contigo. Esperamos que el Pueblo Venenoso respete tu vida.
—Vosotros y yo tenemos la misma sangre —dijo Mowgli con mucha prisa por pronunciar las Palabras
Mágicas salvadoras: las que sirven para las serpientes. Distinguía con claridad sus roces y sus silbidos
entre los escombros que lo rodeaban. Para estar más seguro, volvió a gritar de nuevo:
A que es verdad, ssss.
—Vosotras, protegeos —dijeron seis serpientes en tono muy bajo.
Toda ruina en la India se convierte, con el tiempo, en un refugio ideal para las serpientes. Por eso
el antiguo cenador era un hervidero de cobras.
Amigo, estate quieto, no te muevas. Nos harías daño con tus pies. Mowgli siguió fielmente la indicación.
A través de los calados escuchó el ruido tremendo de la lucha de Bagheera contra los monos. Era
fácil oír los aullidos, el chasquido de las mandíbulas, el resoplar de Bagheera mientras avanzaba y retrocedía,
buscando posiciones defensivas contra el enorme montón de sus enemigos. Sólo trataba de salvar su
pellejo. Le sucedía eso por primera vez en su vida.
«Seguro que Baloo anda cerca. Bagheera jamás habría venido sola a esta misión», pensó Mowgli.
Entonces gritó con todas sus fuerzas:
—Bagheera, a las cisternas*. Zambúllete completamente.
Bagheera oyó repetir la indicación. Al ver que Mowgli estaba a salvo, sintió que sus fuerzas renacían.
En un esfuerzo desesperado, despacio, se fue abriendo camino hacia las cisternas. Golpeaba en el más
absoluto silencio. Fue entonces cuando oyó una voz, que llegaba desde las ruinas del muro próximo a la
Selva. Era un grito salvaje, el de Baloo. Aunque había hecho todo lo posible, no había podido llegar antes.
—Bagheera, estoy contigo —gritó—. Subo. Voy a ayudarte. ¡Brrr! Todo resbala bajo mis pies.
Espérame. Malditos monos.
Casi sin aliento llegó a la terraza. Quedó prácticamente enterrado por un enorme montón de monos.
Se afianzó sobre las patas traseras. Con las delanteras iba cogiendo monos, golpeándolos unos contra

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

otros. Se oía el iplafl, iplafl, algo parecido al chapoteo de las palas de la rueda de un barco de vapor. Se
sintió satisfecho cuando el ruido de un cuerpo que caía en el agua le hizo ver que Bagheera había alcanzado
las cisternas. Allí los monos no podían perseguirla.
La pantera estaba metida en el agua hasta el cuello. El cansancio hacía difícil su respiración. Los
monos vigilaban desde las orillas. Se les notaba una enorme agresividad. Estaban claramente dispuestos a
echarse sobre Bagheera en cuanto hiciera el menor intento de salir del agua. La pantera levantó la cabeza
desesperada, buscando protección, y lanzó un grito que entienden muy bien las serpientes: Tú y yo tenemos
la misma sangre.
Temió que Kaa se hubiera echado atrás en el último momento. Baloo no pudo evitar la risa cuando
vio que hasta Bagheera pedía auxilio. Tampoco el se encontraba demasiado bien, medio aplastado por los
monos y empujado hasta el borde de la terraza.
En ese momento, Kaa salvaba el muro del oeste. Al coronarlo, su enorme cuerpo desprendió una
piedra que fue a caer al foso. El terreno le era muy favorable. Se alegró. Hizo ejercicio formando una serie
de anillos y desenroscándose luego. Notó que estaba en perfecta forma para la lucha.
Así se preparó, mientras Baloo seguía protagonizando la batalla. Los monos aullaban alrededor de
la cisterna donde se encontraba en apuros Bagheera.
Mang, el murciélago, volando en todas direcciones, llevó la noticia de la gran batalla a toda la Selva.
Hathi, el elefante salvaje, comenzó a barritar*. Los monos acudieron desde todas partes, aun desde los
sitios más lejanos, para ayudar a sus hermanos en la batalla de las Moradas Frías. Cundieron la alarma y la
alerta entre todas las aves diurnas.
Kaa, sintiendo el ciego instinto de matar, atacó sin titubeos, con enorme rapidez. Una serpiente pitón
es temible en un primer ataque por el poder destructor que tiene su cabeza. Parece como si comunicara
a esa zona toda la fuerza de su enorme cuerpo. Es como una lanza, un ariete* o un martillo de media tonelada.
Y ese enorme peso está movido por una inteligencia fría, metódica, calculadora, asesina, que se balancea
en lo alto de un larguísimo palo. Aun midiendo solamente un metro, una serpiente pitón puede derribar
a un hombre hecho y derecho si lo golpea de lleno en el pecho. Imaginaos lo que serían atacando los
nueve metros de Kaa. Embistió, para empezar, hacia el centro de la enorme masa de monos que aplastaba a

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Baloo. Lo hizo en un silencio perfecto. No necesitó repetir el ataque. Los monos huyeron despavoridos
gritando:
—¡Es Kaa. Corred. Poneos a salvo!
Kaa había sido el terror de generaciones enteras de *Bandar-log.* Todos se portaban bien con sólo
nombrarla. Kaa era capaz de deslizarse por las ramas con el silencio de la más tenue brisa, el silencio del
musgo mientras crece. Y al mismo tiempo envolvía en sus anillos, en un abrazo mortal, al mono más fuerte.
La vieja Kaa adoptaba todos los disfraces: una rama muerta, un árbol carcomido. Caían en la trampa hasta
los más hábiles. La rama los rodeaba con sus anillos y se los llevaba. Por eso Kaa era para los monos lo
más temible de la Selva. Nadie conocía los límites de su poder. Nadie se atrevía a mirarla cara a cara. Ningún
mono había escapado con vida de sus anillos. Por eso huyeron como locos a refugiarse donde pudieron:
en los muros, los techos, las casas. Baloo empezó a respirar. Aunque tenía la piel más resistente que su
amiga Bagheera, había sufrido en la lucha. Entonces, Kaa lanzó un silbido largo y penetrante, como suelen
hablar los pitones. Los monos que acudían en ayuda de sus amigos se quedaron en los árboles, petrificados
por el miedo. Cesó el griterío de todos los que se habían refugiado por allí. En el silencio que reinó entonces
en la ciudad abandonada, Mowgli oyó cómo Bagheera salía de la cisterna y se sacudía el agua.
Se oyó de nuevo el griterío anterior. Los monos buscaron mayor altura en los muros. Se agarraban
al cuello de las estatuas y subían a lo más alto de las defensas de la muralla. Mowgli, que bailaba de alegría
en el cenador, miraba todo a través de los calados. Incluso imitaba al búho como para burlarse del terror de
los monos, y manifestar su alegría.
—Kaa, saca a nuestro amigo de la trampa. Me siento sin fuerzas —dijo Bagheera—. Vámonos
cuanto antes. Nos podrían atacar de nuevo.
—Sólo se moverán cuando yo se lo mande. ¡Quietos todos! ¡Psshs! —silbó Kaa, y la ciudad recobró
su silencio. Kaa se dirigió de nuevo a Bagheera:
—No me fue posible llegar antes, hermana. De todos modos, creo que oí tu llamada.
—Es posible que gritara en medio de la lucha —contestó Bagheera—. ¿Cómo te encuentras, Baloo?
¿Te han hecho daño?
—Me han zarandeado de tal modo que creo que en estos momentos en vez de ser uno soy un centenar
de oseznos —contestó con mucha seriedad Baloo estirando las patas—. ¡Wuaaa! Siento

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

dolores por
todo el cuerpo. Kaa, Bagheera y yo te debemos la vida.
—No tiene importancia. ¿Dónde está el hombrecito?
—Aquí, en la trampa. No puedo encaramarme y salir de ella —les gritó Mowgli dándose cuenta de
que tenía sobre su cabeza la cúpula rota.
—Sacadlo cuanto antes de aquí. Está bailando locamente al estilo de Mao, el pavo real. Si continúa
así, aplastará a alguna de nuestras crías —dijeron las cobras.
—¡Ja! ¡ja! ¡Qué gracia! —exclamó Kaa riendo—. El cachorro humano tiene amigos en todas partes.
Mowgli, retírate. Y lo mismo vosotras, Pueblo Venenoso. Voy a derribar la pared.
Tras un detenido examen, Kaa descubrió una grieta en la pared de mármol. Era el punto débil. Calculó la distancia, se levantó a una altura de unos dos metros y propinó al muro unos cuantos testarazos.
Su nariz fue lo primero que chocó contra el mármol. Cayó el cenador entre ruido y polvo, Mowgli salió por
el boquete que se había abierto y fue a colocarse entre Baloo y Bagheera, echando un brazo al cuello de
cada uno.
—¿Te han echo daño? —preguntó Baloo emocionado, abrazándolo.
—Tengo dolores por todas partes, estoy hambriento y mi cuerpo es un puro cardenal; pero ¡cómo
os han puesto a vosotros! ¡Estáis cubiertos de sangre!
—Otros han pagado también el tributo de la sangre —y, mientras lo decía, Bagheera miraba el montón de monos muertos que había en la terraza y cerca de la cisterna.
—Pero lo nuestro no tiene importancia. Lo importante es que estás a salvo, vida mía, mi orgullo –
–dijo Baloo hipando emocionado.
—De todo habrá tiempo de hablar luego —dijo Bagheera sembrando la inquietud, por su tono seco,
en el corazón de Mowgli—. Pero ahí está Kaa, a la que debemos tú, tu vida, y nosotros haber ganado la
batalla.
Cuando Mowgli se volvió, vio a escasa distancia de su cara la cabeza de Kaa balanceándose.
—¡Bueno! Así que éste es el hombrecito —dijo Kaa mirándole fijamente—. Tienes la piel muy fina
y te pareces mucho a los monos, los *Bandar-log.* Ten cuidado, hermano. Es posible que algún día, hacia
la hora del crepúsculo, después de haber cambiado mi piel, en los días en que me encuentro más baja de
vista, me equivoque y te confunda con un mono.
—Tú y yo tenemos la misma sangre —dijo Mowgli—. Me has salvado la vida hace unos momentos.
En agradecimiento, cuando tengas hambre y yo haya cazado, será todo para ti, amiga Kaa.
—Mil gracias, hermano —dijo Kaa al mismo tiempo que sus ojos brillantes despedían destellos de
malicia—. Me gustaría saber lo que mi hermano, este fiero cazador,

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

es capaz de matar. Te pido permiso para seguirte cuando vayas de cacería.
—En realidad, de momento no soy capaz de matar presa alguna. Soy todavía demasiado pequeño.
Pero asusto a las cabras y las envío astutamente hacia el lugar donde están quienes pueden matarlas. Si algún
día tienes el vientre vacío, te vienes conmigo y te convencerás de que no te estoy engañando. Manejo
con destreza estas manos que ves —y entonces se las mostró—. Y es más, si algún día caes en una trampa,
te pagaré la deuda que he contraído contigo hoy. Y lo mismo haré con Baloo y Bagheera. Sois realmente
mis maestros. ¡Buena suerte!
—Ha hablado maravillosamente —dijo Baloo admirando la habilidad con que Mowgli se había
expresado para dar las gracias. Kaa dejó caer blandamente la cabeza sobre el hombro del muchacho, mientras
le decía:
—Tu corazón es grande y tu lengua hábil. Entre las dos cosas llegarás muy lejos en la Selva. Pero
ahora márchate con tus amigos. Vete a dormir. La luna va a desaparecer y no quiero que veas lo que va a
suceder aquí.
La Luna se hundía silenciosamente tras las colinas. Los monos parecían una guirnalda en los muros
y salientes del escenario de la lucha. Baloo se fue a la cisterna a beber un largo trago de agua. Bagheera
empezó a acicalar su piel con todo cuidado. Entonces Kaa, con un extraño chasquido de mandíbulas, se
dirigió hacia el centro de la terraza. Los monos prestaron la máxima atención.
—Se nos ha escondido la Luna. De todos modos, ¿hay luz suficiente para que me veáis? —dijo
Kaa.
—Kaa, te vemos perfectamente —fue la respuesta unánime y aterrada.
—Perfecto. Empieza la Danza. Conocéis mi Danza del Hambre. Quietos todos y mirad.
Se enroscó un par de veces en forma de anillos enormes. Balanceaba la cabeza de derecha a izquierda.
A continuación, empezó una Danza de óvalos y extraños ochos, triángulos sin vértice, cuadrados,
toda clase de figuras. Siempre al mismo ritmo, sin descanso pero tranquilamente, acompañando todos los
movimientos con un raro zumbido.
Al mismo tiempo fue oscureciendo. Al final ya no se veían los movimientos de Kaa, pero seguía
imperturbable el ruido de sus escamas. Baloo y Bagheera se quedaron petrificados, quietos, lanzando aullidos
lastimeros. Mowgli no acababa de entender aquello, sobre todo la actitud de sus amigos.
—*Bandar-log* —dijo Kaa—, ¿sois capaces de mover cualquier parte de vuestro cuerpo sin que yo

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

os lo mande? Hablad, espero vuestra respuesta.
—No, Kaa. No podemos movernos si tú no nos lo indicas.
—Entonces, dad un paso. Acercaos.
Los monos, sin fuerzas, se fueron hacia adelante, como, inconscientemente, también Baloo y Bagheera.
—Más cerca todavía —les silbó Kaa. De nuevo se movieron.
Mowgli se apoyó sobre sus amigos para apartarlos de allí. Los animales echaron a correr. Parecía
que salían de una horrible pesadilla.
—Por ningún motivo separes tu mano de mi lomo —murmuró Bagheera—. Si te separas de mí, iré
ciegamente hacia Kaa.
—¿Pero no os dais cuenta de que lo único que hace es trazar círculos en el suelo? —dijo Mowgli–
–. Vámonos —y los tres se fueron a todo correr a través de las murallas hacia la Selva.
—¡Uff! —exclamó Baloo al encontrarse sano y salvo bajo los árboles—. Jamás buscaré otra vez la
ayuda de Kaa.
—Es más sabia que nosotros —y se notaba claramente el temblor de Bagheera—. Si me hubiera
quedado un rato más en la terraza, habría ido a parar a su inmensa boca.
—¿Cuántos serán los que vayan a parar a ella antes de que salga la Luna de nuevo? —dijo Baloo–
–. Va a tener una caza maravillosa, pero a su estilo.
—Bueno, ¿queréis explicarme lo que significaba todo aquello? —dijo Mowgli—. Lo único que vi
fue a la enorme pitón trazando estúpidos círculos. Tenía la nariz tremendamente hinchada. Era hasta gracioso
—el niño desconocía el poder de fascinación de Kaa.
—Mowgli, si estaba hinchada su nariz, tú eres el culpable. Como eres también el culpable de que
no haya parte alguna de mi cuerpo que esté libre de mordiscos: mi cuello, mis orejas, mis patas... Ni Baloo
ni yo podremos salir de caza en varios días.
—No tiene importancia —dijo Baloo—. De todos modos, hemos recobrado a nuestro amigo.
—Tienes razón, pero hemos empleado un tiempo precioso. Hubiéramos estado muy bien cazando.
Hemos sufrido heridas, hemos perdido el pelo —parece que han arado en mi espalda— y hemos puesto en
juego nuestra honra. Ten en cuenta, Mowgli, que yo, la pantera negra, tuve que pedir auxilio a Kaa. Y tú
viste cómo Baloo y yo quedamos hipnotizados como pajarillos ante la Danza del Hambre. Y todo porque se
le ocurrió ir a jugar con los monos.
—Tenéis razón —afirmó con tristeza Mowgli—. He sido muy malo. Algo me lo dice en el alma.
—¿Qué establece la Ley de la Selva, amigo Baloo?
Éste no quería disgustar más a Mowgli, pero tampoco podía, permitir que se conculcara la

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Ley.
Por eso dijo:
—Me acuerdo. Ha cometido una falta y tiene que ser castigado físicamente. ¿Qué dices a eso, Mowgli? —Nada. Está claro que hice mal y, además, por mi culpa vosotros estáis heridos.
Bagheera le propinó entonces media docena de golpes. Lo hizo cariñosa y suavemente. Nada habría supuesto si hubiera pegado a sus cachorros, pero para un muchacho aquello resultó una monumental
paliza. Cuando terminó, Mowgli se enderezó sin decir palabra.
Ahora, siéntate en mi lomo —dijo Bagheera— y vamos a casa.
La maravilla de la Ley de la Selva es que el castigo salda todas las cuentas pendientes. El asunto
queda absolutamente zanjado.
Mowgli se tendió sobre el lomo de Bagheera, apoyó la cabeza y se quedó profundamente dormido.
No despertó ni cuando lo depositaron junto a Madre Loba en la cueva donde tenía su hogar.
LA CANCIÓN DE Los *BANDAR—LOG*
Guirnalda de alegría cara al cielo,
entre gestos de Luna en pura envidia
caminamos. Hazte uno de los nuestros.
¡Tener sólo dos manos! ¡Qué desdicha!
Nuestra cola es un arco de embeleso
y tenerla yo se que os gustarla.
Alégrate como un niño pequeño;
en tu cuerpo ya el rabo se adivina.
Colgados de una rama, hechos silencio,
nos seduce la hondura de la vida.
Soñamos en batallas y conquistas
cantadas por poetas en sus versos.
Pensamos en algo que ha de ser tan bello
que exige como lo hace una caricia.
Hermano, aunque no pongas empeño,
ya en tu cuerpo el rabo se adivina.
Escucháis mil voces de animales,
pájaros, murciélagos que chillan.
La vida transformada en mil mensajes
que llegan a nosotros cada día.
Graciosa jerigonza de verdades.
Portentoso regalo, maravilla.
¡Qué pobre es el humano lenguaje!
¿Somos algo más, amigos caminantes?
Sí, en tu cuerpo el rabo se adivina.
Monos, éste es el ser de nuestra vida.
Venid, haced más apretadas nuestras filas,
que entre pinos enloquecen
buscando uvas silvestres.
Ruido de mañana enfebrecida.
Qué grande va a ser nuestra jornada.
La muerte de Shere Khan

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Cazador, saliste a cazar hoy el primero.
Horas largas de tedio y frío intenso.
Enseña la pieza en que tanto soñaste.
Se fue por la selva, mundo impenetrable.
¿Qué fue de tu orgullo, qué fue de tu fuerza?
Volaron muy lejos, por la herida abierta.
Tu vergüenza arrastras con aire de muerte.
Me voy a mi casa. Conozco mi suerte.

TENEMOS QUE VOLVER A LA ÉPOCA EN QUE hemos situado nuestro primer cuento. Mowgli abandonó la manada. Recordamos su lucha en el Consejo de la Roca. Se dirigió directamente a las tierras de labor donde vivían los agricultores, pero pensó que estaba demasiado cerca de la Selva y decidió no quedarse allí. Sabía que tenía en Shere Khan un enemigo irreconciliable. Marchó a buen paso por un camino que lo dejó en el valle. Luego, aceleró el paso y recorrió unos veinte kilómetros hasta llegar a una región que le era completamente desconocida. El valle se abría a una gran llanura, sembrada de rocas y cortada por torrenteras*. En un extremo había una pequeña aldea. Cerraba el otro la selva mas tupida. Llegaba hasta la zona de pastos. Era como si hubieran hecho un corte para diferenciar la Selva de los campos. La llanura estaba salpicada de animales pastando: búfalos y toda clase de ganado. Los pastores eran muchachos.

Cuando vieron a Mowgli, salieron a todo correr gritando. Se encargaron de aumentar el ruido de estas voces los ladridos de los perros vagabundos que rondan siempre las aldeas indias.

Mowgli no hizo caso alguno de todos aquellos signos de hostilidad. Tenía demasiada hambre. Siguió adelante y encontró abierta la entrada del pueblo. El arbusto espinoso que normalmente cerraba el paso durante la noche estaba abierto en aquellos momentos.

—¡Vaya! —dijo. Con mucha frecuencia se había encontrado ese mismo tipo de barreras cuando en otras ocasiones, hambriento, había ido a alguna aldea—. Se ve que aquí también los hombres temen a los habitantes de la Selva.

Se sentó tranquilamente junto a la entrada. Vio venir a un hombre y se levantó. Le hizo saber con signos muy claros, señalando su boca abierta, que tenía hambre y que necesitaba comida.

El hombre lo miró. Salió corriendo por la calle de la aldea, la única que había. A gritos llamó al sacerdote, que apareció enseguida. Era un hombre muy alto y gordo. Vestido de blanco, llamaba la atención porque llevaba pintada en la frente una señal roja y amarilla. El hombre acudió hacia donde estaba Mowgli.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Con él se llegaron a juntar hasta unas cien personas. Todas gritaban y todas señalaban al niño.
—El Pueblo de los Hombres no tiene educación —se dijo Mowgli—. Se comportan como los monos
grises —y apartó hacia atrás su melena. Se quedó mirándolos con aire de pocos amigos.
—¿Se puede saber qué teméis? —dijo el sacerdote—. Daos cuenta de todas las cicatrices que lleva
en las piernas y en los brazos. Son las señales de los mordiscos que le han dado los lobos. Es un niño lobo
que se ha escapado de la Selva.
Cuando jugaba con sus hermanos, éstos le habían hincado los dientes más de lo que hubieran querido.
Pero de ahí a que eso fueran mordiscos había una gran diferencia. Él sí que sabia lo que era morder.
—¡Qué horror! —dijeron a coro varias mujeres—. ¡Le han mordido los lobos! ¡Pobre! ¡Es un muchacho
tan hermoso! Sus ojos parecen ascuas. Yo diría, Messua, que es exacto al que te robó el tigre.
—Voy a mirarlo detenidamente —dijo una mujer que se adornaba las muñecas y los tobillos con
pesados brazaletes de cobre. Lo estudió, con curiosidad. Con la mano hacía pantalla contra el sol—. Es
cierto que se le parece —continuó—. Se parece mucho a mi niño, aunque es más flaco.
El sacerdote sabia mucho de la psicología de los aldeanos. Messua era la esposa del más rico del
lugar. Por eso, después de mirar el cielo, dijo con toda solemnidad:
—La Selva te devuelve lo que te quitó. Lleva al muchacho contigo a casa. Reverencia la sabiduría
del sacerdote que cala tan hondo en el corazón de los hombres.
—¡Por el toro que sirvió para mi rescate! —dijo Mowgli—. Esto se parece enteramente al examen
que me hicieron para admitirme en la manada. Pero bueno, si soy un hombre, he de empezar a actuar como
tal.
El grupo se disolvió. La mujer le indicó a Mowgli que la siguiera hasta su choza. En ella había algunos
muebles: una cama, un arcón de tierra cocida para guardar el grano, adornado con relieves curiosos,
una docena de calderos de cobre, la imagen de un dios indio en un pequeño dormitorio... Y, maravilla, sobre
la pared un auténtico espejo, de esos que se venden en las ferias.
—¡Nathoo! ¡Nathoo! —le dijo. A Mowgli ese nombre le resultaba completamente desconocido—.
Recuerda cuando te regalé un par de zapatos nuevos —al tocar los pies del muchacho notó la fortísima callosidad
de sus plantas. Parecían pezuñas—. Está claro —dijo tristemente—. Estos pies jamás han llevado
zapatos. Pero eres tan parecido a mi hijo Nathoo, que de todos modos te voy a adoptar.
Mowgli se sentía violento. Era la primera vez que estaba bajo techo. La paja del tejado era espesa.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

No podría perforarla en caso de querer huir. Y la ventana cerrada tampoco era practicable.
—De nada me sirve ser hombre —se dijo a sí mismo— si no entiendo el lenguaje que usan los
hombres—. Estoy sordo, ciego y mudo. Es lo que le pasaría a cualquier hombre que en la Selva se quisiera
comunicar con nosotros. Debo aprender el lenguaje humano.
En la Selva había tenido que aprender a repetir el grito de alerta del gamo cuando se siente en peligro,
el gruñido del jabato y muchos sonidos diferentes, así que le fue fácil imitar a Messua cuando ésta
pronunciaba una palabra. Antes de la noche había aprendido el nombre de muchas cosas que había en la
choza.
Sin embargo, tuvo sus problemas a la hora de acostarse. Mowgli no quería dormir bajo cubierto.
Aquello se parecía enteramente a una trampa de las que se usan para cazar panteras. Así que, cuando cerraron
la puerta, el salió por la ventana. Mowgli se tendió cuan largo era en la hierba que rodeaba la choza.
Pero apenas había cerrado los ojos, sintió bajo su barbilla el roce de un hocico suave.
—¡Ufffl —dijo Hermano Gris, el mayor de los cachorros de Madre Loba—. Buen regalo me das
después de haberte seguido durante tantos kilómetros. Hueles que apestas, a humo de leña y a ganado. Igual
que un hombre. Despierta, te traigo noticias.
—¿Están todos bien en la Selva? —preguntó Mowgli mientras lo abrazaba.
—Todos bien. Aunque hay unos cuantos lobos que se están curando de las quemaduras que les
produjo la Flor Roja. Y lo más interesante es que Shere Khan se ha ido a otro cazadero. Está muy lejos, y
dice que sólo volverá cuando le haya crecido el pelo; el pobre lo tiene todo chamuscado. Y que entonces
volverá para enterrar tus huesos a orillas del Waingunga.
—Es un asunto que concierne a dos. Recuerda que yo también he jurado algo. Pero siempre es bueno recibir noticias. Me siento muy cansado. Todo es nuevo para mí esta noche. Pero estoy deseoso de
recibir noticias. —Espero que jamás olvides que eres un lobo, que los hombres no logren borrártelo de la
memoria —dijo Hermano Gris con aire de gran preocupación.
—Nunca —dijo Mowgli—. Me acordaré de todos, especialmente de vosotros los de la cueva. Pero
jamás podré olvidar que me han arrojado de la manada.
—Pues ahora has de tener cuidado de que no te arrojen de esta otra. Recuerda que los hombres
siempre serán hombres. Su charla vale tanto como la de las ranas en la charca. Volveré por aquí, pero te
esperaré junto a los bambúes.
Después de aquella noche, durante tres interminables meses, Mowgli apenas salió de la aldea.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Estaba
ocupado en aprender las costumbres de los hombres. No le fue fácil la primera lección: llevar el cuerpo
cubierto por una tela. Le resultaba muy molesto. También tuvo que aprender el valor de las monedas. Le
resultó muy difícil. Y algo que jamás encontró útil: arar.
Le molestaban los niños. Y menos mal que la Ley de la Selva le había enseñado a dominarse. En
la Selva la vida y la alimentación dependen totalmente de esa facultad. Pero cuando se burlaban de él, por
no saber hacer volar una cometa o por pronunciar mal una palabra, tenía que echar mano del código de
honor de la Selva: Es indigno matar a un cachorro desnudo. De no haberse acordado, los hubiera partido
por la mitad.
Ni siquiera se daba cuenta de la enorme fuerza que poseía. Se sabía débil con respecto a otros animales, pero en la aldea todos le decían que tenía la fuerza de un toro.
A Mowgli le tenían sin cuidado todas esas historias de diferencias de casta que los hombres se habían inventado. Si el borrico del alfarero caía por casualidad en un lodazal*, él lo sacaba y ayudaba al
hombre a poner en su sitio todas las vasijas y cazuelas. Eso era motivo de escándalo para la gente. El alfarero
era un intocable y todavía más el borrico.
Cuando el sacerdote le reprendió con aspereza por haber hecho eso, Mowgli le amenazó con que si
continuaba así lo montaría a horcajadas en el borrico. El sa cerdote aconsejó al marido de Messua que pusiera
a trabajar cuanto antes al chico. El jefe de la aldea le mandó al día siguiente a apacentar los búfalos.
Era el mejor trabajo que le habrían podido dar a Mowgli. Y como ya era el encargado de algo, tenía derecho
a asistir a las reuniones. Y aquella misma noche se celebró una. Se hacían diariamente en una especie
de plataforma, a la sombra de una gran higuera. Era algo así como el salón de la aldea. Allí estaban todos:
el jefe, el vigilante, el barbero —que sabía todos los chismes— y el viejo Buldeo, que poseía un arma de
fuego. Todos fumaban.
De alguna manera, también los monos participaban en las reuniones. Se sentaban en las ramas altas
de la higuera y se dedicaban a parlotear. Debajo de la plata forma tenía su guarida una cobra. Todas las
noche le daban su cuenco de leche, pues era un animal sagrado.
Alrededor del árbol tomaban asiento los viejos, que fumaban en pipa. La reunión duraba siempre
hasta muy entrada la noche. Se contaban maravillosas historias relativas a dioses, hombres y duendes. Pero
las más portentosas eran las que contaba Buldeo sobre las costumbres de las fieras de la Selva.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Los ojos se
les salían de las órbitas a los maravillados oyentes, que escuchaban con enorme interés esas historias debido
a la cercanía de la Selva. Sus cosechas eran castigadas por los ciervos y los jabalíes, y no era infrecuente
que un tigre se llevara a un hombre a la vista de todos los vecinos de la aldea.
Mowgli estaba más que enterado de todo aquello. Se tapaba la cara para que nadie lo viera reírse.
Buldeo seguía hilvanando historias y Mowgli sentía auténticas sacudidas en los hombros a fuerza de aguantar
la risa.
Explicaba muy seriamente Buldeo, por ejemplo, que el tigre que se había llevado al hijo de Messua
era un tigre duende. En su cuerpo habitaba el alma de un pérfido usurero que había muerto hacía algunos
años. Se llamaba Purun Dass, y era cojo. Le habían dado un golpe en un tumulto en el que le quemaron
todos los libros de cuentas. Y el tigre también cojeaba. Era evidente, porque dejaba huellas desiguales
cuando andaba.
—¡Es cierto! ¡Es verdad! —confirmaban los viejos lugareños.
—¿Son así todos vuestros cuentos, una sarta de embustes y mentiras? —dijo Mowgli—. El tigre
cojea desde su nacimiento. No me vengáis con la burda historia de que el alma del avaro se ha refugiado en
él. La fiera tiene menos valor que un chacal y vuestra historia es completamente infantil.
Buldeo se quedó mudo por la sorpresa. Se repuso, miró fijamente al muchacho y luego dijo:
—¿Tú eres el chico que ha venido de la Selva? Si tanto sabes, te ruego que lleves la piel de ese tigre
a Khanhiwara. El gobierno ha ofrecido cien rupias* por ella. Pero es mejor que te calles y muestres más
respeto a las personas mayores.
Mowgli se puso de pie dispuesto a marcharse. —Llevo mucho tiempo escuchando —dijo mirando
desdeñosamente—. Y en todo este tiempo, salvo en dos detalles, Buldeo no ha dicho una sola palabra que
sea verdad. No puedo creer esos cuentos de duendes, dioses y espíritus que él asegura haber visto.
—Ese muchacho tiene que ir ya a pastorear el ganado —afirmó el jefe con tono de enfado. Mowgli,
a sus ojos, era un impertinente.
Hay una curiosa costumbre en las aldeas indias: son los chicos los encargados de la custodia de los
búfalos, de llevarlos a los pastos. Y lo hacen desde las primeras horas del día hasta la puesta del sol. Esos
animales serían capaces de aplastar a un hombre blanco. Pero se dejan gobernar mansamente, incluso golpear,
por unos muchachos que ni siquiera les llegan a la altura del hocico. Y mientras los

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

muchachos se
mantengan junto al ganado, están a salvo de todo peligro. Ni los tigres se atreven a atacar la manada de
búfalos. Los chicos corren peligro en cuanto se desvían para coger flores o perseguir lagartos. Pueden desaparecer
para siempre.
Mowgli pasó por la única calle de la aldea cabalgando sobre Rama, el toro guía del rebaño. Los
búfalos, del color de la pizarra, con sus cuernos casi paralelos al lomo, de ojos feroces, se levantaron de sus
establos y lo siguieron. Mowgli, sin palabras, hizo saber a todos los chicos del pueblo que él mandaba entre
los niños pastores. Golpeó a los búfalos con un bambú. Encargó que lo sustituyera momentáneamente
Kamya, uno de los chicos, y recalcó que por nada del mundo se alejara del rebaño.
En la India las praderas tienen unas características especiales. Son un terreno rocoso, lleno de monte bajo y quebradas*. Los rebaños se esparcen por allí y desaparecen de la vista. Los búfalos se detienen
en lagunas pantanosas, donde se revuelcan por el cieno horas enteras. Mowgli se los llevó hasta el extremo
de la llanura, justo donde el Waingunga desemboca al salir de la Selva. Se apeó de Rama y se fue
hacia un haz de bambúes. Allí estaba Hermano Gris.
¡Ah! —gritó el lobo—. Hace ya muchos días que te espero aquí. ¿Qué haces con el ganado?
—Es la orden que me han dado. De momento soy pastor. ¿Tienes alguna noticia nueva sobre Shere
Khan?
—Ha vuelto. Te ha buscado durante mucho tiempo. Al ver que aquí no había caza, se ha ido de
nuevo. Pero ha dicho que volverá y te matará.
—Está bien —dijo Mowgli—. Mientras Shere Khan no haga acto de presencia, quedaos sobre esta
roca, tú o uno de los hermanos. Así, yo, cuando salga de la aldea, podré veros. Pero en cuanto llegue Shere
Khan, me esperarás en el barranco, junto al árbol que se ve allí, en el centro de la llanura. No tenemos por
qué dar a Shere Khan el gusto de meternos espontáneamente en sus fauces.
A continuación Mowgli se tumbó y se durmió. Los búfalos pastaban tranquilamente a su alrededor.
Si hay algún oficio perezoso en el mundo, es el de pastor de búfalos en la India. El ganado cambia de
sitio, rumia, se echa, se levanta y no se oye ni el más leve mugido. Emite una especie de gemido sordo. Y
normalmente los búfalos se van a un lodazal y se meten en el fango hasta que sólo se les ven los ojos azules,
fijos. Así se quedan como troncos sin vida.
El sol es tan fuerte que parece hacer vibrar las rocas recalentadas. Los niños que pastorean oyen de

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

cuando en cuando a un buitre —solamente uno— que, si en ese momento muriera alguna vaca, se lanzaría en picado sobre ella. Y el buitre más próximo, a unos kilómetros de distancia, vería su descenso. Al mismo tiempo que el, otros se enterarían del hecho. Y casi apenas muerta la vaca, ya estarían sobre ella veinte buitres hambrientos. Mientras tanto los chiquillos duermen, se despiertan y siguen durmiendo tranquilamente.

Se dedican por gusto a tejer cestas con hierba seca, que les sirven como jaulas para saltamontes. De vez en vez provocan peleas entre mantis religiosas*. Fabrican collares con nueces de la Selva, alternando las rojas y las negras. Les encanta observar a los lagartos al sol y cómo las serpientes cazan ranas en la laguna. Suelen cantar canciones interminables que adornan con unos arpegios* finales típicos del país. Cuando uno oye estas canciones, tiene la impresión de que el tiempo sólo corre para las personas, pues a su alrededor todo se queda estancado, inmutable o eterno. También se entretienen haciendo con barro figurillas de hombres, búfalos, caballos. Los hombres llevan cañas. Parecen guerreros rodeados de sus fieles ejércitos. Incluso recuerdan a dioses que reclaman la adoración de sus devotos.

Cuando llega la noche, los gritos de los niños azuzan a los búfalos que se levantan pesadamente de los lodazales. Despegarse del barro es tan sonoro como el ruido de los fusiles. En fila, estatuas de barro se dirigen hacia donde ya brillan en plena llanura las luces de la aldea.

Todos los días Mowgli llevaba los búfalos a pastar. Y siempre veía a Hermano Gris a la misma distancia en la chata llanura. Eso le bastaba para saber que Shere Khan no había vuelto todavía. Y todos los días se acostaba en la hierba, escuchaba los ruidos y soñaba con su vida pasada en la Selva. Mowgli habría notado la presencia de Shere Khan al más mínimo movimiento del tigre. La quietud y el silencio eran absolutos a lo largo de aquellas tranquilas mañanas.

Pero un día vio a Hermano Gris en el sitio que habían convenido, un árbol de *dhák.* Con un gesto satisfecho llevó a los búfalos por el barranco donde estaba el árbol, cubierto de flores rojas y doradas. Hermano Gris estaba allí, con todos los pelos del lomo erizados.

—Sabes que decidió esconderse durante un mes para tenerte despistado. Pues lo vi anoche cruzando los campos, con Tabaqui a sus talones —dijo Hermano Gris todo sofocado.

Mowgli se mostró preocupado.

—No hay por qué tener miedo a Shere Khan —dijo—, pero temo la astucia de Tabaqui.

—No lo temas —dijo relamiéndose de satisfacción Hermano Gris—. Encontré a Tabaqui

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

cuando
estaba amaneciendo. Antes de que subiera a los cielos a compartir su sabiduría con los buitres, me lo contó
todo. Después le partí el espinazo. El plan de Shere Khan es esperarte a la entrada de la aldea esta noche.
Quiere enfrentarse a solas contigo. Ahora está echado en el barranco seco del Waingunga.
—¿Sabes si ha comido hoy? ¿O no ha logrado cazar una sola pieza hasta ahora? —preguntó Mowgli muy interesado. Su vida dependía de una u otra respuesta.
Al amanecer cogió una presa; es posible que haya sido un jabalí. Y ha bebido. Shere Khan es incapaz
de ayunar, ni siquiera cuando sería de prudencia elemental para cumplir su venganza.
—Es un imbécil. Es absolutamente infantil. Está bien comido, bien bebido y cree que le voy a dejar
hacer la digestión tranquilamente. ¿Dónde dices que está echado? Entre diez seríamos capaces de arrastrarlo
hasta aquí. Los búfalos no querrán embestirlo mientras no olfateen su rastro. Pero siempre podríamos
colocarnos detrás de el. Así lo olfatearían y seguirían su rastro.
—Fue astuto. Nadó a lo largo de la corriente del Waingunga para evitar que hiciéramos eso.
—Eso fue un consejo de Tabaqui. Nunca se le hubiera ocurrido a el algo tan inteligente.
Mowgli, con un dedo en la boca, seguía profundamente pensativo.
—Hay un dato a tener en cuenta: el barranco seco del Waingunga desemboca en la llanura, muy
cerca de donde nos encontramos. Si conduzco el rebaño hasta la parte alta de la Selva, luego lo podría lanzar
cuesta abajo contra el. Pero le dejaría una escapatoria por la parte inferior. Debo cerrar esa salida, Hermano
Gris. ¿Puedes ayudarme a dividir el rebaño?
—Es posible que yo no sea capaz. Pero seguramente lo podré hacer con la ayuda de alguien que he
traído conmigo.
Hermano Gris desapareció en un agujero. Por él asomó inmediatamente una cabeza gris, que Mowgli conocía a la perfección. Resonó en la quietud del ambiente el grito de guerra más aterrador que se
puede oír en la Selva: el terrible aullido de un lobo en pleno día. —¡Akela! ¡Amigo Akela! —dijo Mowgli
aplaudiendo entusiasmado—. Si estaba claro que no podías olvidarte de mí. Tenemos un trabajo importante
que hacer entre los dos. Debes ayudarme a dividir el rebaño. Ponme a un lado las vacas y los terneros, y a
otro los toros y los búfalos de labor.
Los dos lobos se metieron entre el rebaño. Parecían niños jugando a algo divertido. Entraban y salían
levantando a los animales que bufaban y trataban de cornear a los rapidísimos intrusos. El rebaño quedó
separado en dos grupos: en uno estaban las hembras que protegían fieramente a sus crías, colocadas en
el centro. Pateaban furiosas mirando con ojos asesinos. Estaban dispuestas a embestir al

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

menor descuido,
aplastando a los lobos sin remedio.
El otro grupo estaba formado por los toros y novillos. También resoplaban y pateaban. Su aspecto
era imponente, pero en el fondo eran menos peligrosos. No tenían crías que proteger. Media docena de
hombres no habría dividido el rebaño tan bien como los lobos.
—¿Hay algo más que hacer? —esperó Akela jadeante—, Porque si te das cuenta, intentan reunirse.
Mowgli montó sobre Rama y le explicó a Akela:
—Conduce los toros hacia la izquierda. Tú, Hermano Gris, cuando hayamos salido, mantén unidas
a las vacas. Llévalas al pie del barranco.
—¿Hasta dónde? —preguntó el lobo.
—Hasta que veas que los lados tienen la altura suficiente como para que Shere Khan sea incapaz
de saltar —le dijo Mowgli a gritos—. Y haz que se estén allí hasta que bajemos nosotros.
Los toros salieron cuando Àkela empezó a ladrar, y Hermano Gris se quedó con el resto del rebaño.
Las vacas embestían. El lobo corrió delante de ellas hasta que las hizo llegar al pie del barranco. Akela
hacía avanzar a los toros hacia la izquierda.
—Perfecto. Con una nueva embestida estarán a punto. Pero ten cuidado, Akela. Si muerdes, te embestirán. Este trabajo es más complicado que acorralar gamos negros. ¿Sabías que estos animales podían
alcanzar semejante velocidad? —dijo Mowgli.
—En mis buenos tiempos los he cazado —dijo Akela cubierto de polvo—. ¿Los lanzo ahora hacia
la Selva?
—Sí, inmediatamente. Veo que Rama está furioso. No logro comunicarle por qué lo necesito hoy.
Los toros penetraron por la derecha en la espesura. Lo destruían todo a su paso. Los que pastoreaban
cerca huyeron hacia la aldea con la noticia de que los búfalos, enloquecidos, se habían escapado.
Pero Mowgli había concebido un plan sencillísimo: trazaría un gran círculo mientras subía. Al llegar
al barranco, haría descender a los toros y cogería a Shere Khan entre dos fuegos, entre aquéllos y las
vacas. El tigre, bien comido y bebido, no lucharía, y sería incapaz de saltar el barranco por los lados. Intentaba
en esos momentos tranquilizar a los animales con la voz. Akela se había quedado rezagado. No ladraba
más que muy de cuando en cuando para avivar el paso de la retaguardia.
Estaban trazando un círculo enorme. Todavía querían mantenerse alejados del barranco. De ese
modo, Shere Khan nunca advertiría la presencia de sus atacantes. Mowgli reunió al asustado rebaño en lo

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

alto del barranco. La pendiente era rápida, estaba tapizada de hierba y terminaba en el precipicio. Era un
magnífico observatorio de la llanura. Pero lo que satisfizo realmente a Mowgli fue descubrir que los laterales
del barranco estaban cortados a pico. Las plantas que crecían allí jamás podrían aguantar el peso de un
tigre, si es que Shere Khan se aventuraba a huir por ese camino.
—Déjalos un momento tranquilos —dijo moviendo una mano—. Tienen que captar el rastro. Voy
a anunciarle a mi amigo Shere Khan el ciclón que se le viene encima. Lo tenemos en la trampa.
Hizo con sus manos una especie de bocina, gritó hacia el barranco y produjo el mismo efecto que
en la boca de un túnel. El eco rebotó de roca en roca.
No tardó mucho en oírse el gruñido de un tigre, perezoso y soñoliento. Era la reacción de alguien
que, bien comido y bien bebido, harto ya, se despierta de un sueño profundo.
—¿Quién me molesta? —preguntó Shere Khan. Del fondo del barranco salió chillando y huyendo
en un vuelo precioso un pavo real.
—Soy yo, Mowgli. ¡Tú! ¡Ladrón de animales domésticos! Debes venir conmigo al Consejo de la
Roca. ¡Ya! ¡Lánzalos! ¡Akela! Rama, vamos abajo.
El rebaño se quedó un momento indeciso al borde mismo de la pendiente. Àkela lanzó su tremendo
grito de guerra y todos se precipitaron hacia abajo. Parecían barcos a la deriva en una corriente loca. La
arena y las piedras saltaban a su alrededor. Comenzaba la carrera, ya no había posibilidad de pararla. Rama
captó enseguida el rastro de Shere Khan y mugió.
—Ya es hora —dijo Mowgli—. Al fin te has enterado.
La avalancha de cuernos, hocicos humeantes, ojos dilatados por la ira, cruzó la torrentera. Parecían
rocas arrastradas ciegamente por la furia de la crecida de las aguas. Al pasar, despedían hacia los lados a los
más débiles. Todos fueron conscientes de lo que se esperaba de ellos. Era la embestida del terrible ejército
de los búfalos. Contra ese ataque ni el tigre más fiero tenía posibilidad alguna de salir victorioso.
Shere Khan oyó el ruido tormentoso de las pezuñas. Se levantó y trató de caminar torrentera abajo.
Vio claramente que los laterales del cauce estaban cortados a pico. Estaba abotargado por la comida y la
bebida, y se dio cuenta de que se encontraba en pésimas condiciones para presentar batalla.
El furioso rebaño pasó chapoteando por la laguna que Shere Khan acababa de abandonar. Los mugidos
hacían retumbar violentamente el estrecho paso. Se oyó otro mugido desde la parte inferior del barranco

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

y a Shere Khan retrocediendo. Entonces comprendió que era mejor luchar contra los toros que contra
las hembras y sus crías.
En ese momento Rama echó por tierra algo. Tropezó y siguió adelante. Notó que pasaba por encima
de una masa blanda. Los demás toros lo seguían, casi lo pisaban, y cayeron sobre el que venía de la
parte inferior del barranco. Fue tal la furia del encuentro que los búfalos más débiles volaron por el aire.
Ambos rebaños, por la tremenda fuerza de la embestida, se vieron lanzados hacia la llanura. Cuando
llegó el momento oportuno, Mowgli se apeó de Rama y empezó a repartir golpes con el palo que llevaba.
—¡Akela! ¡Enseguida! ¡Divídelos! Si no los separas, seremos testigos de una enorme refriega. Akela, haz que te sigan. Rama, tranquilos, todo ha terminado.
Akela y Hermano Gris, a base de mordiscos en las patas, consiguieron que los búfalos se pararan.
Se dieron la vuelta dispuestos a embestir, barranco arriba. Mowgli logró dominar a Rama. Siguiendo su
ejemplo, los demás búfalos se encaminaron hacia los pantanos.
—¡Hermanos! Ha muerto como un perro —dijo Mowgli desenfundando el cuchillo que llevaba
colgando al cuello desde su incorporación al Pueblo de los Hombres—. Aunque es cierto que jamás se
hubiera batido cara a cara. Su piel, tendida en la Roca del Consejo, causará un efecto tremendo. Vamos a
trabajar enseguida.
Entonces cayó una mano sobre el hombro de Mowgli. Levantando los ojos vio a Buldeo con su
mosquetón*. Se había enterado por el relato de los chicos de la huida de los búfalos y había llegado dispuesto
a recriminar a Mowgli por no haber sabido cuidar de los animales.
Los lobos, en cuanto notaron la presencia del hombre, pusieron tierra de por medio.
—¿Qué locura intentas? —dijo Buldeo de mal humor—. No pensarás desollar tú solo un tigre. ¿Dónde lo mataron los búfalos? Y es el tigre cojo. Han ofrecido por su piel cien rupias. Bueno, voy a hacer
la vista gorda sobre la huida del rebaño. Y además te daré una rupia como premio cuando lleve la piel a
Khanhiwara —palpándose la ropa sacó un pedazo de acero y un pedernal. Se agachó y quemó los bigotes
de Shere Khan, como todos los cazadores indígenas. Así, dicen ellos, se verán libres de la persecución del
espíritu encarnado en los tigres.
—Tiene gracia la cosa —dijo Mowgli entre dientes mientras desollaba ya una pata—. O sea, que
vas a llevar la piel a Khanhiwara para que te den las cien rupias de la recompensa. Y luego, magnánimamente,
me darás quizá una rupia. Pues, mira por dónde, yo necesito esta piel para mí solito. Bueno,

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

viejo,
aparta ese fuego.
—¿Te atreves a hablar así al jefe de los cazadores de la aldea? Todo lo que has hecho se lo debes a
la estupidez de los búfalos. Además, el tigre estaba harto de comida. De no haber sido así, en estos momentos
estaría a una buena distancia de aquí. No eres capaz de desollarlo correctamente y, sin embargo, tú, un
advenedizo*, te atreves a decirme a mí, Buldeo, que deje de quemarle los bigotes. Mira, Mowgli, te vas a
quedar sin un céntimo de la recompensa, y encima te daré una buena paliza. Suelta al tigre.
—¡Por el toro que me sirvió de rescate! —exclamó Mowgli, esforzándose por alcanzar ya la piel
de la paletilla—. ¿Crees que voy a perder toda la tarde charlando con un mono viejo como tú? ¡Akela! ¡Ven
acá! Espabila de aquí a este hombre que me está molestando.
Buldeo se encontró de pronto tendido en la hierba. Tenía encima en actitud poco amistosa a un
enorme lobo gris. Mientras tanto Mowgli seguía desollando al tigre tan tranquilo, como si se hallase solo en
la India.
—Sí —decía Mowgli entre dientes—, tienes toda la razón cuando dices que no me vas a dar un
céntimo como recompensa. Este tigre y yo teníamos un viejo duelo pendiente y yo he vencido.
Siendo imparcial, hay que reconocer que diez años antes Buldeo se habría enfrentado en pleno bosque con la fuerza de Mowgli. Pero tenía encima a un lobo que obedecía las órdenes del muchacho y, por
tanto, no podía ser un animal como los demás. Allí había magia y encantamiento de los malos, pensó Buldeo.
Incluso llegó a dudar que su amuleto le sirviese de algo. Se quedó quieto, tendido, paralizado por el
terror, temiendo que de un momento a otro Mowgli se convirtiera en tigre.
—¡Gran Rey! —dijo con voz ronca y como en un susurro.
—¿Qué? —dijo Mowgli sin volver siquiera la cabeza, pero sonriendo satisfecho por el triunfo.
—Ya ves que soy un anciano. Jamas pensé que fueses algo más que un pastor de búfalos. ¿Me vas
a permitir levantarme e irme, o vas a consentir que me haga pedazos este servidor al que tienes completamente
sometido?
—Vete en paz. Pero ten cuidado y no te metas de nuevo con mi caza. ¡Akela! ¡Suéltalo!
Buldeo se fue hacia la aldea cojeando visiblemente y mirando hacia atrás a la espera de que Mowgli
se convirtiera en algo espantoso. Al llegar, contó una historia de magia, encantamientos y brujerías. El
sacerdote se puso muy serio.
Mowgli continuó afanosamente su labor. Era casi de noche cuando, con la ayuda de los lobos,

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

acabó de despellejar al trigre. Le dejaron sin su enorme piel, de una vistosidad inigualable.
Ahora —dijo— tenemos que esconder esta piel. Y llevemos los búfalos a casa. Vamos a reunirlos,
Akela. El rebaño se agrupó aunque la luz era ya bien escasa. Se fue hacia la aldea. Al acercarse, Mowgli se
dio cuenta de que había más luces que de ordinario. En el templo se oían los instrumentos religiosos y el
sonido de las caracolas marinas. La mitad de la población parecía esperarle a la entrada del pueblo.
—Seguramente —pensó Mowgli— es porque he matado a Shere Khan. Pero una lluvia de piedras
silbó muy cerca de su cabeza, y sus oídos se llenaron de frases como éstas:
—¡Hechicero! ¡Eres hijo de una loba! ¡Eres el diablo de la Selva! ¡Largo de aquí! De lo contrario,
el sacerdote hará que te conviertas de nuevo en lobo. Buldeo, dispara.
El viejo mosquetón hizo fuego. El estruendo fue enorme. Un búfalo joven lanzó un mugido de dolor.
Ahí tenéis un nuevo hechizo —dijeron todos a la vez—. Buldeo, has herido a tu búfalo. Mowgli
ha desviado la bala.
—¿Qué significa todo esto? —preguntó Mowgli sin entender nada. La lluvia de piedras arreciaba.
—Éstos se parecen totalmente a los de la manada —dijo seriamente Akela—. Creo que la única
explicación de las balas es que los hombres te quieren arrojar del lugar.
—¡Lobo! ¡Márchate! —dijo el sacerdote histéricamente, agitando al mismo tiempo una rama sagrada.
—O sea, que me veo de nuevo en la misma situación. Antes me echaron porque era un hombre y,
ahora, porque soy un lobo. Akela, vámonos.
Pero una mujer, Messua, corrió hacia el rebaño gritando:
—¡Hijo mío! Dicen que eres un hechicero y que, si te lo propones, puedes convertirte en una fiera.
Yo no lo creo. Pero márchate. No quiero que te maten. Buldeo afirma que eres un brujo. Pero realmente
sólo has vengado la muerte de Nathoo.
—Messua, vuelve atrás. De lo contrario te apedrearemos —rugió la multitud detrás de la mujer.
Mowgli se sonrió, aunque la sonrisa le duró poco, pues una piedra le dio en pleno rostro.
—Messua, vuélvete —dijo—. Esto es como uno de esos cuentos sin sentido que se inventan al
anochecer a la sombra de la higuera. Por lo menos he vengado la muerte de tu hijo. Adiós. Corre. Voy a
lanzar los búfalos contra ellos. Serán más rápidos que las piedras que me arrojan.
Los búfalos estaban deseosos de volver a la aldea. Apenas fue necesario que Akela los empujara
con sus aullidos. Entraron todos como un torbellino a través de las puertas. Iban derribando todo y a todos a

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

derecha e izquierda.
—Contadlos —les gritó Mowgli con desdén—. Es posible que os haya robado alguno. Es la última
vez que los voy a apacentar. Que Dios sea con vosotros, hijos de los hombres. Y dad gracias a Messua; si
no fuera por ella, me lanzaría con mis lobos a cazaros en vuestras calles.
Les volvió la espalda. Echó a andar lentamente acompañado de Akela. Miró las estrellas y se sintió
enormemente feliz.
—Akela, se ha terminado para mí dormir dentro de una trampa. Vamos a recoger la piel de Shere
Khan y alejémonos de aquí. No hagamos mal alguno a la aldea en honor a lo bien que Messua se ha portado
conmigo.
La Luna se elevó sobre la llanura y lo coloreó todo de un tinte blanco lechoso. Los aldeanos vieron
aterrorizados cómo Mowgli, en compañía de dos lobos y con un fardo sobre la cabeza, corría por el campo.
Su trote era como el de los lobos, ese que les permite devorar las mayores distancias.
Entonces sonaron todos los instrumentos musicales y las caracolas marinas con una enorme fuerza.
Messua lloró. Buldeo empezó a ribetear de fantasía las historias de sus aventuras en la Selva. Llegó a
decir que Akela se había erguido sobre dos pies hablando como un hombre.
Ya empezaba a descender la Luna cuando Mowgli y sus amigos llegaron a la Roca del Consejo. Se
pararon ante la cueva de Madre Loba.
—Madre —dijo Mowgli—, me han arrojado de la manada de los hombres, pero he cumplido mi
palabra. Vengo con la piel de Shere Khan.
Madre Loba salió de la caverna. Tenía cierta dificultad al andar. Los lobatos la seguían. Sus ojos
parecían ascuas de fuego cuando vio la piel.
—Se lo profeticé el día que metió la cabeza en nuestra cueva. Quería matarte, ranita mía. Le dije
que el que entonces se sentía cazador, un día, tarde o temprano, sería cazado por su pretendida víctima.
¡Hijo mío! Has hecho lo que debías.
—Muy bien, hermano —dijo una voz profunda procedente de la espesura—. Te echábamos de
menos en la Selva —y Bagheera llegó corriendo a lamer los desnudos pies de Mowgli.
Todos juntos subieron a la Roca del Consejo. Sobre aquella roca plana en la que solía colocarse
Akela, Mowgli tendió la piel de Shere Khan. Luego, la sujetó con cuatro cañas de bambú. Akela se echó
sobre ella y pronunció el antiguo grito del Consejo:
—Mirad, lobos, mirad bien —el mismo grito que resonó cuando le llevaron allí a Mowgli.
Desde la destitución de Akela, la manada andaba sin jefe. Cazaba y luchaba como mejor

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

podía.
Pero todavía contestaba a aquel famoso grito por la fuerza de la costumbre.
Los lobos empezaron a acercarse. Unos estaban cojos porque habían caído en alguna trampa. Otros arrastraban una pata, destrozada por un balazo. Había algunos sarnosos por comer cosas infectas.
Todos los que quedaban acudieron al Consejo. Vieron la rayada piel de Shere Khan sobre la Roca y sus
enormes garras colgando en el vacío.
Entonces fue cuando Mowgli, sintiéndose poeta, compuso una famosa canción. Le nació espontáneamente
del corazón y le llegó hasta los labios. Comenzó a cantarla a grandes voces arrojándose sobre la
piel. Llevaba el compás con los talones. Al fin se quedó sin aliento. Entre las estrofas, Hermano Gris y
Akela aullaban, como coreando.
—Mirad bien, lobos, mirad —dijo Mowgli cuando terminaba—. ¿Quién duda de que he cumplido
mi palabra? —y los lobos, lanzando aullidos lastimeros como perros apaleados, dijeron:
—Sí, has cumplido —y uno de ellos, cuya piel era un desgarrón completo y estaba lleno de cicatrices,
aulló:
—¡Akela! ¡Vuelve a guiarnos! ¡Cachorro humano! ¡Vuelve a guiarnos! No podemos vivir sin Ley.
Queremos ser el Pueblo Libre de otros tiempos.
—No —dijo Bagheera—. Os podéis equivocar. Os puede pasar como la otra vez. Hartos de todo,
podéis caer en la antigua locura. Por algo os llaman el Pueblo Libre. Luchasteis por vuestra libertad. Ahí la
tenéis. La podéis devorar incluso.
—Me arrojaron de la manada de los hombres y de los lobos —dijo Mowgli—. En adelante cazaré
solo en la Selva.
—Y nosotros contigo —dijeron los cuatro lobatos.
Como había dicho, Mowgli se fue a cazar en la Selva acompañado por los cuatro lobatos. Aunque
no estuvo siempre solo. Con el tiempo, al hacerse mayor, se casó. Pero ésa es otra historia.

LA CANCIÓN DE MOWGLI
QUE CANTÓ MOWGLI ANTE EL CONSEJO
DE LA ROCA, MIENTRAS BAILABA SOBRE LA PIEL
DE SHERE KHAN

Ésta es la canción de Mowgli. Y yo soy, el mismo Mowgli, quien la canta. Que conozca la Selva todo lo
que he hecho.
Aseguró Shere Khan que me mataría. ¡Que me mataría!
Y que lo haría a las puertas de la aldea entre dos luces.
Que mataría a Mowgli, esa pobre Rana.
Comió y bebió. Bebed cuanto queráis, Shere Khan. ¿Volveréis alguna vez a tener sed? Que os sintáis feliz

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

soñando con vuestra caza.
La soledad me rodea en los prados. Hazme compañía, Hermano Gris. Ven aquí, Lobo Solitario, que te vas a
divertir.
Pastorea los enormes búfalos, los toros de lomos azulados y ojos coléricos. Yo te indicaré su marcha errática.
Su Señoría, Shere Khan, está sumido en el silencio del profundo sueño. Vamos, despertad, despertad. Aquí
estoy yo, y detrás de mí, los búfalos.
Rama, su rey, escarba impaciente con sus pezuñas el suelo. Aguas del Waingunga, ¿sabéis dónde se esconde
Shere Khan?
Él no es Ikki, capaz de perforar la tierra. Tampoco es Mao, el pavo real, para alzar orgulloso el vuelo. Nada
tiene de Mang, el murciélago, funambulista en las ramas. Bambúes, el viento os hace hablar moviendo
suavemente vuestras cañas. Decidme, ¿adónde ha huido Shere Khan?
¡Ahuuu! Allí está, allí está. Vergüenza. Un tigre cojo bajo las patas de Rama. ¡Arriba, Shere Khan! Dad un
salto y matad. Ahí tenéis los toros. Rompedles la columna vertebral.
¡Psss! Cuidado al despertarlo. Conocéis su inmensa fuerza. Descendieron los buitres en picado; las hormigas
ascendieron de sus negros agujeros. Todos quieren contemplarlo. Una gloriosa corte lo rodea.
¡Ah! No tengo una sola prenda para cubrir mis vergüenzas. Buitres, no os fijéis en ello. Desnudo. Qué mal
me siento así delante de la imponente asamblea. Préstame tu abrigo, Shere Kan. Préstame tu precioso
abrigo de rayas, para que yo pueda presentarme en el Consejo de la Roca.
Por mi segundo padre, el Toro, hice una pequeña promesa, muy pequeña. Pero es preciso que me prestéis
vuestra piel para cumplirla.
¿Veis este cuchillo? Es de cazador, con ese filo de odio con que matan los hombres. Ahora me inclino a la
tierra a recoger vuestro regalo.
Aguas del Waingunga, os pongo por testigos del amor que Shere Khan siempre me ha tenido. Hasta me ha
dado su piel. ¡Tira, Hermano Gris! ¡Tira, Akela! ¡Qué pesada es la piel de Shere Khan!
¿Por qué se habrá enfurecido la manada de los hombres? Me tiran piedras y chillan como niños. Mi boca
está sangrando. Huyamos.
Hermanos, pongamos alas en los pies y huyamos a través de la noche, de esta noche cálida. Que se queden
atrás las luces de la aldea. La Luna nos alumbra.
Aguas del Waingunga, soy un proscrito de los hombres. Yo nada malo les hice. ¿Por qué me tendrán miedo?
¡Manada de los lobos! También por vosotros me siento desterrado. Todos han cerrado para mí sus puertas: la selva, la aldea. ¿Por qué?
Tendré que imitar a Mang y su vuelo en zigzag entre la Selva y las fieras. ¿Por qué?

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Mientras bailo sobre la piel de Shere Khan, mi corazón es un pozo de tristeza. Sangra mi boca, destrozada
por las piedras lanzadas contra mí desde la aldea. Pero siento mi corazón aliviado. Por fin volví de
nuevo a la Selva. ¿Por qué?
Viste una vez dos serpientes luchando en el ardor de primavera. Así luchan en mí dos sentimientos.
Lloro, y mientras fluye el río de mis ojos, canto jubiloso. ¿Por qué?
Soy dos personas, dos Mowglis. Pero es maravilloso pensar que la piel de Shere Khan está bajo mis pies.
Ya toda la Selva conoce mi victoria. He dado muerte a Shere Khan. Mirad, mirad bien, todos los lobos.
Pero mi corazón sigue oprimido. Hay mil contradicciones que aún no entiendo.
La foca blanca
Duérmete, niño, que la tarde cae,
y ya es negra el agua que antes fue verde.
La Luna, curiosa, de las olas sale.
Silencio, mi amor, que la noche crece.
La ola que rompe es un suave manto.
Retoza, mi vida, en esa blancura.
Duerme tranquilo, y que no haya llanto,
ni sueños que llenen el mar de amargura.
(Canción de cuna de las focas)
TODO LO QUE OS VOY A CONTAR SUCEDIÓ, hace muchos años, en Novastosna, un lugar al
que se llama también cabo del Noreste, en la isla de San Pablo*, muy lejos, en el mar de Bering. Me contó
esta historia Limmershin, el gracioso pajarillo de las cuevas, una vez que el viento le arrojó contra la arboladura*
de un barco que navegaba hacia Japón. Me lo llevé al camarote, donde se calentó, le di de comer
durante dos días y luego le solté, cuando pensé que ya estaba suficientemente repuesto como para volver a
San Pablo.
Nadie se acerca a Novastosna más que por negocios, y normalmente, las únicas que los tienen por
allí son las focas. Llegan en los meses de verano a cientos y cientos de miles, abandonando el mar frío y
gris. Las playas de Novastosna les ofrecen unas condiciones inmejorables.
Garra del Mar lo sabía muy bien, y todas las primaveras, estuviera donde estuviese, nadaba como
un barco torpedero, en perfecta línea recta hasta Novastosria, y se pasaba un mes entero en continua pelea
con sus compañeros para hacerse con un buen sitio en las rocas, lo más cercano posible al agua. Garra del
Mar tenía quince años. Era una enorme foca macho, de pelaje gris, con una gran melena en el arranque de
la espalda, y unos dientes caninos largos, amenazadores. Cuando se levantaba sobre sus

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

extremidades delanteras,
conseguía elevarse a más de un metro del suelo. Y eso que pesaba más de trescientos kilos. Lo podía comprobar cualquiera, de atreverse a pesarle en una báscula. Tenía todo el cuerpo surcado por cicatrices,
las marcas de los salvajes combates que había librado. Pero siempre estaba dispuesto a una nueva
pelea. Antes de empezar el combate ladeaba la cabeza, como si le asustara el enemigo y no se atreviera a
mirarle cara a cara. Luego, lanzaba su cabeza contra él con la velocidad del rayo, y cuando sus enormes
caninos hacían presa en el cuello de la otra foca macho, ésta se escapaba si tenía ocasión, pero nunca con la
ayuda de Garra del Mar.
Lo que jamás hizo Garra del Mar es atacar a focas previamente heridas por otras, porque eso atentaba
contra todas las reglas de la bahía. Él sólo quería un criadero cerca del mar. Pero como había cuarenta
o cincuenta mil focas más buscando lo mismo todas las primaveras, los silbidos, bramidos, rugidos, los
tremendos resoplidos que se oían en la playa eran espantosos.
Desde la colina Hutchinson se podía ver una extensión de costa de tres millas y media, totalmente
cubierta de focas, enzarzadas entre sí en unas luchas feroces. Y la zona cercana a la playa estaba llena de
cabezas de focas que se apresuraban a ir a tierra para unirse a los fieros combates. Luchaban sobre las rompientes,
en la arena y hasta en las pulidas rocas de basalto* de los criaderos. Eran tan estúpidas e intransigentes
como los hombres. Las hembras, sus parejas, nunca llegaban a la isla hasta finales de mayo o principios
de junio, porque no querían pasar por el duro trance, siempre posible, de que les hicieran pedazos. Las
crías de dos, tres o cuatro años, que todavía no tenían la obligación de fundar una familia, se limitaban a
irse hacia el interior de la isla, a una distancia de una media milla, atravesando las apretadas filas de guerreros
en plena batalla. Jugaban sobre las dunas, en grupos pequeños o a millares, destrozando todas las plantas
cercanas. Se les conocía con el nombre de *holluschickie,* los solteros, y solamente en Novastosna podía
haber hasta trescientos mil.
Un día de primavera, Garra del Mar había terminado su combate número cuarenta y cinco cuando
Matka, su dulce y complaciente esposa, de lánguida mirada, salió del mar. Inmediatamente la cogió el por
el pescuezo, y casi en volandas, la acomodó en el terreno que había escogido.
—Como siempre, llegas tarde —fue su saludo de gruñón malhumorado—. ¿Dónde has estado?

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Garra del Mar tenía la costumbre de no comer nada durante los cuatro meses que pasaba de vigilancia
en la playa. Por eso, normalmente, estaba de un humor pési mo. Matka se guardó muy bien de responderle.
Miró a su alrededor y le dijo con dulzura:
—¡Qué previsor eres! ¿O sea, que has conseguido volver a establecerte en nuestro sitio de siempre?
—Parece que sí —le respondió Garra del Mar—. Mírame un poco.
Se le veían rasguños por todas partes. Sangraba por veinte heridas diferentes. Estaba medio ciego,
y en los costados la piel le colgaba a jirones.
—¡Vaya, hombres al fin y al cabo! —gritó Matka, mientras se abanicaba con una de las aletas posteriores—. ¿No podéis entrar en razón algún día y repartiros los sitios en paz? Se diría, por tu aspecto,
que has tenido que luchar contra una orca.
—No he hecho otra cosa que combatir desde mediados de mayo. La playa está terriblemente superpoblada
este año. Me he encontrado con más de un centenar de focas de la playa de Lukannon, que buscaban un sitio donde acomodarse. ¿Por qué no se queda cada uno en su sitio?
—He pensado muchas veces que estaríamos mucho mejor si bajáramos hasta la isla de Loutres, en
vez de venir a este sitio, en el que no se puede dar un paso —comentó Matka.
—¡Bah! Sólo los *holluschickíe* van a la isla de Loutres. Si vamos allí, los demás dirán que tenemos
miedo. Querida, es preciso cuidar las apariencias.
Garra del Mar hundió su orgullosa cabeza entre los hombros, redondeados por una capa de grasa,
y pareció dormir durante unos minutos. Pero siempre con un ojo avizor, y preparado, por si tenía que volver
a pelearse con alguien. Ahora ya estaban en tierra las focas machos con sus respectivas hembras. De aquella
masa de focas brotaba un clamor que podía oírse a leguas mar adentro. Dominaban el horrísono sonido
de cualquier vendaval. Había en las playas, contando muy por lo bajo, al menos un millón de focas, algunas
viejas, otras madres, crías recientes, *y holluschickíe,* que se peleaban, retozaban, bramaban, se arrastraban,
empezaban a jugar a la vez, a zambullirse en el agua y a salir de ella, por compañías y batallones, cubriendo
hasta la última pulgada* de terreno, divirtiéndose entregadas a juegos de escaramuzas a través de la niebla.
En Novastosna, la niebla se hace presente casi siempre, hasta que el sol logra vencerla, y durante unos instantes
da a todas las cosas el reflejo del nácar y los colores del arco iris.
Kotick, la cría de Matka, nació en medio de esta barahúnda. No tenía más que cabeza y hombros,
y unos ojos claros, de un azul aguamarina, como lo son siempre los de las crías de focas recién nacidas.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Pero había algo en la piel de aquella cría que obligó a su madre a fijarse atentamente.
—¡Garra del Mar! —comentó al fin—. ¡Nuestro hijo va a ser blanco!
—¡Conchas vacías y algas secas! —exclamó Garra del Mar—. ¿Una foca blanca? ¡Algo nunca
visto!
—De momento no puedo hacer nada. Veremos más adelante —respondió Matka.
Y se puso a cantar la dulce y grave canción que cantan todas las madres focas a sus crías recién
nacidas.
Si para nadar no esperas seis semanas,
te hundirás porque tienes la nariz pesada.
La orca y los golpes de viento del verano
son enemigos de nuestro débil rebaño.
No lo olvides, mi ratita, son enemigos.
Cuídate de sus salvajes colmillos.
Hijo mío, báñate en los anchos mares,
y te harás fuerte y feliz como tu padre.
Evidentemente, el animalito era todavía incapaz de comprender aquellas palabras. Jugaba en el
agua, chapoteando, o se arrastraba junto a su madre. Aprendió a hacer sus escapadas cuando su padre peleaba
con otra foca, y los dos enemigos, con tremendos rugidos, rodaban sobre las resbaladizas rocas.
Mientras tanto, Matka salía a la mar para buscar algo que echarse a la boca. La cría era alimentada una vez
cada dos días. Pero entonces comía hasta hartarse, y eso, además de serle más que suficiente, le sentaba
muy bien.
Entre las primeras cosas que hizo fue internarse con movimientos torpes en la isla. Allí se juntó
con decenas de miles de crías de su edad, que jugaban juntas como cachorrillos, dormían sobre la arena
limpia y volvían de nuevo al juego. Los padres, en los criaderos, no les hacían caso alguno y los *holluschickie*
permanecían impertérritos en su propio territorio, lo que permitía a los pequeños campar a sus anchas.
Cuando Matka volvía de la pesca en alta mar, se dirigía inmediatamente al terreno de juego, llamaba
a su cría como una oveja reclama la presencia de su cordero y esperaba hasta que el balido de Kotick
se dejaba oír. Entonces se dirigía hacia el en una línea absolutamente recta, soltando golpes con sus aletas
caudales, y apartando a las demás crías. Siempre había madres a la búsqueda de sus crías en los terrenos de
juego, unas crías que se divertían allí a sus anchas. Pero ya Matka le había dicho a Kotick:
—Mientras no se te ocurra bañarte en el agua fangosa y cojas así la sarna, o te arrastres en la arena
dura y te cortes la piel, y mientras no te pongas a nadar cuando la mar esté picada, aquí no

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

corres peligro
alguno.
Como los niños, las focas pequeñas no saben nadar. Pero tampoco sienten una prisa loca por aprender. La primera vez que Kotick se echó al agua, una ola la arrastró a un lugar profundo, se le hundió
la cabezota, y sus aletas caudales se elevaron en el aire, como su madre había descrito en la canción. Y si la
ola siguiente no la hubiera lanzado a tierra, se habría ahogado.
Después de eso aprendió a permanecer tendida en un charco de la playa, donde el agua apenas llegaba
a cubrirla, y se dejaba mecer por las olas, mientras chapoteaba. Pero siempre estaba atenta a las olas
grandes, que podían hacerle daño. Necesitó dos semanas para aprender a servirse de sus aletas natatorias.
Durante esas dos semanas, se arrojaba al agua como loca, salía de ella, tosía, gruñía, remontaba la pequeña
pendiente de la playa y luego se echaba una siesta sobre la arena. Después volvía al agua, hasta que un día
se dio cuenta de que ella era su auténtico elemento.
Podéis imaginaros los estupendos ratos que pasó con sus compañeros, dándose chapuzones para
pasar por debajo de las olas, o cabalgando sobre su cresta, para ate rrizar en medio de un crepitar de agua y
espuma. Resoplaba para recuperar la respiración y no ahogarse, mientras la ola remontaba la playa como un
torbellino. También se alzaba sobre la cola y se rascaba la cabeza, como los mayores, o jugaba al rey del
castillo, subido en todo lo alto de las resbaladizas rocas cubiertas de musgo, que asomaban apenas de las
aguas. A veces veía una aleta delgada, parecida a la de un gran tiburón, que nadaba lentamente cerca de la
costa. Sabía que se trataba de la orca, la asesina, que se come a las focas pequeñas cuando puede atraparlas.
Entonces Kotick se dirigía a la playa como una flecha, y la aleta se alejaba lentamente haciendo pases de
baile, como si hubiera ido por allí por pura casualidad.
A finales de octubre, las focas empezaron a abandonar la isla de San Pablo, dirigiéndose a alta mar
por familias y tribus. Ya no se luchaba por la posesión de los criaderos, y los *holluschickie* jugaban donde
querían.
—El año próximo —le dijo Matka a Kotick— seras un *holluschickie.* Pero este año tienes que aprender a pescar.
Se lanzaron juntos a través del Pacífico y Matka le enseñó cómo dormir de espaldas, con las aletas
replegadas en los costados, asomando la nariz a ras del agua. No hay cuna alguna tan cómoda como el continuo
balanceo de las olas del Pacífico. Cuando Kotick notó por el cuerpo un hormigueo y algunos

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

pinchazos,
su madre le explicó que empezaba a sentir el agua, que esas sensaciones anunciaban mal tiempo, y que
debía nadar con toda energía para escapar de la tormenta.
—Dentro de poco sabrás hacia dónde dirigirte. Pero ahora nos limitaremos a seguir a Cerdo Marino,
la marsopa, que sobre la mar lo sabe todo.
Justamente pasaba por allí un pequeño banco de marsopas que se daba chapuzones en el agua, cortándola
a toda velocidad, y el pequeño Kotick lo siguió, nadando tan deprisa como podía.
—¿Cómo sabéis hacia dónde tenéis que ir? —preguntó, respirando entrecortadamente.
El jefe de las marsopas miró hacia todas partes con sus blancos ojos y se zambulló.
—Pequeño, siento en mi cola cierto hormigueo —le respondió—. Eso significa que tengo la tempestad
a mis espaldas. ¡Ven conmigo a toda prisa! Cuando se está al sur del mar de Aguas Viscosas (quería
decir el Ecuador) y se sienten pinchazos en la cola, eso significa que la tempestad está frente a ti y que debes
escapar hacia el norte. ¡Ven conmigo enseguida! Estas aguas no son seguras.
Ésa fue sólo una de las muchas cosas que aprendió Kotick, que captaba constantemente realidades
y sensaciones nuevas. Matka le enseñó a perseguir al bacalao y al fletán en los bancos submarinos; a arrancar
a algunos peces de sus agujeros disimulados entre las algas; a bordear los barcos hundidos a cien brazas
de profundidad, entrando por un ojo de buey y saliendo por otro, nadando con la rapidez de una bala de
cañón en persecución de los peces. A bailar sobre las crestas de las olas cuando los rayos se cruzan en la
inmensa bóveda del firmamento; a saludar al albatros, de cola corta y ancha, moviendo graciosamente las
aletas, y al Hombre de la Guerra, el Halcón, cuando vuela a vela, dejándose llevar por el viento; y a saltar
limpiamente fuera del agua más de un metro, como los delfines, con las aletas pegadas al cuerpo y la cola
curvada; a despreciar a los peces voladores, porque no hay en ellos más que espinas; a arrancar un trozo del
lomo de un bacalao, y eso nadando a toda velocidad y a diez brazas* de profundidad; y a no detenerse para
mirar un barco, y menos todavía una barca de remos. Al acabar los seis meses, lo que Kotick no supiera
sobre la pesca en aguas profundas no tenía ninguna importancia. Y durante todo ese tiempo nunca descansaron
sus aletas en tierra seca.
Pero un día, mientras se balanceaba en el agua tibia de una zona de la isla de Juan Fernández, se
sintió mareado, y que una enorme pereza se adueñaba de él, como les pasa a las personas cuando llega la

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

primavera. Se acordó de la dulzura de las playas de Novastosna, tan seguras siempre, lo que había jugado
en ellas con sus compañeros, los bramidos de las focas y sus terribles luchas. Inmediatamente empezó a
nadar tranquilo y seguro, rumbo al norte. Pronto se encontró con otros compañeros que hacían el mismo
viaje que el.
—Hola, Kotick, este año todos somos *holluschickie, y* podemos bailar la danza del fuego en las
rompientes de Lukannon, y hartarnos de jugar sobre la hierba. Pero ¿cómo has conseguido esa piel?
La piel de Kotick era ya casi completamente blanca, y aunque se sentía muy orgulloso de ella, se
limitó a responder:
—¡Nadad a toda prisa! Me duelen los huesos de tanto añorar la tierra firme.
Todos llegaron a las antiguas playas en las que habían nacido, y oyeron a sus padres, las focas viejas,
en plena pelea entre la niebla.
Por la noche, Kotick bailó la danza del fuego con las focas que tenían, como él, un año. Las noches
de verano, el mar se llena de fuego entre Novastosna y Lukannon, y cada foca deja tras sí una estela
como de aceite quemándose, y un fogonazo cuando salta del agua. Las olas rompen contra la arena de la
playa, convirtiéndose en grandes franjas y remolinos fosforescentes. Luego, Kotick y sus compañeras llegaron
hasta el territorio de los *holluschickie,* en el interior de la isla. Se revolcaron con una alegría loca en el
trigo silvestre que acababa de nacer, y contaron qué habían hecho durante su estancia en la mar. Hablaron
del Pacífico como los niños que han estado en el bosque recogiendo frutos silvestres. Y si alguien les
hubiera escuchado, habría podido trazar un mapa tan perfecto de ese océano como jamás nadie lo haya
hecho. Los *holluschickie* de tres o cuatro años descendieron en frenética carrera desde la colina de Hutchinson,
gritando:
—¡Fuera de aquí, chiquillos! No habléis así hasta que hayáis doblado el Cabo de Hornos*. Pero
¡mira qué gracia! Oye tú, añojo, ¿dónde has encontrado esa piel?
—No la he encontrado —les respondió Kotick—. Ha venido ella sola.
Y cuando se preparaba para dar un revolcón al que acababa de hablar, tras una duna se dejaron ver
dos hombres de pelo negro y caras rojas y chatas. Kotick, que aún no había divisado a ningún hombre, tosió
y bajó la cabeza. Los *holluschickie* se retiraron unos cuantos metros y se quedaron inmóviles, limitándose a
mirar con ojos estúpidos a los dos aparecidos. Se trataba nada menos que de Kerick Booterin,

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

jefe de los
cazadores de focas de la isla, y de Patalamon, su hijo. Venían de la aldea, situada a una milla del criadero
de focas, y discutían sobre cuáles se llevarían al matadero —porque las focas se dejan llevar como borregos—,
para luego convertirlas en abrigos de piel.
—¡Mira! —exclamó Patalamon—. ¡Una foca blanca! Kerick Booterin palideció bajo la capa de
aceite y tizne que le cubría la piel, porque era aleutiano, y los aleutianos no son demasiado limpios. Luego
empezó a rezar como en un murmullo.
—No la toques, Patalamon. Jamas se ha visto una foca blanca desde que... desde que yo nací. Quizá
sea el fantasma del viejo Zaharrof. Desapareció el año pasado en una horrible tempestad.
—No me acercaré a ella —le dijo Patalamon—. Trae malos augurios. ¿De veras crees que es el
viejo Zaharrof reencarnado en ella? Le debo dos huevos de gaviota.
—No la mires —le ordenó Kerick—. Ahí tienes ese rebaño de focas de cuatro años. Llévatelo. Los
hombres deberían desollar hoy doscientas. Pero estamos al principio de la estación y, ademas, son unos
novatos. De momento bastará con cien. ¡Rápido!
Patalamon golpeó dos omoplatos de foca frente a la manada de *holluschickies, y* éstas se quedaron
inmóviles, como muertas, resoplando fuertemente. Se adelantó unos pasos y las focas empezaron a moverse,
y Kerick les hizo dirigirse hacia el interior de la isla. Ni por un instante se le ocurrió a ninguna volverse
para reintegrarse al grupo de sus compañeras. Cientos y cientos de miles de focas vieron cómo las conducían,
pero continuaron jugando como si aquello no las afectara. Únicamente Kotick hizo algunas preguntas,
que sus compañeras no pudieron responderen absoluto. Bueno, sí, le dijeron que los hombres se llevaban
siempre a las focas de esta manera, durante seis semanas o dos meses al año.
—Quiero ir tras ellas —dijo Kotick.
Empezó a seguir la pista del rebaño, mientras los ojos casi se le salían de las órbitas.
—Nos sigue la foca blanca —gritó asustado Patalamon—. Es la primera vez que una foca viene al
matadero por sí misma.
—¡Calla! No mires atrás —le ordenó Kerick—. ¡Seguro que es el fantasma de Zaharrofl Tengo
que hablar con el sacerdote.
El matadero estaba a una milla de distancia, pero necesitaron una hora para recorrerla. Kerick sabía
que si las focas iban demasiado deprisa, se sofocarían, y, al desollarlas, su piel saldría a trozos.
Por eso fueron muy despacio, cruzando la Garganta del León Marino, dejando atrás la Casa de

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Webster, hasta llegar al almacén de salazón, ya fuera de la vista de las focas de la playa. Kotick seguía al
rebaño respirando de forma entrecortada, y admirado ante lo que veía. Creía estar en el fin del mundo, pero
le llegaba, desde los criaderos de las focas, un ruido tan tremendo como el de un tren que atraviesa un túnel.
Kerick se sentó en el musgo, sacó un gran reloj de bolsillo, y esperó una media hora para que los cuerpos
de las focas se enfriaran. Kotick podía oír hasta las gotas de lluvia, condensadas por la niebla, que le caían
de las alas del gorro. Luego, llegaron diez o doce hombres, armados cada uno con una gruesa barra de hierro
de alrededor de un metro, y Kerick les señaló una o dos focas, mordidas por sus compañeras, o demasiado
sofocadas. Los hombres, calzados con pesadas botas de piel de morsa, las apartaron del rebaño a puntapiés.
Entonces Kerick dijo:
—¡Ya!
Los hombres empezaron a dar golpes en la cabeza a las focas, con una enorme rapidez. Al cabo de
diez minutos, el pequeño Kotick fue incapaz de reconocer a sus amigas, porque sus pieles, desolladas desde
el hocico hasta las aletas posteriores, y arrancadas luego de un tirón seco, se amontonaban en el suelo.
Kotick había visto ya bastante. Dio media vuelta y se dirigió a todo correr —una foca puede hacerlo
a galope tendido durante un tiempo muy corto— hacia el mar, erizado el bigote por el horror que había
contemplado. En la Garganta del León Marino, donde los animales descansan hasta donde llega la resaca,
se lanzó al agua fresca, protegiéndose la cabeza con las aletas, y se abandonó al suave balanceo de la mar,
suspirando tristemente.
—¿Qué pasa, quién anda por ahí? —gruñó un león marino. En general sólo les gusta la compañía
de sus congéneres.
¡Scoochnie! ; Ochen scoochnie! (¡Estoy solo! ¡Muy solo!) —respondió Kotick—. Están a punto
de matar a todos los *holluschickie,* a todos sin excepción y en todas las playas.
El león marino volvió la cabeza hacia la tierra.
—¡Qué disparate! —comentó—. Tus amigos siguen alborotando como siempre. Seguro que has
visto al viejo Kerick despachando a un rebaño. Lleva haciendo lo mismo desde hace treinta años.
—Es horrible —le respondió Kotick.
En ese momento, notando que una ola iba a sumergirle, empezó a nadar hacia atrás y se afianzó
con un movimiento de aletas, que, girando como una hélice, le hicieron ponerse vertical a

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

escasos centímetros
de los afilados bordes de una roca.
—¡No está nada mal! ¡Está muy bien para tu edad! —le dijo el león marino, que sabía reconocer
los méritos de un buen nadador—. Me imagino que, efectivamente, desde tu punto de vista, es bastante
atroz. Pero ya que vosotras, las focas, os empeñáis en venir aquí año tras año, los hombres, naturalmente,
acaban por enterarse y, a menos que encontréis una isla a la que ninguno de ellos vaya, seguirán tratándoos
de la misma manera.
—¿Existe una isla así? —le replicó Kotick.
—Sigo al *halibut* desde hace veinte años y tengo que confesarte que todavía no lo he encontrado.
Pero escuchame... Tengo la impresión de que te gusta hablar con tus superiores. ¿Por qué no vas al islote de
las Morsas y hablas con Sea—Vitch? Quizá ella sepa algo. No te embales. Es una travesía de nueve kilómetros
y, en tu lugar, yo iría primero a tierra y dormiría un rato.
Kotick dio por bueno el consejo. Llegó hasta la playa, cruzando una zona de mar, y luego a tierra.
Durmió una media hora, entre convulsiones, como les sucede siempre a las focas. Luego, se dirigió en linea
recta al islote de las Morsas, una plataforma rocosa, de muy poca altura y extensión, casi exactamente al
noreste de Novastosna, llena de cornisas y nidos de gaviotas, donde las morsas hacen vida aparte.
Salió a tierra muy cerca de Sea—Vitch, la morsa del Pacífico Norte, gorda, fea, de enorme cuello,
dotada de grandes colmillos. Sólo tenía modales durmiendo, que era lo que hacía, con las aletas posteriores
medio hundidas en el agua.
—¡Despierta! —rugió Kotick, porque las gaviotas graznaban con un ruido insoportable.
—¡Ah, oh, hummm! ¿Qué pasa? —exclamó SeaVitch, que con un golpe de sus colmillos despertó
al vecino, que hizo lo mismo con el que tenía al lado, continuando así el juego, hasta que se despertaron
todas las morsas. Empezaron a mirar en todas las direcciones, salvo en la que debían.
—¡Eh, soy yo! —les gritó Kotick, que se balanceaba con la corriente y parecía una babosa blanca.
—¡Pero, bueno, que me desuellen! —exclamó SeaVitch.
Y todas las morsas miraron a Kotick como mirarían a un niño los soñolientos miembros de un club. A Kotick no le hacía ninguna gracia que le hablaran de ser desollado. Ya había visto bastante. Por eso
empezó a gritar:
—¿Hay algún sitio al que puedan ir las focas, y al que los hombres les resulte imposible el acceso?
—Descúbrelo tú —le contestó Sea—Vitch cerrando los ojos—. Vete. Aquí tenemos mucho

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

trabajo.
Kotick dio un salto de delfín, y siguió chillando:
—¡Zampaostras! ¡Zampaostras!
Aunque se las tenía por un personaje temible, la foca sabía muy bien que Sea—Vitch jamás había
pescado un pez, pues se limitaba a revolver los fondos marinos en busca de ostras y algas. Evidentemente,
los *chickies*, los *gooverooskies* y los *epatkas,* las gaviotas de todo tipo y los mergos*, siempre preparados
para cometer cualquier grosería, se hicieron eco de su grito y, según me ha contado Limmershin, durante
casi cinco minutos no habría podido escucharse ni siquiera un cañonazo en el islote de las Morsas. Todos
sus habitantes gritaban a pleno pulmón: «¡Tragaostras! *¡Stareek!* (viejo)», mientras Sea—Vitch se movía
alternativamente sobre sus costados, bufando furioso.
—Y bien, ¿me lo vas a decir ahora? —preguntó Kotick, exhausto.
—Pregúntaselo a Vaca—Marina —le respondió SeaVitch—. Si todavía vive, podrá decírtelo.
—¿Y cómo la reconoceré? —preguntó Kotick, preparado ya para salir nadando.
—Es la única criatura del mar más fea que Sea—Vitch —gritó una gaviota, que volaba justo por
encima de la nariz de la morsa—. ¡El más feo y el mas grosero! *¡Stareek!*
Kotick regresó a Novastosna, dejando a las gaviotas entregadas a sus gritos. Y, una vez allí, se dio
cuenta de que todas las molestias que se había tomado por encontrar un sitio seguro para las focas no le
servían para granjearse simpatía alguna.
Le dijeron que los hombres siempre se habían llevado a los *holluschickie,* que eso formaba parte
de la rutina diaria, y que si no le gustaba ser testigo de un espectáculo tan horrible, no debía haber ido
adonde sacrifican a las focas. Pero ninguna había asistido a aquella carnicería, y eso marcaba una enorme
diferencia entre ella y sus amigas. Además, Kotick era una foca blanca.
—Lo que necesitas —le dijo Garra del Mar cuando se enteró de las aventuras de su hijo—, es crecer,
hacerte una gran foca, lo mismo que tu padre, y conseguir y defender un criadero en la playa. Entonces
te dejarán tranquilo. Dentro de cinco años tendras que pelear tú solito...
Hasta su madre, la dulce Matka, le dijo:
—Jamás podrás detener esa carnicería, Kotick. Vete a jugar a la mar.
Así lo hizo. Se fue y bailó la danza del fuego, pero con el corazón apesadumbrado.
Cuando llegó el otoño, abandonó la playa y se fue solo, porque tenía una idea en la cabeza. Estaba
decidido a encontrar a Vaca—Marina, si es que tal personaje habitaba los mares, y descubrir una isla
tranquila, con buenas playas de arena dura, donde las focas vivieran sin que los hombres las inquietasen.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Exploró el Pacífico de norte a sur, nadando hasta trescientas millas* en un día y una noche. Corrió más
aventuras de las que se puedan contar, escapó por los pelos de los dientes de los tiburones y del pez
martillo. Tropezó con todos los malhechores que rondan los mares, con grandes peces tranquilos, y con las
vieiras de manchas rojas, que se quedan inmóviles, aferradas al mismo sitio durante cientos de años, de lo
que están muy orgullosas. Pero nunca encontró a VacaMarina, ni una isla que le gustase.
Si la playa era buena y dura, y se prolongaba en un talud* donde las focas pudieran jugar, siempre
se veía en el horizonte el humo de un ballenero, que fabricaba acei te de ballena, y Kotick sabía muy bien
qué significaba eso. O bien constataba que las focas habían frecuentado ya la isla, y que habían sido exterminadas.
Kotick sabía de sobra que los hombres vuelven siempre a las zonas que conocen.
Se topó también con un viejo albatros de cola corta, que le dijo que las islas Kerguelen eran el sitio
ideal para quien buscara paz y tranquilidad. Pero cuando Kotick llegó hasta aquellos parajes tan apartados,
estuvo a punto de chocar contra los negruzcos y terribles acantilados, debido a una furiosa tormenta de
aguanieve, relámpagos y truenos. Sin embargo, al abandonar el lugar, cara a la tormenta, observó que hasta
en aquel sitio hubo en otro tiempo un criadero de focas. Y sucedió lo mismo en todas las islas que visitó.
Limmershin me dio una lista muy larga, porque me dijo que Kotick había consagrado cinco estaciones
a sus exploraciones, descansando cada año cuatro meses en Novastosna, donde los *holluschickie* se
burlaban de el y de sus islas imaginarias. Se fue hasta las Galápagos*, un sitio árido y pavoroso, bajo la
línea del ecuador, donde estuvo a punto de morir, asado por el sol; a Georgia del Sur, a las Orcadas del Sur,
a la isla Esmeralda, a Gough, al Pequeño Ruiseñor, a las islas Crozet, y hasta abordó un islote al sur del
Cabo de Buena Esperanza*. Pero en todas partes los habitantes de la mar le decían lo mismo. Las focas
habían llegado en otro tiempo a esas islas, pero los hombres las habían aniquilado.
Incluso cuando recorrió miles de millas fuera del Pacífico, y alcanzó Cabo Corrientes* —de regreso
de la isla de Gough—, encontró algunos centenares de focas, con la piel sarnosa, descansando en una
roca. Le aseguraron que los hombres también llegaban hasta allí.
Aquello estuvo a punto de partirle el corazón, y en ese estado de ánimo franqueó el cabo de Hornos
para volver a su hogar. De camino hacia el norte, descubrió una isla cubierta de árboles de un verdor

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

maravilloso, donde resistía una foca vieja y moribunda. Kotick pescó algunos peces para ella y le confió
todas sus penas.
—Ahora —dijo Kotick—, me vuelvo a Novastosna, y si me llevan con los *holluschickie* a los campos de la muerte, me trae sin cuidado.
—Inténtalo una vez más —le dijo la vieja foca—. Yo soy el único superviviente de la colonia desaparecida
de Masafuera y, en la época en la que los hombres nos mataban por cientos de miles, se contaba
en la playa que una foca blanca vendría para conducirnos a un lugar tranquilo. Soy vieja y jamás llegaré a
ver ese día, pero otros lo verán. Inténtalo otra vez.
Kotick se retorció el bigote —lo tenía magnífico.
—Soy la única foca blanca que ha visto la luz del día —dijo—, y la única foca, blanca o negra,
que ha soñado con nuevas islas.
Aquel encuentro le animó muchísimo. Cuando volvió a Novastosna durante el verano, su madre le
pidió que se casara y que se estableciera, porque ya no era un *holluschickie,* sino un Garra del Mar adulto,
de melena blanca y ondulada, tan fuerte, tan grande y tan imponente como su padre.
—Dame una temporada más —le respondió—. Recuerda, madre, que la séptima ola es la que más
lame la playa.
Curiosamente, una foca hembra pensaba también posponer su boda para el año siguiente. Kotick y
ella bailaron la danza del fuego a lo largo de la playa de Lu kannon, la noche que precedió a su salida, rumbo
al último viaje de exploración.
Entonces se encaminó hacia el oeste, porque acababa de descubrir un inmenso banco de fletán, y
necesitaba, al menos, cincuenta kilos de pescado diariamente para estar en plena forma. Siguió a los peces
hasta que se cansó y se hizo un ovillo en los hoyos que deja la resaca cuando las olas se dirigen hacia la isla
del Cobre. Conocía la costa a la perfección. Por eso, hacia las doce, cuando notó que su cuerpo caía sobre
un lecho de plantas marinas, como sobre un blando colchón, se dijo: «Vaya, la marea es muy fuerte esta
noche». Después, giró bajo el agua, abrió los ojos perezosamente y se estiró. Luego, dio un salto felino.
Una enorme sombra oliscaba sobre las aguas poco profundas y tragaba gran cantidad de algas.
—¡Por las olas de Magallanes! —se dijo—. ¿De qué criaturas se trata?
Aquellos seres no se parecían a las morsas, ni a los leones, y tampoco a los osos de mar. Tampoco
a las focas, a las ballenas o a los tiburones, ni a los peces ni a las vieiras, a ninguno de los animales con los
que Kotick estaba familiarizado. Eran largos, de hasta seis a ocho metros, y no tenían aletas

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

posteriores. Le
llamó la atención su cola en forma de pala, que parecía un trozo de cuero mojado. Su cabeza daba la impresión
de pertenecer a un ser absolutamente estúpido. Cuando no se dedicaban a comer, balanceaban el cuerpo
en el agua, ayudándose del extremo de la cola. Se saludaban unos a otros con mucha solemnidad, agitando
las aletas, como hombres muy gordos que movieran los brazos.
—Hola —intervino Kotick—, ¿qué tal la pesca, señores?
Las enormes criaturas respondieron haciendo una reverencia y sacudiendo las aletas natatorias como FrogFootman*.
Cuando empezaron a comer de nuevo, Kotick advirtió que tenían el labio superior partido en dos
lóbulos que podían separarse bruscamente casi medio metro, y cerrarse sobre toda una brazada de algas.
Las metían en la boca y las masticaban con cierta seriedad.
—¡Vaya forma grosera de comer! —murmuró Kotick. Aquellas criaturas hicieron de nuevo una
reverencia y Kotick empezó a impacientarse—. Muy bien —dijo—. Si, como parece, tenéis en las aletas
delanteras un articulación más que los demás, no es necesario que hagáis las exhibiciones a las que os entregáis.
Vuestras reverencias resultan graciosas, pero me gustaría saber cómo os llamáis.
Los labios hendidos se separaron y los ojos verde vidrioso se redondearon, pero no contestaron a
Kotick.
—¡Vaya, hombre! —subió el tono—, es la primera vez que tropiezo con gente más fea que Sea—
Vitch... y peor educada.
Le vino a la memoria, con la rapidez del rayo, lo que le había dicho su amiga la gaviota en la isla
de las Morsas cuando, al cumplir un año, se lanzó al agua de espaldas. Comprendió que por fin había encontrado
a Vaca-Marina.
Las vacas marinas continuaron buscando y masticando grandes brazadas de algas, y Kotick les
hizo montones de preguntas en todas las lenguas que había aprendido en sus viajes. Porque los animales
marinos hablan tantas lenguas como los hombres. Pero las vacas marinas no respondían, porque no pueden
hablar. En lugar de siete, tienen seis huesos en el cuello, y se dice en los mares que eso les impide hablar,
incluso con sus semejantes. Pero como sabéis, tienen una articulación suplementaria en la aleta natatoria
anterior, y moviéndola de arriba abajo y de derecha a izquierda, se sirven de ella como de una señal telegráfica
elemental.
Al alba, la melena de Kotick estaba totalmente erizada, y su paciencia había ido a parar

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

adonde lo
hacen los cangrejos muertos. Las vacas marinas se pusieron en camino hacia el norte, deteniéndose de
cuando en cuando para celebrar absurdos conciliábulos. Kotick las siguió, diciéndose: «Gente tan estúpida
como ésta habría muerto hace ya mucho tiempo de no haber encontrado una isla segura. Y lo que es bueno
para Vaca—Marina, lo es para Garra del Mar. Pero me gustaría que se dieran prisa».
Kotick estaba medio desesperado. El rebaño hacía sólo cuarenta o cincuenta millas diarias, se paraba
de noche para reponer fuerzas comiendo, y siempre se movía muy cerca de las playas. Kotick nadaba a
su alrededor, por encima, por debajo, pero no conseguía que acelerase el ritmo ni siquiera media milla. A
medida que avanzaba hacia el norte, se reunía, siempre con los mismos intervalos, para celebrar sus extraños
conciliábulos. Kotick estaba a punto de arrancarse los bigotes a mordiscos, tal era su impaciencia. Pero
terminó por darse cuenta de que seguían una corriente cálida, y entonces empezó a tener algo más de respeto
por ellas.
Una noche, las vacas marinas se dejaron caer hasta el fondo del agua brillante, como si fueran piedras,
y por primera vez desde que las conocía, vio que comenzaban a nadar a toda velocidad. Las siguió y
se quedó asombrado de su rapidez, porque jamás había imaginado que Vaca—Marina tuviera el menor
talento para la natación. Se dirigieron en línea recta hacia un acantilado cercano a la costa, un farallón que
se hundía en las aguas profundas, y se metieron por un agujero, oscuro en su base, a unas veinte brazas de
calado. Nadaron durante largo tiempo, y Kotick echó mucho de menos el aire fresco antes de salir de aquel
túnel negro.
—¡Por todos los demonios! —dijo, cuando sofocado y resoplando, emergió a la superficie, en el
otro extremo—. El buceo ha sido largo, pero ha valido la pena.
Las vacas marinas se habían separado y comían perezosamente cerca de las playas más hermosas
que Kotick había visto jamás. Había largas extensiones de rocas per fectamente lisas, maravillosamente
dispuestas para la instalación de criaderos. Detrás había terrenos, aptos para jugar, de arena dura, que se
remontaban suavemente hacia el interior. Y rompientes magníficos para el baile. Y una hierba blanda sobre
la que podrían revolcarse. Y dunas que subir y bajar. Y lo mejor de todo, algo que Kotick supo en cuanto
tocó el agua, que jamás ha engañado a un auténtico garra del mar: que el hombre jamás había

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

puesto el pie
allí.
Lo primero que hizo fue asegurarse de que las aguas eran abundantes en peces. Luego, bordeó las
playas y reconoció las islas, encantadoras, bajas y de arena perfec ta, disimuladas por la niebla, que desprendía
infinitas tonalidades. Hacia el norte, lejos, se veía claramente una franja de arena, escollos y rocas.
Eso impediría que un barco se acercase a la playa a menos de seis millas. Entre las islas y la zona de tierra
más extensa había un canal profundo, que corría casi paralelo y muy cercano a los acantilados de la costa.
Bajo éstos se abría el túnel de acceso.
«Es otro Novastosna, pero diez veces mejor», se dijo Kotick. Vaca Marina debe ser más inteligente
de lo que yo pensaba. Los hombres no podrían descender por estos acantilados, eso en el caso de que
hubiera hombres por aquí. Y los bajíos costeros harían pedazos cualquier barco. Si hay algún lugar seguro
en la superficie de los mares, sin duda éste es el mejor.»
Empezó a pensar en la foca que había dejado en su tierra natal, que le estaría esperando. Pero, aunque tenía prisa por volver a Novastosna, exploró a fondo el lugar para poder responder a todas las preguntas
que estaba seguro iban a hacerle. Luego se zambulló y, después de haber grabado bien en su memoria
la entrada del túnel, lo enfiló hacia el sur. Nadie, salvo una vaca marina o una foca, habría sospechado
jamás su existencia, y cuando miró hacia atrás, le costó hacerse a la idea de que había pasado por debajo de
aquellos enormes acantilados. Tardó seis días en volver a su casa, sin retrasarse lo más mínimo en el camino.
Y cuando tocó tierra, justo encima de la garganta del León Marino, la primera foca que encontró fue la
que le esperaba, que leyó en su mirada la buena noticia. Pero los *holluschickie, su* padre y las demás focas
se burlaron de él cuando les contó su descubrimiento. Y una foca joven, que tenía más o menos su edad, le
dijo:
—Todo eso es muy hermoso, Kotick, pero no puedes llegar dando órdenes sin más, especialmente
cuando no has luchado por nuestros criaderos.
Los demás estallaron en una risa incontenible y empezaron a menear la cabeza. El joven se había
casado aquel mismo año y se creía muy importante.
—Yo no tengo que defender un criadero —exclamó rabioso Kotick—. Sólo quiero enseñaros un
lugar donde podréis vivir absolutamente seguros. ¿Para qué luchar entre nosotros?
—Bueno, si te bates en retirada tan fácilmente y, en el fondo, buscas una excusa, no tengo

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

nada
que añadir —terminó la foca con una risa sarcástica.
—¿Te vendrás conmigo si te venzo? —le preguntó Kotick.
Sus ojos se iluminaron con destellos verdes de rabia ante el posible combate.
—Muy bien —respondió su contrincante con un tono despreocupado—. Si me vences, iré contigo.
No pudo cambiar de opinión, porque la cabeza de Kotick salió disparada como una flecha, y sus
dientes se hundieron en el grueso cuello de su adversario. Después Kotick se apoyó en la parte trasera de su
cuerpo, arrastró a su enemigo por la playa, le sacudió y terminó poniéndole de espaldas. Luego se dirigió a
las focas con palabras como rugidos:
—He hecho todo lo que he podido a lo largo de cinco estaciones. He encontrado una isla en la que
estaréis totalmente seguros, pero parece que no me creeréis hasta que no os arranque esas estúpidas cabezas
vuestras. Pues bien, ahora voy a datos una lección. ¡En guardia!
Limmershin me dijo que en toda su vida —y Limmershin ve batirse a diez mil focas todos los años—, en toda su corta vida no había visto nada semejante a Kotick, enfilando como un rayo los criaderos.
Se lanzó sobre el garra del mar más corpulento, lo agarró por la garganta y lo ahogó, cubriéndolo al mismo
tiempo de golpes, hasta que el otro lanzó un gruñido para pedir clemencia. Luego lo lanzó de costado y
atacó al siguiente. Tened en cuenta que Kotick no había ayunado como las grandes focas. Sus viajes en alta
mar le mantenían en una forma perfecta y, sobre todo, jamás se había batido hasta entonces. La cólera erizaba
su melena blanca, llena de bucles, y sus grandes caninos brillaban: era un espectáculo digno de admirar.
El viejo Garra del Mar, su padre, le vio pasar como una tromba, arrastrar a los viejos machos de
pelo gris, como si fueran simples fletanes, y derribar a los jóvenes por docenas. Garra del Mar, lanzando un
rugido, gritó:
—Quizá sea un idiota, pero nadie lucha como él. Hijo, no pelees conmigo. Yo estoy contigo.
Kotick se limitó a lanzar un rugido, y el viejo Garra del Mar, moviéndose torpemente, se acercó
hasta unirse a su hijo, que resoplaba como una locomotora, mientras Matka y la futura esposa de Kotick
parecían haberse hecho muy pequeñas, llenas de admiración por sus parejas. Fue un combate magnífico,
porque los dos se batieron mientras hubo una sola cabeza levantada en son de desafío. Luego los dos desfilaron
por la playa, muy juntos, emitiendo unos berridos tremendos.
Por la noche, cuando la aurora boreal* difundía sus luminarias intermitentes a través de la niebla,

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Kotick subió a una roca desnuda y contempló el gran criadero, hecho un inmenso revoltijo, y a las focas
heridas y sangrantes.
—Bien, os he dado una buena lección.
—¡Por todos los diablos! —dijo el viejo Garra del Mar, en un esfuerzo penoso por enderezar su
cuerpo magullado—, ni la orca misma les habría dado semejante lección. Hijo, me siento orgulloso de ti. Y
lo que es más, yo mismo te acompañaré a tu isla, si es que existe.
—¡Y bien, gordos cerdos marinos! ¿Quién me acompaña al túnel de la Vaca-Marina? Respondedme,
y si no os daré otra lección —rugió Kotick.
Se oyó un murmullo, semejante a una suave sacudida de la marea, sobre las playas.
—Sí, iremos contigo —dijeron miles de voces exhaustas—. Sí, seguiremos a Kotick, la foca blanca.
Entonces Kotick hundió la cabeza, y cerró los ojos lleno de orgullo. Ya no era la foca blanca, sino
una foca roja de la cabeza a la cola. Y, sin embargo, le habría parecido un gesto vergonzante echar siquiera
una mirada o tocar una sola de sus heridas.
Pasados ocho días, el y su ejército —casi diez mil focas entre los *holluschickie y* las ya maduras—
se echaron al agua y empezaron a nadar en dirección norte, hacia el túnel de Vaca—Marina, al mando de
Kotick. Las que se quedaron en Novastosna los trataron de locos. Pero en la primavera siguiente, cuando se
reencontraron junto a los bancos de peces del Pacífico, las seguidoras de Kotick hicieron tales descripciones
de las nuevas playas, que un número creciente de focas abandonó Novastosna.
Naturalmente, eso no sucedió en un breve espacio de tiempo, porque las focas son un poco cabezotas.
Pero al cabo de un año, muchas más abandonaron Novastosna, Lukannon y los otros criaderos, emigrando
a esas playas tranquilas y bien abrigadas, en las que Kotick pasa ahora el verano. Crece, engorda y
se pone más fuerte cada día, mientras los *holluschickie* juegan a su alrededor en aquel mar que no visita ni
un solo hombre.
LUKANNON
HE AQUÍ LA CANCIÓN SOLEMNE QUE ENTONAN EN ALTA MAR TODAS LAS FOCAS DE SAN
PABLO, CUANDO, LLEGADO EL VERANO, VUELVEN A SUS PLAYAS. ES UNA ESPECIE DE
HIMNO NACIONAL EMPAPADO DE TRISTEZA
Al alba vi amigas cargadas de años,
nací a la mañana de olas y espacios.
Quedo es el rumor del mar en resaca.
Playas de Lukannon, la vida que canta.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Feliz es la estancia, se fue la amargura de mares,
peligros de mil singladuras.
La noche se llena de bailes y luces.
Playas de Lukannon, de recuerdos dulces.
Eran mis hermanos. No volveré a verlos.
Vivían la vida como un puro juego.
El grito de guerra era algo olvidado.
Ya todo eran risas, carreras y cantos.
Playas de Lukannon, cubiertas de hierba, líquenes
profundos, escarchas y niebla.
Espacios abiertos, terrazas pulidas.
Playas de Lukannon, mi tierra querida.
¿Por qué hoy mis hermanos están abatidos?
El hombre, la bala, el brazo asesino.
Nos lleva a la muerte en triste rebaño.
Felices sin hombres, playas de Lukannon.
Cuenta tu historia al rey de los mares.
Si no lo hace él, ya no hay quien te ampare.
Tu raza estará para siempre perdida,
Lukannon, serás sólo un recuerdo de vida.
Rikki-Tikki-Tavi
Ojo-Rojo, desde el hueco redondo,
a Piel Arrugada le lanzó el cohombro.
Escuchad el gran reto de animal sin miedo:
Nag, ven, la muerte va a ser el fin de tus sueños.
Ojo a ojo, dos cabezas, odio puro.
Nag, guarda la distancia, el mejor conjuro.
No olvides, Nag, cobra, la lucha es a muerte,
y el triunfo, regalo de astucia y de suerte.
Dieron mil vueltas en el duro suelo.
Nag, corre a esconder tu piel sucia muy lejos.
Quisiste mi muerte y fue toda tuya.
Te dejó sin vida la diosa Fortuna.

HE AQUÍ LA HISTORIA DE LA GRAN BATALLA que Rikki-Tikki-Tavi libró, totalmente solo,
en un cuarto de aseo del gran bungaló, en el cuartel de Segowlee. Contó con la ayuda de Darzee, el pájaro-
sastre, y de Chuchundra, la rata almizclera, que jamás anda por el centro de las habitaciones, pues se
desliza bien pegado a las paredes, que le dio buenos consejos. Pero Rikki-Tikki-Tavi sostuvo la auténtica
lucha. Era una mangosta*, y se parecía a un gato por la piel y la cola. Sus ojos y la punta del hocico, siempre
nervioso, eran de color rosa. Podía rascarse cualquier parte del cuerpo con cualquiera de sus patas delanteras
o traseras, la que escogiera. Su cola podía hincharse hasta imitar una brocha. Y su grito de guerra,
mientras, deslizándose, parecía reptar sobre la hierba, era: «¡Rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!».

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Un día, una de esas impresionantes inundaciones de verano la arrancó de la madriguera en la que
vivía con sus padres. Pateando, asustada, cloqueando como una gallina, llegó al fin a una zanja que estaba
al borde de un camino. Tuvo la suerte de encontrar allí un menudo haz de hierbas, y se aferró a él. No se
enteró de lo que pasó después, porque perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, estaba tumbada a pleno
sol en medio de un sendero de un jardín, por cierto, muy descuidado, y un niño, a su lado, decía:
—Mira, una mangosta muerta. Vamos a celebrar un funeral por ella.
—No —le contestó su madre—, vamos a cogerla y a secarla. Quizá no esté realmente muerta.
La cogieron y la llevaron a casa. Allí, un hombre grueso la mantuvo un momento en el aire y aseguró
que no estaba muerta, sino medio ahogada. La envolvieron entre algodones, la calentaron, y el pequeño
animal abrió los ojos y estornudó.
Ahora —dijo el hombre, un inglés que acababa de trasladarse al bungaló—, no la asustéis, y veremos
qué hace.
Es casi imposible asustar a una mangosta, porque está devorada por la curiosidad de la punta de la
nariz a la cola. La consigna de la familia de las mangostas es: «Corre y entérate». Y Rikki-Tikki era una
auténtica mangosta. Se fijó en el algodón y se dio cuenta de que no era comestible. Correteó con curiosidad
a lo largo y ancho de la mesa, se sentó, se alisó la piel, se rascó y, dando un salto, se subió al hombro del
niño.
—No te asustes, Teddy —le dijo su padre—. Es su manera de hacer amigos.
—Me hace cosquillas en la barbilla —se sonrió Teddy.
Rikki-Tikki miró hacia abajo, al hueco que se abría entre la camisa del niño y su cuello, curioseó,
jugueteando, en su oído, y saltó al suelo, donde se rascó la nariz.
—¡Vaya! —exclamó la madre de Teddy—, ty eso es un animal salvaje? Supongo que se ha familiarizado
con nosotros porque hemos sido buenos con ella.
—Todas las mangostas se comportan así —le aclaró su marido—. Si Teddy no la tira de la cola o
intenta meterla en una jaula, saldrá y entrará en la casa sin parar. Vamos a darle algo de comer.
Le dieron un pequeño pedazo de carne cruda. A Rikki-Tikki le gustó muchísimo, y cuando lo terminó,
salió a la galería, se sentó al sol y esponjó su piel para que se le secara por completo. Luego empezó
a sentirse mejor. —Todavía hay muchas cosas que ver en esta casa —se dijo—. Más que las que toda mi
familia junta podría encontrar en toda su vida. Yo me quedaré aquí y las encontraré.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Pasó todo el día dando vueltas por la casa. Casi se ahogó en el cuarto de baño, metió su nariz en el
tintero que había en el escritorio, y se la quemó oliscando el extremo del puro del hombre grande, porque se
subió a su regazo para enterarse de cómo escribía. Cuando cayó la tarde, se fue a la habitación de Teddy
para ver cómo se encendían las lámparas de queroseno*, y cuando el niño subió a la cama, Rikki-Tikki hizo
lo mismo. El matrimonio entró —como siempre— para ver a su hijo, y Rikki-Tikki estaba despierta, sentada
sobre la almohada.
—No me gusta eso —dijo la madre de Teddy—. Puede morder al niño.
—No lo hará —le contestó el padre—. Teddy está más seguro con este pequeño animal que con un
perro de presa. Si ahora entrara una serpiente...
Pero la madre de Teddy no quería ni pensar en algo tan horrible.
Por la mañana, Rikki-Tikki se fue a desayunar a la galería, sentada en un hombro de Teddy, y le
dieron un plátano y huevo duro. Se sentó por turno en el regazo de los tres, porque toda mangosta bien educada
aspira a convertirse algún día en un animal doméstico, y disponer de habitaciones por las que corretear.
La madre de RikkiTikki, que había vivido en la casa del general en Segowlee, le había enseñado cómo
actuar si algún día se encontraba con hombres blancos.
Luego, Rikki-Tikki salió al jardín para inspeccionarlo. Era un jardín enorme, cuidado a medias,
con rosales tan grandes como cenadores, de los llamados Marshal Niel. También había naranjos y limas,
bambúes y una gran extensión de hierba alta. Rikki-Tikki se relamió:
«Esto es un magnífico cazadero», pensó, y su cola se esponjó.
Luego, corriendo locamente de un lado para otro, lo exploró todo. De repente oyó unas voces lastimeras
que salían de un espino.
Eran Darzee, el pájaro-sastre, y su esposa. Su nido era precioso. Habían cosido dos grandes hojas
y habían llenado el hueco de algodón y pelusa. El nido se balanceaba, mientras ellos, sentados en los bordes,
lloraban.
—¿Qué pasa? —les preguntó Rikki-Tikki.
—Nos ha golpeado la desgracia —le respondió Darzee—. Una de nuestras crías se cayó del nido
ayer, y Nag se la comió.
—Hummm, sí, eso es muy triste —dijo Rikki-Tikki—. Pero yo soy aquí un extraño. ¿Quién es
Nag? Darzee y su mujer, en vez de contestar, se refugiaron en el nido. De la espesa hierba que crecía al pie
del arbusto, salió un sonido sordo... un horrible sonido frío, que hizo que Rikki-Tikki

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

retrocediera. Luego,
lentamente, fueron emergiendo de la hierba la cabeza y el capuchón de Nag, la gran cobra negra, que medía
un metro y medio, desde la lengua hasta la cola. Cuando ya estaba casi completamente visible, empezó a
balancearse, como los dientes de león agitados por el aire, y miró a RikkiTikki con sus malignos ojos de
serpiente, que nunca cambian de expresión, piensen lo que piensen.
—¿Quién es Nag? —exclamó en tono triunfal—. Yo soy Nag. El gran dios Brahma nos puso el
signo distintivo cuando la primera cobra extendió su capucha para que el sol no le molestara mientras dormía.
Y ahora, ¡mírame y échate a temblar!
Ensanchó su cuello más que nunca, y Rikki-Tikki vio una marca como de gafas en la parte de atrás. Parecía un cierre en forma de corchete. Durante un instante, el miedo hizo presa en él. Pero a una
mangosta el miedo no le dura más que un instante, y aunque Rikki-Tikki no se había encontrado aún con
una cobra viva, su madre lo había alimentado con cobras muertas, y sabía muy bien que una mangosta
adulta tiene como misión en la vida combatir y matar a las serpientes. Nag lo sabía también, y en el fondo
de su corazón de hielo sintió miedo.
—¡Vaya! —dijo Rikki-Tikki, cuya cola había adquirido el máximo volumen—, con marca o sin
ella, ¿te parece bien comer, pajarillos caídos del nido?
Nag disimulaba sus pensamientos y observaba los movimientos de la hierba tras Rikki-Tikki. Sabía
bien que la presencia de mangostas en el jardín significaba, tarde o temprano, su muerte y la de su familia,
pero quiso burlar la vigilancia de Rikki-Tikki. Bajó un poco la cabeza y la ladeó.
—Dialoguemos un momento —le dijo—. Tú comes huevos tan a gusto. ¿Por qué no puedo yo comer pájaros?
—¡Detrás! ¡Mira detrás de ti! —le cantó Darzee. Rikki-Tikki no perdió ni un segundo. Dio en el
aire el mayor salto que pudo, y justo debajo de él, la cabeza de Nagaina, la pérfida esposa de Nag, pasó
como una flecha. Se le había acercado por detrás mientras hablaba, para ajustarle las cuentas. Falló por los
pelos. Se oyó un feroz silbido de contrariedad. Rikki-Tikki cayó casi encima del lomo de Nagaina. Una
vieja mangosta habría sabido que ése era el momento justo de romper la columna vertebral de su enemiga
de un solo bocado. Pero Rikki-Tikki tuvo miedo del terrible latigazo que la cobra le lanzó con la cola.
Le dio un mordisco, pero no con demasiada fuerza, y de un salto se vio libre de la amenaza que
representaba aquella cola sangrante, dejando a Nagaina herida y rabiosa.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

—¡Darzee, eres malvado! —dijo Nag, azotando el aire en torno al nido, que se asentaba firmemente
en el espino. Darzee lo había construido fuera del alcance de las serpientes, y el nido se limitó a oscilar
de izquierda a derecha.
Rikki-Tikki sintió que sus ojos se habían vuelto rojos y brillantes, y cuando los ojos de una mangosta
adquieren esa coloración, es que está rabiosa. Se sentó sobre la cola y las patas traseras, como si fuera
un pequeño canguro. Miraba a su alrededor y los dientes le rechinaban de rabia. Pero Nag y Nagaina habían
desaparecido en la hierba. Cuando una serpiente falla un golpe, se calla y no deja traslucir lo que hará luego.
Rikki-Tikki ni siquiera intentó seguirlas. No estaba preparada para luchar contra dos serpientes a la vez.
Se fue trotando hasta el camino enarenado, cerca de la casa, y se sentó para pensar tranquilamente. Se encontraba
ante un problema muy serio. Si leéis libros antiguos de historia natural, descubriréis que cuando
una mangosta entra en fiero combate con una serpiente y es mordida por ella, se va a comer una hierba que
la cura. Pero ésa no es una verdad científica. La victoria sólo es cuestión de rapidez de mirada y agilidad de
patas. A cada intento de la serpiente, un salto de la mangosta. Y como ninguna mirada es capaz de seguir el
movimiento de la cabeza de una serpiente cuando ataca, la realidad de los hechos es todavía mas extraordinaria
que la hierba mas mágica. Rikki-Tikki sabía que él era una joven mangosta macho, y estaba mas que
satisfecho de haber podido esquivar un ataque por la espalda. Eso le dio una gran confianza en sí mismo, y
cuando Teddy llegó corriendo por el caminillo, Rikki-Tikki estaba preparado para dejarse acariciar.
Pero en el momento en que Teddy se inclinaba, el polvo se removió y se oyó una voz tenue:
—¡Cuidado! ¡Soy la muerte!
Se trataba de Karait, la minúscula serpiente color tierra, a la que le encanta dormir entre el polvo.
Su mordedura es tan peligrosa como la de una cobra, pero es tan pequeña que nadie piensa en ella, y por
eso hace estragos entre las personas.
Los ojos de Rikki-Tikki se inyectaron de nuevo en sangre, y se acercó a Karait con ese paso único,
entre el balanceo y la ondulación, heredado de su familia. Parece extraño y hasta cómico, pero está tan perfectamente
equilibrado que el animal puede salir disparado en cualquier dirección. Y cuando se trata de serpientes, ese movimiento representa una gran ventaja. Lo que no sabía Rikki-Tikki es que haría algo mucho
mas peligroso que luchar contra Nag. Porque Karait era tan pequeña y podía darse la vuelta a

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

tal velocidad,
que si no le mordía exactamente detrás de la cabeza, recibiría la picadura de Karait en un ojo o en el
labio. Pero Rikki no lo sabia. Tenia los ojos completamente rojos, y se balanceaba hacia atrás y hacia delante,
buscando un objetivo. Karait atacó. Rikki dio un salto de costado e intentó llegar al cuerpo a cuerpo,
pero la perversa serpiente del polvo dio un latigazo en el aire, a la distancia de un cabello de su espalda.
Rikki-Tikki se vio obligada a saltar por encima del cuerpo de la serpiente, mientras la cabeza de ésta estuvo
a punto de apresar sus patas.
Teddy gritó a las personas que había en la casa:
—¡Venid a ver esto! Nuestra mangosta está a punto de matar una serpiente.
Rikki-Tikki oyó chillar a la madre de Teddy. Su padre salió a toda prisa, con un palo en la mano.
Pero antes de que llegaran, Karait había lanzado un ataque alocado que le permitió a Rikki-Tikki, de un
salto, caer sobre la espalda de la serpiente. Recogió cuanto pudo la cabeza entre las patas delanteras y mordió
la columna vertebral de la serpiente. La mordedura paralizó a Karait, y Rikki-Tikki se preparaba para
comérsela entera, empezando por la cola, según la costumbre de su familia, cuando pensó que, si quería
conservar su fuerza y su viveza, no debería engordar.
Se fue a tomar un baño de polvo bajo los ricinos*, mientras el padre de Teddy golpeaba el cadáver
de Karait. «¿Para qué, reflexionó Rikki-Tikki, si yo he hecho todo lo que había que hacer?» Entonces la
madre de Teddy la cogió, la abrazó estrechamente y le dijo con voz cariñosa pero fuerte que había salvado
de la muerte a su hijo. Y el padre declaró en tono solemne que la había enviado la Providencia, mientras
Teddy miraba todo con ojos llenos de espanto. A Rikki-Tikki le divertía mucho el alboroto que se traían,
aunque, evidentemente, no entendía nada. La madre de Teddy podría haber acariciado al niño exactamente
igual por haber jugado en el polvo. Rikki se divirtió muchísimo.
Por la tarde, a la hora de la cena, moviéndose tranquilamente entre los vasos de vino, podría haberse atiborrado, pero se acordó de Nag y de Nagaina y, aunque le gustaba dejarse alabar y acariciar por
la madre de Teddy, y auparse al hombro de éste, sus ojos se inyectaban en sangre de cuando en cuando y
lanzaba su prolongado grito de guerra: «¡Rikk—tikk—tikki—tikki—tchk!».
Teddy se la llevó a la cama, y se empeñó en que durmiera pegado a su barbilla. Rikki-Tikki estaba
demasiado bien educado como para morder o arañar, pero en cuanto Teddy se durmió, se fue a hacer la

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

ronda nocturna alrededor de la casa, y en la oscuridad cayó sobre Chuchundra, la rata almizclera, que se
arrastraba junto a una pared. Chuchundra es un animal pequeño que vive siempre lleno de miedo. Se lamenta
en voz alta toda la noche, pero no se atreve a correr por el centro de las habitaciones.
—No me mates —le suplicó Chuchundra, a punto de llorar—. Rikki-Tikki, no me mates.
—¿Piensas que quien mata serpientes se va a rebajar a matar ratas como tú? —le contestó Rikki-
Tikki con desdén.
—Los que matan serpientes al final mueren en sus fauces —dijo Chuchundra, más quejumbrosa
que nunca—. ¿Y cómo sabré yo con seguridad que Nag no me atacará, confundiéndome contigo, una noche
bien oscura?
—No hay el menor peligro —respondió Rikki-Tikki—. Además, sé que Nag está en el jardín y tú
no te dejas ver en el.
—Mi primo Chua, la rata, me ha dicho... —empezó Chuchundra, y luego se calló.
—¿Qué te ha dicho?
—¡Chitón! Nag está en todas partes, Rikki-Tikki. Tendrías que haber hablado con Chua en el jardín.
—No lo he hecho. Así que tienes que decírmelo. Rápido, Chuchundra, o te muerdo.
Chuchundra se sentó y se puso a llorar con tanta fuerza que las lágrimas resbalaban por sus bigotes.
—Soy un pobre infeliz —dijo entre sollozos—. Jamás he tenido el valor de lanzarme hasta el centro de
una habitación. ¡Chitón! No debo decir nada. ¿No te das cuenta, Rikki-Tikki?
La mangosta se puso a la escucha. La casa estaba envuelta en un silencio total, pero se oía un débil
crisscriss, un ruido tan leve como el que produce una avispa acariciando el cristal de una ventana. Era el
roce tenue y seco de las escamas de una serpiente sobre los ladrillos.
—Se trata de Nag o Nagaina —murmuró como para sí mismo— a punto de entrar por el conducto
de salida del cuarto de baño. Tienes razón, Chuchundra, debería haber hablado con Chua.
Se llegó sigilosamente hasta el cuarto de baño de Teddy. No encontró nada allí. Luego, al de la
madre de Teddy. En la parte baja del muro encalado habían retirado un ladrillo para desaguar el cuarto de
baño y, en el momento en que Rikki-Tikki se deslizaba dentro de la habitación, cuando se acercaba a la
bañera, escuchó a Nag y a Nagaina cuchicheando fuera, al claro de luna. —Cuando no haya ni un solo ser
humano en la casa —le decía Nagaina a su marido—, ella tendrá que irse. Y entonces el jardín volverá a ser
nuestro. Entra sin ruido, que el hombre que ha matado a Karait es el primero al que hay que morder. Después
vienes y me lo cuentas. Y luego nos iremos las dos juntas al encuentro de Rikki-Tikki.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

—Pero ¿estás segura de que saldremos ganando matando a los humanos? —preguntó Nag.
—Del todo. Cuando nadie habitaba el bungaló, ¿teníamos una mangosta en el jardín? En cuanto se
quede vacío, seremos los reyes. Y acuérdate de que en cuanto los huevos que hemos puesto en el melonar
se abran —y eso puede ocurrir mañana mismo—, nuestros hijos necesitarán mucho espacio y mucha tranquilidad.
—No había pensado en eso —dijo Nag—. Voy ahora mismo. Pero será inútil que nos pongamos a
buscar inmediatamente a Rikki-Tikki. Yo mataré al hombre y a su mujer, y luego al niño si me da tiempo, y
dejaré la casa sin hacer ruido alguno. Entonces el bungaló se quedará vacío y Rikki-Tikki tendrá que irse.
Un estremecimiento de rabia y odio recorrió a la mangosta. A continuación, la cabeza de Nag apareció
por el conducto, seguida por el metro y medio de su cuerpo frío. Aunque Rikki-Tikki estaba totalmente
dominado por la cólera, se asustó mucho al comprobar su longitud. Nag se hizo un ovillo, levantó la cabeza,
e inspeccionó el cuarto de baño, que estaba en la más absoluta oscuridad. Rikki-Tikki advertía el brillo
de sus ojos.
—Veamos, si la mato aquí, Nagaina lo sabrá. Y si la ataco en tierra, en campo abierto, todas las
ventajas serán para ella. ¿Qué hacer? —se dijo Rikki-Tikki.
Nag se balanceaba en todas direcciones. Luego, Rikki-Tikki escuchó cómo bebía en el jarro que se
empleaba para llenar la bañera.
—Está bien —dijo la serpiente—. Cuando Karait murió, el hombre gordo llevaba un bastón. Quizá
lo tenga todavía. Pero cuando mañana por la mañana venga a bañarse, seguro que no lo tendrá. Le voy a
esperàr aquí. Nagaina... ¿me oyes? Voy a esperar aquí, bien fresquito, hasta que se haga de día.
No se oyó respuesta alguna fuera. Rikki-Tikki comprendió que Nagaina se había ido. Nag se ovilló
en torno al fondo del jarro, y Rikki-Tikki se quedó como muerto, totalmente quieto donde se encontraba.
Al cabo de una hora se puso en movimiento, músculo tras músculo, y avanzó hacia el jarro. Nag estaba
dormido, y Rikki-Tikki tuvo tiempo de mirar su espalda poderosa, y de buscar el mejor sitio para hacer
presa en el. «Si no le rompo los riñones con el primer ataque —pensó Rikki—, mantendrá la capacidad de
lucha. Y si lucha... adiós, Rikki.» Consideró el grosor del cuello bajo la capucha. Era demasiado para el. Y
una mordedura cerca de la cola no conseguiría mas que enfurecer a Nag hasta el paroxismo. «Es preciso

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

atacarle en la cabeza», se dijo al fin. «La cabeza, por encima del capuchón. Y una vez que haya hecho presa
ahí, no soltarla por nada del mundo.»
Entonces atacó. La cabeza de Nag estaba a unos dedos del jarro, bajo su curva. Cuando sus dientes
se clavaron, Rikki se arqueó contra la arcilla roja, para atenazar contra el suelo la cabeza de la serpiente. No
pudo guardar este punto de apoyo más que un segundo, aunque sacó de su posición toda la ventaja posible.
Después se vio zarandeado de un lado a otro, en todas las direcciones, en el suelo, de arriba abajo y en
grandes círculos. Pero tenía los ojos rojos y aprisionaba con firmeza a su presa, mientras ésta pegaba latigazos
en el suelo. Tiró un bote de hojalata, la jabonera y un cepillo. Y golpeó terriblemente a Rikki-Tikki
contra el metal esmaltado de la bañera. Manteniendo siempre la presa, cerraba sus mandíbulas cada vez
mas, pues estaba seguro de morir a fuerza de golpes, y por el honor de su familia, prefería que le encontraran
así, con los dientes apretados, hundidos en el cuerpo de la cobra. Le daba vueltas la cabeza, y tenía la impresión de que estaba hecho añicos, cuando, de repente, se oyó tras el como un enorme trueno.
Un aire abrasador le hizo perder el conocimiento, y sintió que una llama roja le quemaba la piel. El hombre,
despertado por el ruido, había hecho fuego con una escopeta de caza, alcanzando a Nag justo detrás de la
capucha.
Rikki seguía manteniendo su presa. Tenía los ojos cerrados, porque ahora estaba completamente
seguro de que la cabeza ya no se movía. El hombre lo cogió diciendo:
Alicia, de nuevo la mangosta. Esta vez es ella la que nos ha salvado la vida.
Entonces, la madre de Teddy entró en la habitación, pálida, vio lo que quedaba de Nag, y Rikki-
Tikki se fue sigilosamente a la habitación de Teddy, donde pasó la mitad de la noche sacudiéndose suavemente
para comprobar si estaba o no hecha trocitos.
Cuando llegó la mañana, tenía agujetas en todo el cuerpo, pero estaba satisfecho del trabajo realizado.
«Y ahora le ha llegado el turno a Nagaina, que será peor que cinco Nag juntos. Y no se puede saber
cuándo nacerán sus crías. ¡Santo cielo! Tengo que ir a hablar con Darzee», se dijo.
Sin esperar al desayuno, corrió hacia el espino en el que Darzee, triunfal, cantaba a voz en grito.
La noticia de la muerte de Nag había recorrido todo el jardín, porque el barrendero había arrojado su cuerpo
a la basura.
—¡Oye, estúpido montón de plumas! —gritó Rikki-Tikki encolerizado—. ¿Es el mejor momento

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

para cantar?
—¡Nag está muerto... muerto... y bien muerto! —cantaba Darzee—. El valiente Rikki-Tikki lo ha
cogido por la cabeza y ha tenido el valor de no soltar la presa. Ha llegado el hombre con el bastón que hace
«buuum» ¡y Nag ha caído, partido en dos! Jamás volverá a comerse a mis crías.
—Muy bien, pero ¿dónde está Nagaina —preguntó.
—Nagaina ha llegado hasta el conducto de la sala de baño, y ha llamado a Nag —respondió Darzee—.
Pero Nag ha salido en el extremo de un palo. El barrendero ha enroscado ahí su cuerpo y lo ha tirado
al basurero. Cantemos en honor del gran Rikki-Tikki, Rikki-Tikki, el de los ojos rojos —y después, Darzee
hinchó el cuello y siguió cantando.
—Si pudiera alcanzar tu nido, lo destruiría y lanzaría al suelo a tus crías. Darzee, no haces las cosas
cuando y como debes. Tú estás ahí arriba, seguro en tu nido. Pero yo, aquí abajo, vivo en plena guerra.
Deja de cantar un momento, Darzee.
—Por amor al grande, al hermoso Rikki-Tikki, me paro —dijo Darzee—. ¿Qué te pasa?
—Por tercera vez, ¿dónde se encuentra Nagaina? —Sobre el montón de basura, cerca de las caballerizas.
Llora la muerte de Nag. ¡Qué grande es Rikki-Tikki, el de los dientes blancos!
—¡Olvídate de mis dientes! ¿Sabes dónde guarda sus huevos?
—En el melonar, junto al muro, donde el sol da con fuerza casi todo el día. Hace semanas que los
oculta allí.
—¿Y no se te ha ocurrido decírmelo? ¿En el lado más próximo al muro?
—Rikki-Tikki, no te comerás esos huevos, ¿verdad? —¿Comérmelos? No exactamente. Darzee, si
no has perdido el juicio por completo, vete enseguida hacia los establos, simula que se te ha roto un ala, y
haz que Nagaina te persiga hasta este espino. Tengo que ir al melonar, y si fuera ahora, ella me vería.
Darzee era un poco tonto, incapaz de retener más de una idea en la cabeza. Y porque sabía que las
crías de Nagaina nacían de huevos semejantes a los suyos, opinaba que no había que destruirlos. Pero su
mujer razonaba muy bien, y sabía que los huevos de cobra acaban por producir cobras jóvenes. Echó a volar
desde el nido, y dejó a Darzee la misión de mantener calientes a las crías y continuar cantando la muerte
de Nag. Darzee se parecía mucho a los hombres en ciertos aspectos.
Voló hasta donde estaba Nagaina, cerca del montón de basura, y empezó a lamentarse:
—¡Ay, se me ha roto un ala! El niño de la casa me ha lanzado una piedra y me la ha partido.
Luego empezó a aletear, absolutamente desesperada.
Nagaina levantó la cabeza y silbó:
—Tú avisaste a Rikki-Tikki cuando yo estaba a punto de matarle. No has escogido el mejor

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

sitio
para cojear —y se fue acercando a ella, arrastrándose por el polvo.
—¡El niño me la ha roto con una piedra! —gritó de nuevo la esposa de Darzee.
—Bien, quizá te consuele, después de tu muerte, pensar que yo le ajustaré las cuentas al niño. Mi
marido yace esta mañana sobre un montón de basura, pero antes de la noche, el pequeño de la casa reposará
en una inmovilidad absoluta. ¿Por qué tratas de huir? No te escaparás de mí. Pequeña idiota, mírame.
La esposa de Darzee se guardó muy bien de hacerlo, porque un pájaro que mira a una serpiente a
los ojos se asusta de tal manera que ya es incapaz de hacer un solo movimiento. La esposa de Darzee continuó
aleteando, sin levantar nunca el vuelo, y Nagaina empezó a arrastrarse más aprisa hacia ella.
Rikki-Tikki las oyó alejarse de las caballerizas y subir por el camino. Entonces echó a correr a toda
velocidad hacia el melonar que se encontraba cerca del muro. Allí, en la paja tibia extendida alrededor
de los melones, muy hábilmente ocultos, descubrió veinticinco huevos, del mismo grosor más o menos que
los de la gallina Bantam, pero recubiertos de una piel blanquecina en vez de cáscara.
—No me he adelantado ni un solo día —dijo, porque se había dado cuenta de que las crías estaban
ovilladas en el interior, y sabía que, en cuanto naciesen, cada una de ellas podría matar a un hombre o a una
mangosta. Con un mordisco arrancó la piel de los huevos y, poniendo toda su alma en la tarea, aplastó a las
jóvenes cobras. Luego revolvió la paja varias veces para asegurarse de que no había olvidado ninguno. Al
final no quedaban más que tres huevos. Se echó a reír, pero entonces oyó la aguda voz de la esposa de Darzee:
—Rikki-Tikki, he llevado a Nagaina hacia la casa y ha alcanzado la galería y, ¡ven inmediatamente...
quiere matar!
Rikki-Tikki aplastó dos huevos, se llevó el tercero en la boca, se retiró del melonar dando un salto
hacia atrás, y se precipitó hacia la galería con la mayor rapidez que le permitieron sus patas. Teddy, su padre
y su madre se encontraban allí, ante su desayuno, pero Rikki-Tikki vio que no comían. Estaban petrificados
en sus asientos, con la cara lívida. Nagaina se había enroscado sobre la estera, muy cerca de la silla
de Teddy; tenía a su alcance la pierna del niño y se balanceaba de derecha a izquierda, cantando triunfalmente:
—Hijo del hombre que ha matado a Nag —silbaba—, no te muevas. Todavía no estoy preparada.
Esperad un poco. Quedaos absolutamente inmóviles los tres. Si os movéis, os atacaré, y si no, también.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

¡Insensatos, os habéis atrevido a matar a mi Nag!
Los ojos de Teddy estaban clavados en los de su padre, que sólo murmuraba:
—Tranquilo, Teddy. No hay que moverse. Teddy, tranquilo.
Entonces llegó Rikki-Tikki y gritó:
—¡Date la vuelta, Nagaina, date la vuelta! Ven a luchar.
—Cada cosa a su tiempo —dijo ella, sin volver los ojos—. A ti te ajustaré las cuentas más tarde.
Mira a tus amigos, Rikki-Tikki. Están pálidos e inmóviles, tienen miedo. No se atreven a moverse, y si das
un solo paso hacia delante, los atacaré.
—Vete a ver tus huevos —exclamó Rikki-Tikki—, en el melonar, cerca del muro. Vete a verlos,
Nagaina.
La gran serpiente dio media vuelta y vio el huevo en el suelo de la galería.
—¡Ay! ¡Dámelo! —gritó.
Rikki-Tikki puso el huevo entre sus patas. Tenía los ojos inyectados en sangre.
—¿Qué precio estás dispuesta a pagar por un huevo de serpiente? ¿Por una joven cobra? ¿Por una
joven cobra real? ¿Por el último, el último de la nidada? Las hormigas están a punto de comerse los restantes
allí, cerca del melonar.
Nagaina giró en redondo, olvidando todo por aquel único huevo. Y Rikki-Tikki vio que el padre
de Teddy tendía bruscamente una mano, atrapaba a Teddy por un hombro y lo retiraba al lado opuesto de la
mesita, donde se encontraban las tazas de té, sano y salvo, fuera del alcance de Nagaina.
—¡Engañada! ¡Engañada! ¡Engañada! ¡Rikk—tikki—tck-tck! —se burló Rikki-Tikki—. El niño
está sano y salvo y fui yo quien cogió a Nag por el capuchón ayer por la noche, en el cuarto de baño —
luego se puso a saltar como loco, con las cuatro patas a la vez, y con la cabeza casi a ras del suelo—. Me
sacudió en todos los sentidos, pero no consiguió que lo soltara. Estaba muerto antes de que el hombre lo
partiera en dos trozos. Soy yo el que lo hizo. ¡Rikki-Tikki—tck—tck! Ven, pues, Nagaina, ven a luchar
conmigo. Tu viudedad se va a terminar enseguida.
Nagaina comprobó que había perdido la ocasión de matar a Teddy, y el huevo continuaba entre las
garras de Rikki-Tikki.
—Dame al último de mis huevos y me iré para no volver jamás —dijo ella, mientras se desinflaba
su capuchón.
—Sí, te irás para no volver. Porque te vas con Nag al basurero. ¡Lucha, pobre viuda! ¡El hombre
ha ido a buscar su escopeta! ¡Lucha!
Rikki-Tikki saltaba alrededor de Nagaina, cerca, pero siempre fuera de su alcance. Sus ojillos brillaban

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

como dos carbones encendidos. Nagaina se replegó sobre sí misma y se lanzó contra el. Rikki-Tikki
saltó hacia atrás. La cobra atacó unas cuantas veces más. Cada vez que lo hacía, su cabeza golpeaba contra
la estera del suelo de la galería. Luego se replegaba como si fuese la cuerda de un reloj. Entonces, Rikki-
Tikki empezó a dar vueltas alrededor de Nagaina, que lo seguía con la vista, girando la cabeza. Su cola
hacía un ruido parecido al de las hojas secas arrastradas por el viento.
Rikki-Tikki se había olvidado del huevo que permanecia en el suelo. Nagaina se fue acercando a
él, mientras Rikki-Tikki descansaba un poco, y acabó por cogerlo con la boca. Entonces se dirigió a las
escaleras y escapó como una flecha hacia el camino, perseguida por Rikki-Tikki. Cuando una cobra huye
de la muerte, adquiere la rapidez de una tralla* sobre el cuello de un caballo.
Rikki-Tikki debía atrapar a Nagaina o sus problemas comenzarían de nuevo. Ella escapaba en línea
recta hacia el arbusto espinoso, y Rikki-Tikki, al correr, oía que Dar zee seguía cantando su estúpido
himno triunfal. Pero su esposa era más inteligente. Voló desde su nido al encuentro de Nagaina, y empezó a
batir sus alas sobre la cabeza de la cobra. Ésta se contentó con desinflar su capuchón y continuó su camino.
Pero esos segundos perdidos permitieron que Rikki-Tikki la alcanzase, y cuando Nagaina se lanzó de cabeza
al agujero, parecido al de las ratas, en el que había vivido con Nag, los pequeños dientes blancos de la
mangosta hicieron presa en su cola, y se lanzó al interior de la madriguera detrás de ella. Muy pocas mangostas,
aunque sean muy viejas y muy listas, se atreven a seguir a una cobra cuando se mete en un agujero.
En ése, la oscuridad era total. Y Rikki-Tikki no sabía si aquel túnel podría ensancharse, y ofrecer a Nagaina
el espacio suficiente para revolverse y atacar. Siguió ferozmente enganchada, con las patas separadas para
que le sirvieran de freno en la pendiente de tierra caliente y húmeda.
Entonces, la hierba que crecía a la entrada del agujero dejó de moverse y Darzee gritó:
—Rikki-Tikki ha muerto. Cantemos un himno a su muerte. Ha muerto el valiente Rikki-Tikki, porque seguramente Nagaina lo matará bajo tierra.
Improvisó una lúgubre canción, pero cuando cantaba la parte más sombría y dolorida, la hierba
empezó a moverse y Rikki-Tikki, completamente sucio, salió tranquilamente del agujero, como si nada
hubiera pasado, limpiándose los bigotes. Darzee se paró, lanzando un grito. Rikki-Tikki, de una sacudida,
se quitó de encima parte del polvo y estornudó.
—Se acabó —dijo—, la viuda no volverá a salir.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Rikki-Tikki se ovilló sobre la hierba y se durmió al instante. Durmió y durmió hasta bien entrada
la tarde, porque el día había resultado muy fatigoso.
Ahora —dijo cuando se despertó—, me vuelvo a la casa. Cuenta todo al barbudo de frente roja,
Darzee, y él hará saber a todos los habitantes de jardín que Nagaina ha muerto.
El barbudo de frente roja es un pájaro que hace un ruido muy parecido al de un martillo sobre un
recipiente de cobre. Y si hace siempre ese ruido, se debe a que, en la India, es el pregonero en todos los
jardines, y lanza las noticias a los cuatro vientos a quien quiera escucharle. Al avanzar sobre el camino,
Rikki-Tikki le oyó decir:
—¡Atención! ¡Atención! —y luego, como si fuese un gong de mesa, en forma de notas sostenidas—:
¡Dingdong—tock! ¡Nag ha muerto... dong! ¡Nagaina ha muerto! ¡Ding—dong—tock!
Cuando Rikki llegó a la casa, Teddy, su madre, que seguía todavía muy pálida, porque se había
desmayado, y su padre salieron y estuvieron a punto de llorar sobre él. Y aquella tarde comió hasta hartarse,
todo lo que le ofrecieron. Luego, absolutamente lleno, se fue a la cama sobre un hombro de Teddy. Allí
seguía cuando su madre, bastante más tarde, entró para echar una ojeada.
—La mangosta nos ha salvado la vida, lo mismo que a Teddy —le dijo a su marido—. ¿Te das
cuenta? ¡Nos ha salvado la vida a los tres!
Rikki-Tikki se despertó sobresaltado. Todas las mangostas tienen el sueño ligero.
Ah, bueno, sois vosotros. ¿Qué os preocupa? Todas las cobras están muertas, y si no lo estuviesen,
aquí estoy yo.
Rikki-Tikki tenía derecho a sentirse orgulloso de sí mismo. Pero no se vanaglorió demasiado, y siguió
protegiendo el jardín como debe hacerlo una mangosta, con sus dientes, con sus saltos, con sus mordiscos.
Nunca una cobra más se atrevió a asomar la cabeza por el jardín.
MELOPEA DE DARZEE
(CANTADA EN HONOR DE RIKKI-TIKKI)
Yo, que soy sastre y cantor,
me siento feliz como nadie.
Lanzo mi orgullo al espacio,
satisfecho del nido que hago.
El compás de mi canto sube y baja,
como el suave balanceo de mi casa.
Arrullar puedo a tus pequeños,
madre. Sube tu canto hasta el cielo.
Ya no hay mal que nos azote.
La muerte y su capirote
se fueron de nuestro jardín.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

El terror que se escondía en las rosas,
ya no es más que una cosa
muerta y arrojada al estiércol.
Pero, ¿quién nos libró de él?
Dime su nombre y su nido.
Rikki-Tikki, siempre presta,
Rikki, con sus ojos encendidos,
Rikki-Tikki, la de los blancos colmillos,
Rikki-Tikki, la de ojos encendidos.
Que los pájaros la agasajen,
con sus colas bien extendidas.
Las notas del ruiseñor
se harán homenaje y preces.
Rikki-Tikki, la de ojos encendidos
y cola siempre henchida.
(En este punto, Rikki-Tikki interrumpió a Darzee
y se ha perdido el resto de la canción.)
Toomai el de los Elefantes
Quiero recordar lo que fui en otro tiempo.
Estoy enfermo de cadena y cuerda.
Recordaré mi antigua fuerza, y en el bosque mis grandes peleas.
Jamás venderé al hombre mi espalda por un puñado de azúcar de caña.
Huiré, y volveré con mis amigos, a las más altas montañas.
Caminaré toda la noche, hasta las luces del alba,
acariciado por el beso inmaculado del viento y de las aguas.
Olvidaré cadenas y grilletes, romperé mis crueles amarres,
volveré a visitar a mis amigos, ellos, libres como gavilanes.
DESDE HACÍA CUARENTA Y SIETE ANOS, Kala Nag, que quiere decir Serpiente Negra, servía
al gobierno de la India de todas las formas en las que un elefante puede hacerlo. Y como había cumplido
los veinte cuando le capturaron, tenía ya cerca de setenta años. Una buena edad para un elefante. Se
acordaba, por ejemplo, de haber tirado, con un grueso cojín de cuero que le protegía la frente, de un cañón
profundamente atascado. Y eso antes de la guerra de Afganistán, en 1842, n, cuando todavía no había alcanzado
la plenitud de su fuerza. Su madre, Radha Pyari, Radha la Bien Amada, que había sido capturada con
él, le había dicho, antes de que su hijo perdiera sus defensas de leche, que los elefantes miedosos siempre
están expuestos al daño. Kala Nag sabía que se trataba de un buen consejo, porque la primera vez que vio
estallar un obús*, retrocedió con un enorme bramido y cayó sobre unos fusiles, con la bayoneta* calada,
que formaban una especie de cono. Le pincharon en lo más delicado del cuerpo. Por eso, antes de cumplir
los veinticinco años, no tenía miedo a nada, de manera que se había convertido en el preferido

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

y mejor cuidado
de todos los elefantes al servicio del gobierno de la India. Había transportado tiendas de más de seiscientos
kilos, en una marcha emprendida por el norte de la India. Le habían izado a un navío con una grúa,
y después de dos días de travesía, le habían hecho llevar sobre lomos un mortero, en un país extraño y rocoso,
muy lejos del suyo. Había visto al emperador Teodoro, tendido sin vida en Magdala. Luego había
vuelto, siempre a bordo del navío, merecedor, como dicen los soldados, de la medalla al mérito en la guerra
de Abisinia. Diez años más tarde vio morir a sus hermanos de frío, de epilepsia, de hambre y de insolación
en un lugar llamado Aki Musjid. Después, le enviaron a miles de kilómetros al sur para transportar y almacenar
enormes vigas de madera de teca en los inmensos almacenes de Moulmein. Estuvo a punto de morir
por el ataque de un joven elefante que se insubordinó. Más tarde, le retiraron de los almacenes para que
ayudara, junto con algunas docenas de congéneres, entrenados para esa tarea, en la captura de elefantes
salvajes en los montes Gato. En la India, los elefantes gozan de una protección del gobierno, que ha dictado
unas leyes muy severas para conseguirlo. Hay todo un servicio ministerial que se ocupa exclusivamente de
perseguirlos, capturarlos, domarlos y enviarlos a los cuatro puntos cardinales del país, allí donde se necesite
su trabajo.
Kala Nag medía algo más de tres metros de altura. Le habían cortado las colmillos, dejándoselos
de un metro y medio de largo. Y habían rodeado el extremo de los mismos con unos anillos de cobre, para
evitar que se le astillaran. Pero podía hacer lo mismo, con esa especie de muñones, que cualquier otro elefante
salvaje con sus colmillos enteros y afilados como puntas de acero.
Pasaba interminables semanas obligando a subir montañas a elefantes dispersos, orientándolos con
grandes precauciones, hasta que los cuarenta o cincuenta monstruos salvajes eran engañados, penetraban en
la última corraliza*, y la enorme puerta, formada por gruesos troncos, caía con estrépito detrás del último,
impidiéndoles toda posibilidad de huida. A una señal dada, Kala Nag entraba en aquella especie de pandemonium*
inquieto y bramador, normalmente de noche, cuando la luz vacilante de las antorchas dificulta el
cálculo de las distancias, escogía al adulto mayor y más agresivo, y le reducía al silencio a fuerza de golpes
y topetazos, mientras los hombres, montados en otros elefantes, inmovilizaban con cuerdas a

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

los más pequeños.
No había nada en el arte de combatir que no supiera Kala Nag, el viejo y astuto Serpiente Negra,
pues en más de una ocasión había hecho frente a tigres heridos. Enroscaba cuidadosamente la trompa, para
ponerla al abrigo de todo peligro, y lanzaba al aire, tirándolo de costado, al temible felino, con un rápido
movimiento de cabeza, un golpe como de hoz que había inventado él mismo. Lo arrojaba por tierra y se
arrodillaba sobre él con todo el peso de sus enormes rodillas, hasta la muerte del peligroso animal, momento
que acompañaba con un suspiro y un rugido. Allí quedaba sobre la tierra, abandonada, una masa casi
viscosa, peluda y rayada, que Kala Nag se limitaba luego a arrastrar por la cola.
—Sí —decía Toomai padre, su cornac, hijo de Toomai el Negro, que lo había llevado a Abisinia, y
nieto de Toomai el de los Elefantes, que había asistido a su captura—, a nada teme Serpiente Negra, salvo a
mí. Tres de nuestras generaciones lo han alimentado y cuidado, y verá una cuarta.
—También me teme a mí —dijo Toomai, el pequeño, estirándose para mostrar su altura, que sobrepasaría
escasamente un metro veinte; llevaba por toda ropa un trapo liado al cuerpo.
Tenía diez años. Era el hijo mayor de Toomai, y, según la costumbre, reemplazaría a su padre sobre
el cuello de Kala Nag cuando se hiciera mayor y fuera capaz de manejar el ankus, la pesada aguijada*
para elefantes, hierro que habían pulido, gracias al uso, su padre, su abuelo y su bisabuelo. Sabía lo que
decía. Había nacido a la sombra de Kala Nag, había jugado con su trompa antes de aprender a andar, le
había llevado al abrevadero en cuanto unió dos pasos, y Kala Nag jamás habría soñado en desobedecer las
órdenes de su débil voz aguda, como tampoco soñó en matarlo cuando Toomai, el padre, acercó al moreno
recién nacido hasta sus defensas y le ordenó saludar a su futuro dueño.
—Sí —dijo el pequeño Toomai—, me teme —luego se aproximó a Kala Nag a grandes zancadas,
le insultó llamándole cerdo grasiento, y le hizo levantar las patas una tras otra—. Bueno —continuó—, tú
eres un gran elefante —movió su cabeza greñuda, y repitió lo que había escuchado de su padre:
Aunque el gobierno pague los elefantes, en realidad son nuestros, de los cornacs. Cuando seas viejo,
Kala Nag, vendrá un rajá rico, te comprará por tu talla y tus buenas maneras, y entonces sólo tendrás
que llevar aros de oro en las orejas, una gran silla dorada sobre el lomo, una gualdrapa* en los flancos, y
abrir la marcha en los desfiles reales. Yo iré sentado sobre tu cuello, amigo Kala Nag,

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

sujetando un *ankus*
de plata, y los hombres nos precederán con bastones de oro gritando: «¡Abrid paso al elefante del rey!».
Será maravilloso, Kala Nag, pero no tan agradable como cazar en la jungla, como lo hacemos ahora.
—¡Bueno! —dijo Toomai, el padre—. Eres todavía un niño, y tan salvaje como un búfalo joven.
Correr por parajes desolados no es el mejor empleo al servicio del gobierno. Me hago viejo y no me gustan
los elefantes salvajes. Que me construyan unas cuadras de ladrillo, con un compartimento para cada elefante,
unas grandes estacas para amarrarlos bien, y caminos anchos y largos para hacer ejercicio en vez de ese
perpetuo ir y venir de un campamento a otro. Los cuarteles de Cawnpore eran muy agradables. Muy cerca
de las cuadras había un bazar y sólo teníamos que trabajar tres horas al día.
El pequeño Toomai recordó la zona de Cawnpore, y calló. Prefería con mucho la vida en el campamento,
y detestaba esos caminos anchos y largos, así como los grandes fardos de forraje que había que
recoger en los sitios señalados, y las horas interminables en las que no había nada que hacer excepto mirar
a Kala Nag, que se movía impaciente entre las estacas que lo tenían casi inmovilizado.
Lo que le gustaba al pequeño Toomai era subir por pistas que sólo un elefante se atreve a ascender,
y los descensos casi vertiginosos hasta el fondo de los valles; la visión fugaz de los elefantes salvajes al
pastar; el sálvese quien pueda del jabalí y del pavo real, asustados por las pisadas de Kala Nag; las lluvias
tibias y cegadoras que hacían humear las montañas y los valles; las mañanas de niebla, cuando nadie sabía
dónde montarían el campamento por la noche; las batidas incansables, llenas de precauciones, y la última
tarde, la carrera loca, el ruido salvaje y la barahúnda desenfrenada, cuando los elefantes, asustados, se precipitan
a la empalizada* como piedras desprendidas al azar por una avalancha, y al descubrir que no pueden
salir, se lanzan enloquecidos contra los enormes troncos, de los que se los aleja a fuerza de gritos, de
antorchas llameantes que se blanden ante ellos, y de cartuchos de pólvora, descargados sobre sus enormes
cuerpos.
Allí, hasta un niño podía ser útil, y Toomai valía por tres. Cogía su tea encendida, la agitaba y chillaba
con los más valientes. Pero el mejor momento era cuando comenzaban a salir los elefantes, y la *keddah,*
es decir, el corral formado por la empalizada, parecía el retrato del fin del mundo. Los hombres tenían

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

que comunicarse por señas, porque era imposible hacerse oír. Entonces, el pequeño Toomai —cubierta la
espalda con el cabello desteñido por el sol— trepaba a lo alto de un poste sacudido por las vibraciones,
desde donde, iluminado por las antorchas, parecía un duende. Cuando el tumulto remitía por un momento,
se oían los agudos gritos de ánimo que le lanzaba a Kala Nag, dominando el barritar, el ruido, el chasquear
de las cuerdas y los bufidos de los elefantes atados.
—*¡Mail, mail,* Kala Nag! *¡Dant do! ¡Somalo! ¡Maro! ¡Mar!* ¡Cuidado con el poste! *¡Arré! ¡Arré!*
¡Hai! i Ya¡! ¡Hiaa—ah! —gritaba, mientras el combate, que parecía a muerte, en el que estaban enzarzados
Kala Nag y el elefante salvaje, se desarrollaba por toda la extensión de la gran corraliza; y los cazadores
veteranos se secaban el sudor que les caía a los ojos con el tiempo justo para hacer una señal con la cabeza
al pequeño Toomai, que bailaba de alegría en lo alto del tronco.
Pero no se contentaba con bailar. Una noche se deslizó desde su tronco, se coló en el terreno de los
elefantes, y arrojó a un cornac el cabo de una cuerda, que había recogido. Kala Nag lo vio, lo rescató con su
trompa y se lo entregó a Toomai, el padre, que le dio un pescozón y lo devolvió a su sitio.
A la mañana siguiente le riñó.
—¿No te bastan unos establos estupendos, construidos con ladrillos, o transportar tiendas, que pareces
necesitar ir a robar los elefantes de tu propio jefe, como si fueras un furtivo? Y para que te vayas enterando,
los imbéciles de los cazadores, que cobran menos que yo, han ido con el cuento a Petersen Sahib.
Al pequeño Toomai le entró miedo. No sabía demasiado sobre los blancos, pero Petersen Sahib, a
sus ojos, era el blanco más importante del mundo entero. Era el jefe de todas las operaciones de la *keddah:*
el hombre que capturaba a todos los elefantes para el gobierno de la India, y que sabía, sobre sus costumbres,
más que nadie en este mundo.
—¿Qué... qué va a suceder? —preguntó el pequeño Toomai.
—Lo peor que puedas imaginarte. Petersen Sahib es un insensato. Y si no, ¿por qué se iba a dedicar
a la caza de esos demonios furiosos? Quizá exija que empieces a cazar elefantes, que duermas en cualquier
sitio, en junglas infestadas de fiebres, para terminar pisoteado hasta morir en la *keddah.* Ha sido una
suerte que esta historia absurda haya terminado sin incidente alguno. La semana próxima finalizarán las
capturas y nosotros seremos enviados a nuestros respectivos hogares. Pero, hijo, estoy muy enfadado al

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

comprobar que te inmiscuyes en el trabajo de los Assamais, esa gentuza de la jungla. Kala Nag me obedece
a mí solamente. Por eso entro yo con él en la *keddah.* Pero sus labores se reducen al combate, no ayuda a
inmovilizar a los otros. Así, yo me siento a gusto, sentado, como corresponde a un cornac. No como un
simple cazador, sino, lo has oído bien, como un cornac, un hombre al que se le da una pensión cuando termina
sus servicios. ¿Va a resultar que la familia de Toomai el de los Elefantes sólo sirve para ser pisoteada
en el fango de la *keddah?* ¡Fuera de aquí, perdido, desastrado, degenerado! Anda y asea a Kala Nag, mírale
bien las orejas, y cuida de que no tenga espinas en los pies. De lo contrario, Petersen te prenderá, y hará de
ti un cazador, un mero ojeador de elefantes, de esos que siguen sus huellas, un oso de la jungla. ¡Puafffl
¡Vete de aquí ahora mismo!
El pequeño Toomai se fue sin decir palabra, pero le contó todas sus penas a Kala Nag mientras
examinaba sus plantas.
—¿Qué me importa? —dijo el pequeño Toomai, levantando el borde de la enorme oreja derecha
de Kala Nag—. Me han acusado ante Petersen Sahib y quizá... quizá... quizá... ¿quién sabe? Oye, mira qué
espina acabo de arrancarte.
Siguieron a éste unos cuantos días empleados en reunir a los elefantes; en obligarlos a caminar para
que no se comportaran locamente en la bajada hacia los llanos, y en hacer inventario de las mantas, cuerdas
y otros objetos estropeados o perdidos en el bosque.
Petersen Sahib llegó sobre su montura, Pudmini, una elefanta de gran inteligencia. Había pagado a
los empleados de otros dos campamentos, situados en las montañas, porque la estación tocaba a su fin, y,
ahora, un encargado indígena, sentado a una mesa colocada bajo un árbol, entregaba el salario a los cazadores.
Cada hombre, una vez conforme, regresaba junto a su elefante, y se colocaba en la fila que estaba a
punto de emprender la marcha. Los ojeadores y domadores, los hombres que tenían un puesto fijo en la
keddah, que pasaban todo el año en la jungla, estaban montados en los elefantes que formaban parte de los
efectivos regulares de Petersen Sahib. O se apoyaban contra los árboles, descansando el fusil al brazo, se
burlaban de los cornacs que se iban, y se reían cuando los animales recién capturados rompían las filas y
echaban a correr.
Toomai, el padre, se acercó al contable, seguido del pequeño Toomai, y Machua Appa, el jefe

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

de
los ojeadores, dijo en voz baja a uno de sus amigos:
Ahí va uno que está hecho de la pasta de los buenos cazadores. Es una pena que a ese gallito de la
jungla lo releguen ahora a mudar el plumaje en los llanos.
Petersen Sahib estaba muy atento a todo lo que pasaba y se decía, como debe ser cuando se acecha
al animal más silencioso que existe, el elefante salvaje. Se vol vió sobre el lomo de Pudmini, donde estaba
echado cuan largo era.
—¿Qué? No sabía que entre los cornacs de los llanos hubiera alguien capaz de enlazar a un elefante,
ni siquiera después de muerto.
—No se trata de un hombre, sino de un chico. Entró en la *keddah,* en la última cacería, y le lanzó
la cuerda a Barmao, que intentaba separar de su madre al joven macho que tiene una mancha en la paletilla.
Machua Appa señaló con el dedo al pequeño Toomai, Petersen Sahib lo miró y Toomai hizo una
profunda reverencia, a modo de saludo, tocando casi el suelo con la cabeza.
—¿Él? ¿Lanzar una cuerda? ¡Pero si es más pequeño que una estaca! Niño, ¿cómo te llamas? —le
preguntó Petersen Sahib.
Toomai estaba demasiado asustado para hablar, pero Kala Nag se hallaba detrás de él. Toomai le
hizo una señal con la mano, el elefante lo levantó con la trompa y lo mantuvo a la altura de la frente de
Pudmini, de cara al gran Petersen Sahib. Entonces Toomai se cubrió el rostro con las manos, porque no era
más que un niño, y salvo en lo tocante a los elefantes, era tan tímido como un muchacho.
—¡Oh! —dijo Petersen Sahib, sonriendo bajo su bigote—. ¿Y cómo le has enseñado a un elefante
a hacer eso? ¿Para robar el trigo verde, que se seca sobre el tejado de las casas?
—Trigo verde no, protector del pobre..., pero sí melones —contestó Toomai.
Cuando lo oyeron, todos los hombres que estaban sentados por allí cerca rompieron a reír. La mayor
parte de ellos, cuando tenía su edad, había enseñado el mismo truco a los elefantes. Toomai estaba suspendido
a más de dos metros del suelo, pero en aquel momento le habría gustado estar a dos metros bajo
tierra.
—Sahib, es Toomai, mi hijo —dijo Toomai, el padre, frunciendo el ceño—. Este chico es una cosa
mala, y acabará en prisión, Sahib.
—Permíteme dudarlo —respondió Petersen Sahib—. Un niño capaz de enfrentarse a toda una *keddah* a su edad, no acaba en la cárcel. Mira, muchacho, aquí tienes cuatro *annas* para que te compres
dulces, porque tienes un cerebro pequeño, pero excelente, bajo esa melena. Llegado el

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

momento, es posible
que te conviertas en un gran cazador.
Toomai, el padre, frunció el entrecejo más que nunca.
—Sin embargo —prosiguió Petersen Sahib—, no quiero que olvides nunca que las *keddah* no se
hacen para jugar.
—¿No podré entrar nunca, Sahib? —preguntó Toomai, lanzando un suspiro.
—Ven a buscarme cuando hayas visto bailar a los elefantes —Petersen Sahib sonrió de nuevo—, y
te dejaré entrar en todas las *keddah.*
Estalló la risa, porque lo de «ver bailar a los elefantes» es un dicho cómico muy antiguo que significa
nunca. En lo más profundo de los bosques hay grandes claros lla mados salas de baile de los elefantes,
pero eso es lo único que se sabe sobre sus danzas. Y aún más, esos lugares se han descubierto por pura casualidad,
y todavía nadie ha visto bailar a los elefantes. Cuando un cornac se vanagloria de su habilidad y
de su valor, los otros le preguntan: «¿Cuándo has visto tú bailar a los elefantes?».
Kala Nag depositó en tierra a Toomai, quien de nuevo saludó hasta rozar el suelo con la frente, salió
con su padre, y entregó a su madre la moneda de cuatro *annas.* Su madre amamantaba al hermano pequeño
de Toomai. Todos se acomodaron sobre el lomo de Kala Nag, y la columna ondulante de elefantes
descendió, entre bramidos y gritos agudos, por el sendero que conduce a los llanos. Fue un viaje muy movido
gracias a los nuevos, que, en cada vado, causaban problemas, y a quienes continuamente había que
animar o golpear.
Toomai, el padre, aguijoneaba duramente a Kala Nag porque estaba consumido por la rabia. Pero
el pequeño Toomai se sentía demasiado feliz para hablar. Había llamado la atención de Petersen Sahib, éste
le había dado dinero, y se imaginaba como un soldado raso, entresacado de las filas para recibir los elogios
de su comandante en jefe.
—¿Qué quería decir Petersen Sahib cuando se refirió al baile de los elefantes? —terminó por preguntar
a su madre con un tono lleno de dulzura.
Toomai, el mayor, le oyó y lanzó un gruñido. —Que tú jamás debes convertirte en uno de esos bufalos
de montaña que son los rastreadores. Eso quería decir. ¡Vamos! ¡Adelante! ¿Por qué nos detenemos?
Un cornac se volvió furioso, dos o tres elefantes por delante, gritando:
—Trae aquí a Kala Nag, y que de unos cuantos golpes a este joven que llevo, para enseñarle a comportarse como es debido. ¿Por qué ha tenido que escogerme a mí Petersen Sahib, a mí, para bajar con

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

vosotros, burros de los arrozales? Pon en línea tu elefante con el mío, Toomai, y que le meta sus colmillos
en la piel. Por todos los dioses de las montañas, estos nuevos elefantes están poseídos por el maligno, o
bien es que olfatean a sus compañeros que siguen en la selva.
Kala Nag golpeó en las costillas a aquel elefante salvaje, y le dejó sin respiración, mientras decía
Toomai, el padre:
—Con la última captura hemos barrido de estas montañas a los elefantes. La culpa la tienes tú, que
no sabes guiarlo. ¿Es que tengo yo la obligación de mantener el orden en toda la columna?
—Escuchad —dijo el otro cornac—. ¡Hemos barrido las montañas! ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Sabéis mucho
vosotros, hombres de la llanura! Todo el mundo, salvo un negado que jamás ha visto la jungla, sabría que
los elefantes han intuido que se han acabado las batidas de esta estación. En consecuencia, esta noche, todos
los elefantes salvajes... Pero ¿para qué malgastar mi sabiduría con una tortuga de agua dulce?
—¿Qué van a hacer? —gritó el joven Toomai.
—¡Pequeño! ¿Estás ahí? Te lo voy a decir porque tienes la cabeza fría. Van a bailar, y tu padre,
que ha barrido la montaña de elefantes, hará muy bien en poner una cadena doble a las patas de los animales
esta noche.
—¿Qué cuento es ése? Hace cuarenta años que, de padres a hijos, nos ocupamos de los elefantes, y
jamás hemos escuchado historias sobre esos bailes.
—Sí, pero es que un hombre de las llanuras que vive en una cabaña, no conoce más que sus cuatro
muros. Bien, destraba a tus elefantes esta noche, y verás lo que pasa. En cuanto a su danza, he visto el sitio
en el que... *¡Bapree-Bap!* Pero ¿cuántos meandros hace este endiablado Di-hang? He aquí otro vado, que
los elefantillos deberán cruzar a nado. Alto, vosotros, atrás.
Y así, charlando, discutiendo y chapoteando en los ríos que tenían que vadear, cubrieron la primera
etapa, que desembocaba en una especie de campamento de acogida para los elefantes nuevos, que habían
perdido la paciencia mucho antes de llegar. Allí los encadenaron a todos por las patas traseras a unos postes
gruesos y cortos (a los nuevos, con unas cuerdas suplementarias), y les pusieron el forraje a su alcance. A
las doce del día siguiente, los cornacs de montaña se volvieron adonde estaba Petersen Sahib, después de
haber recomendado a los cornacs de las llanuras que redoblasen su atención esa noche, y se echaran a reír
cuando les preguntaron por qué.
El joven Toomai se encargó de dar de comer a Kala Nag y, a la caída de la tarde, recorrió el

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

campamento.
Con una felicidad que no le cabía en el cuerpo se fue en busca de un tamtan. Cuando un niño indio
tiene el corazón henchido, no se pone a correr como un loco, ni a armar alboroto. Se sienta y se regala
algo parecido a una fiesta para él solo. ¡Al pequeño Toomai le había dirigido la palabra Petersen Sahib! Si
no hubiera encontrado lo que buscaba, habría estallado. Pero el comerciante que vendía dulces en el campamento
le prestó un tamtan —esos tamborcillos que se golpean con la palma de la mano—, se sentó con
las piernas cruzadas delante de Kala Nag, cuando las estrellas salieron a saludar brilantes a la noche, con el
tamtan sobre las rodillas, y empezó a tocar sin descanso. Y cuanto más pensaba en el gran honor que se le
había hecho, más tocaba, él solo, sentado en uno de los montones de forraje destinados a los elefantes. Todo
era silencio a su alrededor, y tocar le hacía feliz.
Los elefantes nuevos tiraban de las cuerdas, lanzaban de cuando en cuando fuertes barritos, que
parecían más bien lamentos, y escuchó que su madre, en la barraca central del campamento, intentaba dormir
a su hermano pequeño entonando una canción muy antigua, muy antigua, sobre el gran dios Siva, que
en otro tiempo prescribió a los animales lo que tienen que comer. Es una canción de cuna relajante, y he
aquí su primera estrofa:
Siva, sembrador de cosechas y dueño de los vientos,
sentado al iniciarse un nuevo día, hará mucho tiempo,
dio a cada uno su parte, comida, trabajo y destino,
desde el rey omnipotente hasta el más pobre mendigo.
Todo nos lo ha dado el más alto dios, Siva.
¡Mahadeo! ¡Mahadeo! Lo hizo todo.
Al camello, la joroba, para los bueyes la hierba,
y para ti, mi niño, mi pecho de madre tierna.
Toomai la acompañaba con un alegre tonc-tonc al final de cada verso, hasta que, sin poder aguantar
el sueño, se acostó sobre la hierba junto a Kala Nag. Finalmente, los elefantes se acostaron, uno tras
otro, según su costumbre, dejando a Kala Nag, el último de su fila por la derecha, de pie, balanceándose
con suavidad con las orejas hacia delante, atentas al viento nocturno que soplaba dulcemente desde las
montañas. El aire mecía los sonidos de la noche, que, juntos, creaban un gran silencio: el entrechocar de las
cañas de bambú, el fru-fru que produce el correr de algo entre los matorrales, el arañar y el grito ronco de
un pájaro medio dormido —los pájaros velan durante la noche más a menudo de lo que nos

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

imaginamos—,
una caída de agua prodigiosamente lejana... El pequeño Toomai durmió un rato, y cuando se despertó, la
luz de luna resplandecía y Kala Nag seguía de pie, con sus orejas alerta. El muchacho se dio la vuelta,
haciendo crujir la hierba, y contempló la enorme curva del espinazo del elefante, que le ocultaba la mitad
de las estrellas. Entonces oyó algo, como si el espesor del silencio fuera atravesado por un alfiler. Era como
el sonido de un cuerno de caza, pero emitido por un elefante salvaje.
Todos los elefantes, bien alineados, se levantaron de un salto, como alcanzados por un tiro. Sus
barritos acabaron por despertar a los cornacs, que salieron, hundieron las piquetas con la ayuda de grandes
martillos, tendieron aquí una cuerda y anudaron allá otra. Todo recobró la tranquilidad. Uno de los elefantes
nuevos casi había arrancado su poste. Toomai, el padre, liberó a Kala Nag, para trabar a otro animal,
contentándose con deslizar una simple cuerda de fibra alrededor de la pata de su elefante y recordándole
después que continuaba atado. Su padre y su abuelo habían hecho lo mismo cientos de veces antes que el.
Kala Nag no respondió la orden con su gargarismo habitual. Se quedó inmóvil, mirando a lo lejos, a un
lugar iluminado por la Luna, con la cabeza ligeramente levantada y las orejas desplegadas como gigantes
abanicos hacia las enormes ondulaciones de los montes Gato.
—Ocúpate de el si se agita durante la noche —dijo Toomai, el padre, a Toomai, su hijo.
Después volvió al cobertizo y se durmió. El pequeño Toomai también iba a dormirse, cuando oyó
que la cuerda de coco se rompía con un ruido seco. Y Kala Nag se separó lenta, silenciosamente de su poste,
como se desliza una nube hacia la desembocadura de un valle. El pequeño Toomai se puso a correr detrás
de él, a la luz de la Luna, llamándole en voz baja:
—¡Kala Nag! ¡Kala Nag! ¡Llévame, Kala Nag!
El elefante se volvió sin hacer ruido alguno, dio tres pasos hacia atrás para encontrarse con el niño,
bajó su trompa, lo levantó rápidamente, lo depositó sobre su lomo, y sin apenas darle tiempo de aferrarse a
sus costados con las rodillas, se internó en el bosque.
Se produjo entonces, en las filas de los elefantes, un barritar furioso. Luego, el silencio se cerró y
Kala Nag se puso en marcha. A veces, un haz de hierba alta le barría los flancos como una ola azota los
costados de un barco; otras notaba que una rama colgante de pimienta silvestre le arañaba el lomo, o bien
una caña de bambú se rompía por donde él había metido antes sus hombros. Pero se

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

desplazaba sigilosamente,
avanzando por el espeso bosque de Gato como a través de una humareda. Subía, pero aunque el
pequeño Toomai se había fijado en las estrellas, que se veían entre los claros, no podía adivinar en qué dirección
iban.
Después, Kala Nag llegó a la cima de una ladera y se paró un momento. Toomai distinguía las puntas de los árboles, una enorme piel extendida a lo largo de kilómetros y kilómetros a la claridad de la
Luna, y la bruma de un blanco azulado sobre el río, al fondo, muy lejos. Se inclinó hacia delante y miró. Y
se dio cuenta de que el bosque se había despertado y bullía de vida y ruidos. Un gran murciélago marrón,
de los que comen fruta, pasó rozándole una oreja. Un puerco espín entrechocó sus púas, que resonaron en la
espesura. Y en la oscuridad, entre los árboles, escuchó cómo un jabalí hocicaba y resoplaba con tremenda
impaciencia entre la tierra húmeda y caliente.
Después las ramas se cerraron por encima de el. Kala Nag partió lentamente. Luego descendió al
valle, ya no con un paso tranquilo, sino como un cañón loco sobre un talud abrupto. Sus enormes miembros
se movían con la regularidad de los pistones de un motor, cubriendo más de dos metros de una sola zancada,
y la piel de su espalda crujía al formar enormes arrugas en las articulaciones. La maleza se abría violentamente
ante el avance del elefante, con un ruido de tela rasgada. Los árboles jóvenes, que apartaba con sus
hombros, a derecha e izquierda, se enderezaban de golpe y le azotaban los costados. Como lanzaba la cabeza
a un lado y a otro para abrirse paso, larguísimas guirnaldas de lianas se enredaban en sus defensas. Entonces,
el pequeño Toomai se aplastó sobre la enorme nuca, por miedo de que una rama, en su balanceo, lo
arrojara al suelo. En ese momento le habría gustado mucho encontrarse en el campamento.
La hierba se hacía esponjosa por el agua. Los pies de Kala Nag, al afirmarse en el suelo, hacían un
ruido, primero de chapoteo, y luego de ventosa. La bruma noc turna, en el fondo del valle, casi entumecía
de frío al pequeño Toomai. Se notó un chapuzón y un pisoteo, y una corriente de agua. Kala Nag entró en
el río a grandes zancadas, tanteando con mucho cuidado el camino que tenía que seguir.
Por encima del rumor del agua, que hacía remolinos en las patas del elefante, Toomai escuchó más
chapuzones y barritos, que le llegaban de los dos extremos del río. La neblina, a su alrededor, parecía llena
de sombras ondulantes y sinuosas.
—¡Ah! —se le escapó a media voz, castañeteando los dientes—. El pueblo elefante está en

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

vela
esta noche. Seguro que habrá baile.
Kala Nag salió del agua haciendo mucho ruido, vació la trompa y continuó la ascensión. Pero ahora
ya no estaba solo, ni tenía que abrirse camino. Ya estaba hecho. En una extensión bastante grande, justo
delante de él, la hierba de la jungla, tumbada, parecía intentar recobrar su fuerza y levantarse de nuevo.
Muchos elefantes debían haber pasado por allí hacía escasos minutos. El pequeño Toomai se volvió: detrás
de él un enorme adulto salvaje, con unos ojos de cerdo que brillaban como carbones encendidos, salía de
las aguas del río cubiertas por la niebla. Después los árboles se cerraron a su alrededor y continuaron la
ascensión, en medio de barritos y ruidos de ramas rotas.
Al final, Kala Nag se paró entre dos troncos en lo más alto de la montaña. Formaban parte de un
círculo de árboles que delimitaba un espacio irregular de alre dedor de dos hectáreas, y, en toda aquella
explanada, como constató el pequeño Toomai, el suelo, de tan apisonado, estaba tan duro como un ladrillo.
Algunos árboles habían crecido en el centro del claro, pero su corteza había desaparecido, y la madera
blanca de debajo aparecía completamente pulida y brillante bajo las manchas de la luz de la luna. Algunas
lianas se descolgaban desde las ramas más altas, y sus flores blancas, enceradas, y semejantes a clemátides,
descendían como embebidas en un profundo sueño. Pero en el claro no había la más mínima brizna de hierba,
sólo tierra apisonada.
La luz de la luna daba a todo un tono gris acerado, salvo a los sitios donde había elefantes, cuyas
sombras eran oscuras como tinta. El pequeño Toomai miraba, conteniendo el aliento, con los ojos saliéndosele
de las órbitas. Y mientras miraba, los elefantes, cada vez más numerosos, avanzaban con paso rítmico
hacia el claro, emergiendo de entre los troncos de los árboles. El pequeño Toomai no sabía contar más que
hasta diez. Contó y recontó con los dedos, pero acabó por perder la cuenta de las decenas, y se hizo un lío.
Desde el otro lado le llegaba el ruido de los elefantes, que aplastaban la maleza, subiendo con dificultad la
pendiente. Pero en cuanto llegaban al interior del círculo se movían como fantasmas.
Había machos salvajes con blancas defensas, con frutos, ramas y hojas entre los pliegues de la piel
del cuello y en las orejas. Había gruesas hembras, solemnes en su caminar, acompañadas por elefantillos,
unas crías vocingleras con la piel de un negro rosado y una altura de algo más de un metro,

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

que corrían bajo
sus vientres. Y jóvenes cuyos colmillos, de los que se sentían muy orgullosos, empezaban a apuntar. También
había viejas damas descarnadas, con caras angulosas e inquietas trompas rugosas, como de corcho.
Viejos machos orgullosos y fieros, con unas cicatrices que cubrían sus paletillas y costados, con ronchas de
heridas mal curadas, rastro de viejas peleas, que afeaban sus cuerpos, y les caían de las espaldas grandes
plastones de lodo, recuerdo de los solitarios baños de barro. Uno de ellos, con una defensa rota, tenía en el
costado la señal de un gran golpe: el hueco terrible que dejan, al retirarse, las garras de un tigre.
Allí estaban de pie, cabeza con cabeza, o paseando arriba y abajo por el campo en parejas, o haciendo extraños y suaves movimientos o meciéndose en soledad, y había docenas.
Toomai sabía que mientras se quedara inmóvil sobre el lomo de Kala Nag, no le pasaría nada. Porque ni siquiera en la barahúnda tremenda de una *keddah,* jamás un elefante salvaje levanta la trompa
para descabalgar a un hombre del cuello de un elefante domesticado. Y esos elefantes pensaban entonces en
cualquier cosa, menos en los hombres. Durante un momento se pusieron tensos, con las orejas dirigidas
hacia delante, al oír unos ruidos metálicos en el bosque. Pero se trataba de Pudmini, la elefanta favorita de
Petersen Sahib, que había partido limpiamente la cadena, y subía la cuesta gruñendo y resoplando. Debía de
haber roto los postes y llegado directamente de su campamento. El pequeño Toomai vio a otro elefante, al
que no conocía, cuyo lomo y pecho tenían profundas desolladuras, producidas por las cuerdas. Él también
parecía haberse escapado de alguno de los campamentos de los alrededores. Finalmente no se escuchó a
elefante alguno avanzar por el bosque. Entonces, con su paso ondulante, Kala Nag abandonó el lugar en el
que se encontraba, entre los árboles, para mezclarse con la multitud, entre cloqueos y ásperos susurros guturales.
A continuación, todos los elefantes empezaron a moverse y a charlar en su lengua.
Siempre recostado, el pequeño Toomai descubrió, al bajar la mirada, docenas y docenas de lomos
enormes, de orejas que se batían nerviosas, de trompas en movimiento, y de ojillos inquietos. Escuchó el
ruido del entrechocar de los colmillos, el susurro de sus trompas al entrelazarse, el roce de los costados y de
los hombros enormes de aquella multitud, mientras las colas golpeaban y cortaban el aire, produciendo un
silbido seco. Luego, una nube cubrió la luna y se hizo noche cerrada. Pero los elefantes no dejaron por eso
de empujarse, de apretarse los unos contra los otros, de emitir aquellos ruidos guturales, con

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

el mismo ritmo
tranquilo y regular. Kala Nag estaba totalmente rodeado y Toomai no tenía posibilidad alguna de salir
de aquella reunión descolgándose del cuello del elefante. Cerró los dientes y sintió un escalofrío. En una
keddah tenía, al menos, las luces de las antorchas, y los gritos. Pero aquí estaba solo en medio de las tinieblas
y, además, una trompa le había tocado la rodilla.
Un elefante lanzó un barrito que todos los demás secundaron durante cinco o diez segundos terribles.
El rocío caía desde los árboles sobre los lomos invisibles, en forma de gruesas gotas de lluvia, y se
elevó un ruido sordo, suave al principio, que el pequeño Toomai no pudo reconocer. Pero el ruido creció, y
Kala Nag levantó una de sus patas delanteras, luego la otra, y después las afirmó en el suelo, uno, dos, uno,
dos, con la regularidad de un martillo pilón. Ahora, los elefantes golpeaban el suelo todos a la vez, y aquello
sonaba como un conjunto de tambores guerreros a la entrada de una caverna. El rocío cayó de los árboles
hasta la última gota, y el ruido continuó. La tierra parecía retemblar hasta sus entrañas. Toomai se tapó
los oídos, pero entonces una trepidación única y gigantesca le atravesó de parte a parte. Era el martilleo de
centenares de pies sobre la tierra desnuda. Una o dos veces notó que Kala Nag y los demás se adelantaban
unos cuantos pasos. Los golpes sordos se convertían en un rumor de vegetación llena de savia, pisoteada.
Al cabo de un par de minutos, el estruendo se reanudaba. Un árbol pareció rajarse o lamentarse cerca del
niño. Extendió los brazos y tocó la corteza, pero Kala Nag avanzó, siempre golpeando con las patas. Ya no
sabía en qué claro del bosque se encontraba. Ya no le llegaba ningún sonido. Sólo una vez uno o dos elefantillos
lanzaron un vagido. Entonces escuchó un ruido sordo, un frotar de pies y el clamor continuó. Duró
dos horas enteras, y al pequeño Toomai le dolía todo el cuerpo. Pero por el olor del aire sabía que la aurora
estaba cerca.
Nació el día, un manto rojo pálido detrás de las montañas, y el ruido cesó con el primer rayo, como
si la luz hubiera sido una orden. El estruendo seguía aún reso nando en su cabeza, y el pequeño Toomai
todavía no había cambiado de posición, cuando ya no se veía a elefante alguno, salvo a Kala Nag, Pudmini
y al que llevaba las señales de las cuerdas. Ninguna marca, ni roce, ni murmullo sobre las pendientes, indicaba
dónde estaban los demás.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

El pequeño Toomai siguió mirando fijamente, con unos ojos desorbitados. El claro del bosque se
había agrandado. Los árboles eran más numerosos en el centro, pero, a los lados, toda la maleza, y hasta la
hierba, había desaparecido. El pequeño Toomai miró una vez más. Ahora comprendía el porqué del golpeteo
con los pies. Los elefantes habían ensanchado el espacio pateado. Habían convertido los juncos y las
cañas de yute en una masa, ésta en pequeños fragmentos, estos fragmentos en fibras menudas, y éstas en
tierra compacta.
—¡Auch! —exclamó el pequeño Toomai, cuando sintió que se le cerraban los ojos—. Mi señor
Kala Nag, sigamos a Pudmini y vayamos al campamento de Petersen Sahib. Si no, me caeré de tu cuello.
El tercer elefante miró cómo se iban los otros dos, lanzó un resoplido, dio media vuelta y se fue
por su propio camino. Quizá formara parte de la casa de algún reyezuelo indígena, a cincuenta, sesenta o
cien millas de allí.
Dos horas más tarde, mientras Petersen Sahib desayunaba, los elefantes, cuyas cadenas habían sido
duplicadas aquella noche, empezaron a barritar. Pudmini, embarrada hasta lo alto del lomo, y Kala Nag,
con las patas doloridas, entraron, medio arrastrándose, en el campamento. El pequeño Toomai apareció con
una cara de color gris y el cabello lleno de hojas y empapado de rocío, pero intentó saludar a Petersen Sahib
y exclamó con una voz desfallecida:
—El baile... ¡El baile de los elefantes! ¡Lo he visto...! ¡Me muero!
Cuando Kala Nag se echó, resbaló desde su cuello, desmayado. Pero como parece que los niños
indígenas no tienen nervios, al cabo de dos horas se despertó muy contento, en la hamaca de Petersen
Sahib, con el traje de caza del mismo capataz como almohada, y con un vaso de leche con brandy y un poco
de quinina* en el estómago. Mientras los veteranos e hirsutos cazadores de la jungla, con barba de muchos
días, le miraban como si fuera un aparecido, sentados en tres filas delante de él, contó su aventura en
términos concisos, como lo haría un niño, y concluyó diciendo:
—Y ahora, si una sola de mis palabras es mentira, que me muera aquí mismo. Enviad unos hombres
allí. Verán que los elefantes, pateando el terreno, han agran dado su salón de baile. Verán las huellas
que conducen hasta allí por decenas y decenas. Han aumentado su espacio con los pies. Lo he visto todo.
Kala Nag me ha llevado y lo he visto. Además, a Kala Nag casi no le sostienen las piernas.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

El pequeño Toomai se acostó y durmió toda la tarde, hasta casi el comienzo del crepúsculo. Y mientras él dormía, Petersen Sahib y Machua Appa siguieron la huella de los dos elefantes en las montañas,
hasta una distancia de quince millas. Petersen Sahib había pasado dieciocho años de su vida como cazador,
pero, hasta el momento, no había descubierto un salón de baile de elefantes. Machua Appa no tuvo que
mirar dos veces el claro del bosque para comprender lo que había ocurrido allí la noche anterior, y sólo
necesitó arañar con un dedo del pie la tierra apisonada, laminada por los elefantes.
—¡Ese chico dice la verdad! —exclamó—. Todo esto es de la noche pasada y he descubierto hasta
setenta pistas que franqueaban el río. Mira, Sahib, dónde los hierros de las trabas de Pudmini han arrancado
la corteza de este árbol. Sí, también ella ha venido hasta aquí.
Se miraron, y luego miraron el suelo y el cielo con ojos asombrados, porque las costumbres de los
elefantes sobrepasan lo que el espíritu de los hombres, negros o blancos, pueden penetrar.
—Señor, durante cuarenta años he seguido a los elefantes, pero, si la memoria no me falla, jamás
un niño ha visto lo que éste. Por todos los dioses de las montañas, es... No sé qué pensar.
Cuando volvieron al campamento, se había hecho la hora de la cena. Petersen Sahib cenó solo en
su tienda. Pero mandó distribuir entre sus hombres dos corderos y algunas aves, y ración doble de harina,
de arroz y de sal, porque estaba seguro de que se celebraría una fiesta.
Toomai, el padre, había llegado rápidamente desde el campamento de los llanos, en busca de su
hijo y de su elefante. Pero ahora que ya los había encontrado, los miraba como si los dos le atemorizasen.
Hubo fiesta alrededor del fuego, que lanzaba al aire sus alegres llamas ante los elefantes, atados a sus postes
correspondientes. El pequeño Toomai fue el héroe de aquella celebración. Los cazadores de elefantes,
grandes, con la piel tostada por el sol, los rastreadores, los cornacs y los laceros, y los que conocían todos
los secretos del arte de domar a los elefantes más peligrosos, se lo pasaron de uno a otro y le hicieron una
señal en la frente con la sangre de un gallo salvaje muerto recientemente, para asegurar a todos que era un
hombre de los bosques, un iniciado, con derecho de ciudadanía en todas las junglas. Al fin, cuando las llamas
se extinguieron, y la luz roja de las ascuas teñía también de sangre a los elefantes, Machua Appa, jefe
de todas las *keddah,* álter ego de Petersen Sahib, que en cuarenta años no había visto un camino empedrado,
Machua Appa, tan grande que no se le conocía más que por Machua Appa, dio un salto, y alzando al

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

pequeño Toomai por encima de su cabeza, gritó:
—¡Escuchad, hermanos! ¡Escuchad también vosotros, los que estáis en esas filas, porque es Machua
Appa el que habla! En adelante este pequeño no se llamará el pequeño Toomai, sino Toomai el de los
Elefantes, como su antepasado. Lo que ningún hombre ha visto, él lo ha visto durante toda una noche. Le
acompañan el favor del pueblo de los elefantes y de los dioses de la jungla. Se convertirá en un gran rastreador
de huellas. ¡Será más grande que yo, Machua Appa! ¡Seguirá la pista todavía fresca, la pista antigua
y la que hay entre las dos, con una vista absolutamente segura! Jamás sufrirá daño alguno en ninguna *keddah*
cuando se deslice bajo el vientre de los adultos salvajes para atarles las patas, y si resbala delante de un
macho a punto de atacar, ese macho le reconocerá y no le atacará. *¡Ahiai!* ¡Señores que estáis aherrojados –
–pasó corriendo ante los postes—, he aquí al pequeño que os ha visto bailar, en vuestros lugares secretos,
espectáculo que jamás ha contemplado hombre alguno! ¡Señores, rendidle honores! ¡Saludad a Toomai el
de los Elefantes! *¡Salaam karo,* hijos míos! *¡Gunga Pershad, aha! ¡Hira Guj, Bírchi Guj, Kuttar Guj, aha!*
¡Pudmini, tú que le has visto durante la danza, y tú también, Kala Nag, perla de mis elefantes! ¡Aha! ¡Todos
a coro! ¡A Toomai el de los Elefantes, *Barrao!*
A ese grito salvaje, todos los elefantes de la fila elevaron sus trompas hasta la frente, y rompieron
en un saludo, el sonido ensordecedor de sus barritos, que sólo el virrey de las Indias puede escuchar, el *Salaam*
de la *keddah.*
¡Pero esa vez era en honor de Toomai, que había visto lo que no había conseguido ver hombre alguno,
el baile de los elefantes, por la noche, él solo, en los montes Garo!

SIVA Y EL SALTAMONTES

(CANCIÓN DE CUNA DE LA MADRE DE TODMAI)

Siva, sembrador de cosechas y dueño de los vientos,
sentado al iniciarse un nuevo día, hará mucho tiempo,
dio a cada uno su parte, comida, trabajo y destino,
desde el rey omnipotente hasta el mas pobre mendigo.
Todo nos lo ha dado el más alto dios, Siva.
¡Mahadeo! ¡Mahadeo! Lo hizo todo.
Al camello, la joroba, para los bueyes la hierba,
y para ti, mi niño, mi pecho de madre tierna.
Al rico le dio su trigo, y al pobre, su pobre mijo,
migajas al hombre santo, de puerta en puerta mendigo.
Al tigre buenos rebaños, sucia carroña al buitre,
huesos y trapos al lobo, noches de luna rondando.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Nada muy noble a sus ojos, nada tan feo y tan malo.
Parbati los vio venir y marchar, estando siempre a su lado,
pensó a su marido engañar, hacerle objeto de mofa.
Robó un saltamontes, y le hizo en su pecho alcoba.
Logró engañar así a Siva, el providente,
¡Mahadeo! ¡Mahadeo! Mira despacio. ¿Qué sientes?
Gigantesco es el camello, enorme el buey en el prado.
Pero este animal es pequeño, oh mi hijo bien amado.
Cuando se acabó el reparto, ella le dijo riendo:
«Señor, alimentaste a millares, y tu olvido entiendo».
Rió Siva y contestó: di a cada uno su parte,
también a eso pequeño, con que quisiste engañarme.
Lo sacó de su pecho, Parbati, una engañada ladrona,
y vio que el pequeño insecto se fue derecho a una hoja.
Lo vio, se desmayó temblorosa, haciendo oración a Siva,
que de nadie se olvidó, a todos dio su comida.
Siva lo ha dado todo, el providente,
¡Mahadeo! ¡Mahadeo! como un regalo...
al camello, la joroba, para los bueyes la hierba,
y para ti, mi niño, mi pecho de madre tierna.
Los servidores de Su Majestad
Resolvedlo por fracciones,
o bien por regla de tres.
Pero el estilo de Tweedle-dum
no es el de Tweedle-dee.
Dale al problema mil vueltas,
hasta morir de cansancio.
El estilo Laridon
no es estilo Larida.

HABÍA LLOVIDO TORRENCIALMENTE DURANTE un mes entero. Llovía sobre un campamento de treinta mil hombres, y de miles de camellos y elefantes, caballos, bueyes y mulos, casi amontonados todos en un lugar llamado Rawalpindi, para que los pasara en revista el virrey de la India. El virrey recibía la visita del emir de Afganistán, un rey, pero un rey salvaje de un país más salvaje todavía. El emir iba acompañado por una guardia de corps de ochocientos hombres con sus caballos, que jamás habían visto un campamento, ni locomotoras: hombres salvajes y caballos salvajes, nacidos en algún rincón del Asia central. Todas las noches, sin fallar una sola, una manada de estos animales soltaba sus trabas y se precipitaba dando saltos por todo el campamento, en medio del barro y de la oscuridad. O bien los camellos rompían sus ataduras, corrían por todas partes, y tropezaban con las cuerdas de las tiendas. Podéis imaginaros lo encantados que estaban quienes intentaban dormir. Mi tienda estaba lejos del lugar

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

reservado a los camellos
y yo la creía libre de todo problema. Pero una noche, un hombre asomó de repente la cabeza y gritó:
—¡Salid inmediatamente! ¡Que vienen! ¡Mi tienda está ya por tierra!
Yo sabía muy bien a quién se refería. Me puse las botas y el impermeable, me precipité fuera de la
tienda, y salí corriendo por uno de los lados. La pequeña Vixen, mi fox—terrier, salió por el otro. Luego oí
gruñidos, bramidos, sonidos guturales, como si se tratara de una olla burbujeante, y vi cómo desaparecía mi
tienda, roto limpiamente su mástil, y cómo se ponía a bailar cual fantasma loco. Un camello se había empotrado
en ella, y aunque me sentía furioso porque me estaba calando, no pude evitar la risa. Luego eché a
correr, porque ignoraba cuántos camellos se habían escapado, y me vi enseguida lejos del campamento,
avanzando penosamente por el barro.
Acabé por tropezar con la cureña* de un cañón y me di cuenta de que estaba en el acantonamiento
de la artillería, donde se guardaban los cañones durante la noche. No quise continuar andando sin ton ni son
en medio de la oscuridad y bajo la lluvia, puse mi impermeable sobre la boca de uno de los cañones, me
hice una especie de vivac improvisado con la ayuda de dos o tres atacadores que había encontrado por allí,
y me eché cuan largo era en la cureña de otro cañón, preguntándome dónde estaba yo y qué le habría ocurrido
a Vixen.
Me disponía a dormir cuando oí el sonido inconfundible de un arnés*, algo parecido a un gruñido
de disgusto, y un mulo pasó delante de mí sacudiéndoselas orejas mojadas. Estaba asignado a una batería
de cañones desmontables. Me lo certificaba el ruido de correas, anillos, cadenas y otros objetos que llevaba
sobre el lomo. Los cañones desmontables son piezas muy bonitas, formadas por dos cuerpos que se unen
cuando hay que servirse de ellas. Se transportan a la montaña hasta el último rincón adonde sea capaz de
llegar un mulo, y prestan grandes servicios en terrenos rocosos.
Detrás del mulo llegaba un camello —cuyas patas blancas, al hundirse, hacían en el barro un ruido
de ventosa— que balanceaba el cuello hacia adelante y hacia atrás, como una gallina perdida. Felizmente,
yo conocía bastante bien el lenguaje de los animales, no el de los salvajes, sino el de los acostumbrados a
vivir en campamentos. Me lo habían enseñado los indígenas, para poder enterarme así de lo que contaban.
Debía de tratarse del mismo que se había estrellado contra mi tienda, porque le decía al mulo:

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

—¿Qué voy a hacer? ¿Adónde ir? Acabo de pelear con una cosa blanca que se agitaba; y ha cogido
un palo y me ha golpeado en el cuello —se trataba del mástil de mi tienda, partido, y me gustó saberlo—
. Me voy lo mas lejos posible.
—¡Ah!, ¿eres tú? —respondió el mulo—, ¿tú y tus amigos los que habéis sembrado el desorden en
el campamento? Muy bien. Eso te va a costar unos buenos golpes mañana por la mañana. Pero yo te voy a
adelantar unos cuantos.
Por el ruido de su arnés, noté que el mulo retrocedía. Estampó en el costado del camello una lluvia
de coces, que resonaron como sobre un tambor.
—La próxima vez no te arrojes sobre una batería por la noche, gritando: «¡Al ladrón! ¡A las armas!
». Agáchate y no muevas tu estúpido cuello.
El camello se dobló como lo hacen ellos, en escuadra, y se sentó lanzando un suspiro. Se oyó en la
oscuridad el rítmico golpear de los cascos de un gran caballo, que galopaba muy tranquilo, como en los
desfiles. Saltó por encima de la cureña de un cañón y se acercó al mulo.
—Es una vergüenza —dijo con unos resoplidos con los que descargaba toda su furia—. De nuevo
esos despreciables camellos han armado lío en nuestra zona. Y es la tercera vez en una semana. ¿Cómo
puede un caballo estar en plena forma si no le dejan dormir? ¿Quién está ahí?
—Soy un mulo que se dedica a transportar cureñas, y me han asignado la del número 2, primera
batería desmontable —respondió el mulo—, y el otro es uno de vuestros amigos. ¿Y tú quién eres?
—El número 15, 5.° escuadrón, 9.° de lanceros. El caballo de Dick Cunliffe. Por favor, hazme un
poco de sitio.
—Perdóname —dijo el mulo—. Es una noche tan oscura que no se ve absolutamente nada. He salido
de mi campamento para buscar un poco de paz y calma aquí.
—Señores —dijo humildemente el camello—, hemos tenido pesadillas esta noche y nos ha entrado
miedo. Yo no soy más que un camello de carga del 39.° regimiento de la infantería indígena, y no tengo
vuestro valor, señores.
—Entonces, por las barbas de Satanás, ¿por qué no te has quedado para llevar el bagaje de la infantería
indígena, en vez de correr por todo el campamento? —preguntó el mulo.
—Eran unas pesadillas espantosas —respondió el camello—. Os pido perdón. ¡Escuchad! ¿Qué es
eso? ¿Hay que echar a correr de nuevo?
—Siéntate —le ordenó el mulo—, o te romperás esas largas patas con los cañones —puso las

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

orejas
tiesas, prestando la mayor atención—. Los bueyes —dijo—, los bueyes empleados en la batería. ¡Por
todos los demonios! Tú y tus amigos habéis despertado al campamento al completo. Se necesita molestar
de veras a un buey de batería para que se ponga de pie.
Me pareció oír una cadena que se arrastraba por el suelo. Llegó una pareja de esos bueyes blancos
que acercan los cañones a los sitios a los que no se atreven a llegar los elefantes, al notar cerca el fuego del
enemigo. Iban lentos, apoyándose, empujándose con los hombros, casi pisando la cadena. Venia detrás de
ellos un mulo de los de batería, que llamó a gritos como loco:
—¡Billy!
—Uno de nuestros reclutas —le presentó el mulo veterano al caballo de las fuerzas de caballería—
. Me llama. Vamos, jovenzuelo, ¿por qué gritas de esa manera? La oscuridad jamás ha hecho mal a nadie.
Los bueyes de batería se pusieron costado contra costado y empezaron a rumiar. Pero el mulo novato
se precipitó hacia Billy.
—¡Qué cosas! —exclamó—. Billy, cosas espantosas y horribles. Llegaron hasta nuestras filas mientras dormíamos. ¿Crees que nos matarán?
—Tengo ganas de propinarte unas coces que me dejen a gusto —le respondió Billy—. ¡Que un
mulo enorme como tú, formado como estás, deshonre a la batería delante de este señor!
—Tranquilo, tranquilo —suplicó el caballo—. Recuerda que son todos igual al principio. La primera
vez que vi a un hombre (fue en Australia y tenía yo entonces tres años), eché a correr y no paré en
medio día, y si hubiera visto a un camello, todavía seguiría corriendo. Casi todos los caballos de nuestra
fuerza de caballería, en la India, son importados de Australia, y los doman los mismos jinetes.
—Es cierto lo que dices —cedió Billy—. Deja de temblar, jovencito. La primera vez que me pusieron
el arnés completo, con todas sus cadenas, sobre la espalda, me levanté sobre las patas delanteras,
empecé a dar coces y tiré todo por tierra. No sabía prácticamente nada sobre el arte de cocear, pero los de la
batería dijeron que jamás habían visto algo parecido.
—Pero no era un arnés, ni cosa que haga ruido. Sabes, Billy, que eso me trae ya sin cuidado. Eran
cosas como árboles, y caían por todo el campamento, burbu jeando. Se me rompió la cabezada y no pude
encontrar a mi encargado, Billy. Entonces huí con... estos señores.
—¡Hummm! —rezongó Billy—, en cuanto vi que los camellos se habían escapado, me fui por
propia iniciativa, pero con mucha tranquilidad. Para que un mulo de batería... o, más bien, de

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

cañón desmontable
llame señores a los bueyes, tiene que estar seriamente tocado de la cabeza. ¿Quiénes sois vosotros,
vosotros, los que estáis tumbados?
Los bueyes dieron la vuelta al bolo alimenticio en la boca, y respondieron a la vez:
—7.a pareja, 1.a pieza de artillería de grueso calibre. Estábamos durmiendo cuando llegaron los
camellos. Cuando nos dimos cuenta de que no respetaban nada y a nadie y estaban a punto de pisotearnos,
nos levantamos y nos fuimos. Es mejor descansar tranquilos en el barro, que mal sobre una buena cama de
paja. Le hemos dicho a vuestro amigo aquí presente que no tenía nada que temer, pero es tan sabio que le
ha parecido mejor seguir su propia opinión. ¡Qué le vamos a hacer!
Y siguieron rumiando.
—Fíjate lo que pasa cuando se tiene miedo —dijo Billy—. Uno se convierte en objeto de mofa
hasta para bueyes de batería. Espero que eso te guste, pequeño.
El mulo joven apretó los dientes, y le oí decir algo así como que el no tenía miedo de ningún viejo
y asqueroso buey de batería. Pero los bueyes se limitaron a entrechocar sus cuernos y continuaron rumiando.
—Bueno, no te enfades. Esa sí que es la peor de las cobardías —trató de apaciguar los ánimos el
caballo—. A cualquiera se le puede perdonar por tener miedo ante lo que no se comprende. Nosotros nos
hemos escapado en muchas ocasiones, y una vez nada menos que cuatrocientos de entre nosotros, porque
un recluta empezó a contarnos historias de serpientes—látigo, que hay en nuestra tierra, Australia, y que
son muy peligrosas. Nos moríamos de miedo con sólo ver el cabo suelto de nuestras cabezadas.
—Todo eso está muy bien en el campamento —dijo Billy—. No me resisto al inmenso placer que
produce una desbandada después de haber estado uno o dos días sin salir. Pero ¿qué hacéis cuando estáis en
servicio activo?
—Bueno, eso es otro asunto. Cuando me encuentro en esa circunstancia, mi jinete es Dick Cunliffe,
que me hunde las rodillas en los costados. Sólo tengo que vigilar dónde pongo los cascos, mantener las
patas traseras debajo del cuerpo y obedecer la brida.
—¿Qué quiere decir obedecer la brida? —preguntó el mulo joven.
—¡Esto sí que es bueno, por lo más sagrado que haya en el mundo! —le contestó el caballo con aire
desdeñoso—. ¿Quieres decir que no os enseñan a obedecer la brida? ¿Cómo podéis ser buenos en nada si
no sabéis dar la vuelta en redondo, cuando sentís que una de las riendas os aprieta en una

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

parte del cuello?
Es una cuestión de vida o muerte para vuestro hombre y, naturalmente, también para vosotros. Cuando
sientas la rienda en tu cuello tienes que girar en redondo con las patas traseras bajo la horizontal del cuerpo.
Si no tienes sitio suficiente, levántate sobre las patas traseras, y entonces da la vuelta apoyándote en ellas.
Eso es saber obedecer la brida.
—Eso no es lo que nos enseñan —le replicó Billy con mucha frialdad—. Se nos enseña a obedecer
a nuestro guía. A pararnos a una orden suya, y a avanzar cuando nos lo mande. Supongo que en el fondo es
lo mismo. Pero ¿a qué vienen esas bellas maniobras y figuras de carrusel, que deben ser malísimas para
vuestros jarretes*? De verdad, ¿para qué os sirven?
—Eso depende —respondió el caballo—. A menudo tengo que hacer cargas contra multitudes furiosas,
vociferantes, masas de hombres hirsutos, armados con cuchillos largos, brillantes, peores que las
herramientas del herrador, y tengo que estar atento para que la bota de Dick llegue a tocar la del hombre
que va a su lado, pero sin apretarla. Veo la lanza de Dick a la derecha de mi ojo derecho, y me siento seguro.
No me gustaría ser el hombre o el caballo que quiera detenernos, a Dick y a mí, cuando nos encontremos
en aprietos.
—Pero los cuchillos deben haceros mucho mal —dijo el mulo joven.
—Bueno, en una ocasión me rajaron el pecho, pero Dick no tuvo la culpa...
—Yo habría dejado de preocuparme de quién era la falta, en cuanto hubiera sentido la herida —
dijo el joven mulo.
—Un grave error —contestó el caballo—. Si no tienes confianza en tu hombre, es mejor que te retires
inmediatamente, y a toda velocidad. Así se comportan algunos de mis colegas, y no se lo reprocho.
Como he dicho, no era culpa de Dick. Nos topamos con un hombre tendido en el suelo, y me estiré cuanto
pude para no pisotearlo. Pero me hizo un tajo con su cuchillo. La próxima vez que vea un hombre en tierra
le pondré los cascos encima, y bien fuerte.
—¡Hummm! —gruñó Billy—, eso me parece totalmente absurdo. Los cuchillos son unos instrumentos
asquerosos, míreselos por donde se los mire. Lo más interesante es subir montañas, llevando la silla
perfectamente sujeta y equilibrada, aferrarse al suelo con las cuatro patas, y hasta con las orejas, avanzar
paso a paso haciéndose bien pequeño, para llegar al fin, dominando todo el mundo desde centenares de

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

metros de altura, a una cornisa donde existe el sitio justo para apoyar los cascos. Entonces te quedas totalmente
quieto y en silencio —ni siquiera sueñes que un hombre te sujete la cabeza, chico—, en silencio
mientras montan los cañones, después de lo cual se ve cómo los diminutos obuses caen por encima de las
copas de los árboles haciendo «buuum», lejos, muy lejos, muy abajo.
—¿Y nunca habéis dado un paso en falso? —le preguntó el caballo.
—Se dice que cuando una mula de batería resbale y se despeñe, hay que celebrarlo partiendo la
oreja de una gallina —contestó Billy—. De cuando en cuando quizá una albarda mal cargada haga perder el
equilibrio a un mulo, pero es muy raro. Me gustaría enseñarte lo que hacemos. Es magnífico. He tardado
tres años en comprender lo que querían los hombres. La sabiduría del oficio consiste en no ponerse nunca
de perfil a cielo abierto, porque entonces puedes muy bien convertirte en blanco de los fusiles enemigos.
Permanece a cubierto siempre que sea posible, incluso si eso significa desviarte una milla. A mí me toca
guiar la batería cuando se escala así.
—¡Servir de blanco sin poder lanzarte sobre los que te están tiroteando! —dijo el caballo, reflexionando
profundamente—. Yo no lo soportaría. Me volverla loco por atacar con Dick como jinete.
—Las cosas no son así. En cuanto están en posición, las piezas de cañón se ocupan de cargar. Es
científico y limpio. Pero los cuchillos, ¡qué porquería!
El camello balanceaba la cabeza impaciente, intentando intervenir en la conversación. Luego, le
oí, después de haberse aclarado la garganta, y con un tono en el que se adivinaba la timidez, inseguro:
Yo he... yo he... hecho un poco la guerra, pero no escalando y corriendo como vosotros.
—Eso es evidente y lo sabemos todos. Y, puesto que te has decidido a hablar, te digo que no tienes
aire ni de escalador ni de corredor. Eres poca cosa. ¿Qué pasó, viejo fardo de heno?
—Pues que hicimos las cosas como hay que hacerlas —respondió el camello—. Nos echamos todos...
—¡Vaya, por mi grupera* y mi pretal*! —rezongó el caballo en voz baja—. ¡Echarse al suelo!
—Nos echamos cien en el suelo, formando un gran cuadrado —continuó el camello—. Los hombres
apilaron los fardos y las sillas que llevábamos en los lados del cuadrado, y disparaban por encima de
nuestros lomos. Y lo hacían desde los cuatro lados del cuadrado.
—¿Y quiénes eran esos hombres? ¿Los primeros que se presentaron como reclutas? —preguntó el
caballo—. También a nosotros, en la escuela de equitación, nos enseñan a echarnos, y a permitir que nuestros

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

jinetes disparen por encima de nosotros. Pero yo sólo me fío de Dick Cunliffe. Me hace cosquillas junto
a la cincha para que me tumbe y, además, con la cabeza en tierra no puedo ver.
—Pero ¿qué importa quién dispare por encima de tu cuerpo? —dijo el camello—. Hay montones
de hombres y de camellos cerca de uno, y enormes nubes de humo. Entonces no me asusto. Me limito a
sentarme y esperar.
—Y, sin embargo —dijo Billy—, tienes pesadillas por la noche y conviertes el campamento en un
pandemonium. ¡Bien! ¡Bien! Antes de echarme al suelo, tanto más de sentarme, y de permitir que un hombre
dispare por encima de mí, mis patas y su cabeza tendrían algo que decirse. ¿Habéis oído en vuestra vida
algo tan espantoso, tan ridículo y tan sin sentido como esto?
Se hizo un gran silencio, y luego uno de los bueyes levantó su impresionante cabeza.
—Lo que decís no tiene ni pies ni cabeza —dijo—. Hay una sola manera de combatir.
—Vaya, adelante —comentó Billy—. Que no te preocupe mi presencia. Supongo que vosotros,
amigos, combatís de pie, y apoyados sobre vuestra cola.
—Sí, sólo hay una forma —dijeron los dos a la vez. Deberían haber sido gemelos—. Y es ésta:
uncirnos las veinte yuntas* que somos al cañón grande en cuanto Dos Colas barrita.
Dos Colas es el mote que se emplea en el campamento para referirse al elefante.
—¿Y por qué barrita?
—Para decirnos que no dará un paso más hacia la humareda que tiene enfrente. Dos Colas es un
cobarde total. Nosotros somos los que, todos a una, empujamos el gran cañón. *¡Heeya, ¡Hullah!, ¡Heeya! ,
¡Hullah!* Ni escalamos como gatos, ni corremos como terneros. Las veinte yuntas de mi grupo avanzamos
por la llanura, tan plana como la palma de la mano, hasta que nos desuncen de nuevo, y pastamos cuando el
gran cañón le habla a través de la llanura a alguna ciudad de paredes de adobe, y los muros saltan por los
aires, y sube una enorme polvareda como si muchas vacadas volvieran al establo.
—¿Y entonces es cuando más os gusta pastar? —preguntó el mulo joven.
—Entonces o luego. Comer siempre está bien. Comemos hasta que nos uncen de nuevo al yugo y
desplazamos el cañón hasta donde lo espera Dos Colas. A veces, en las ciudades hay grandes cañones que
responden al fuego del nuestro y matan a algunos de nosotros. Se trata del destino, únicamente de eso. Pero,
de todas formas, Dos Colas es un grandísimo cobarde. La nuestra es la manera más adecuada de pelear.
Nosotros somos hermanos, hijos de Hapur. Nuestro padre fue un buey sagrado de Siva. Hemos dicho lo que
teníamos que decir.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

—Bien, ciertamente he aprendido algo esta noche —dijo el caballo—. Vosotros, los señores de la
batería de los cañones desmontables, ¿tenéis el humor suficiente como para comer cuando estáis bajo el
fuego, mientras os espera Dos Colas, que se ha quedado atrás?
—Casi la misma alegría que sentimos cuando tenemos que echarnos por tierra, y dejar que los hombres se tumben sobre nosotros, o cuando nos lanzamos contra multitudes armadas de cuchillos. Nunca
había oído tonterías semejantes a las que he escuchado esta noche. Una cornisa junto a un precipicio en la
montaña, una carga bien equilibrada, un mulero que me deje seguir mi camino, y seré yo el primero que se
ofrezca para todo. Pero del resto de lo dicho, ¡ni hablar! —casi gritó Billy golpeando la tierra con uno de
sus cascos.
—Naturalmente —quiso aclarar el caballo—, no estamos todos hechos de la misma madera, y veo
que a los de vuestra familia, por línea paterna, les costaría entender muchas cosas.
—No admito que os metáis con la línea paterna de nuestra familia —respondió Billy encolerizado—,
porque a ningún mulo le gusta que le recuerden que su padre fue un asno. Mi padre era un caballero
del sur, capaz de derribar, de morder y dejar para el arrastre a cualquier caballo que se le cruzara en el camino.
No lo olvides nunca, tú, gran *brumby* marrón.
La palabra *brumby* se emplea para calificar a un caballo salvaje, sin modales. Y os podéis imaginar
lo que el insulto significó para el caballo de Australia. Vi cómo brillaba en la oscuridad el blanco de sus
ojos.
—Dime, hijo de un garañón importado de Málaga —la frase le salió de entre unos dientes apretados
de rabia—. Quiero que sepas que estoy emparentado, por línea materna, con Carbine, ganadora de la
copa de Melbourne. Y en mi tierra no solemos dejarnos pisotear por un mulo que habla como los loros;
pero sus palabras salen de su cabeza de cerdo, y no les queda más remedio que pertenecer a una batería de
cerbatanas*, esos juguetes que entretienen a los niños. ¿Estás preparado?
—¡De pie, sobre las patas traseras! —gritó Billy con voz estridente.
Los dos adoptaron la misma postura, estaban cara a cara, y yo esperaba un combate a muerte, cuando en la oscuridad, hacia la parte derecha, se oyó una voz gutural y profunda.
—Chicos —dijo—, ¿por qué os peleáis? Tranquilos.
Los dos animales bajaron las patas a la vez, bufando de disgusto, porque ni el caballo ni el mulo
pueden soportar la voz de un elefante.
—¡Es Dos Colas! —dijo el caballo—. No puedo aguantarlo. Tener una cola a cada extremo del

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

cuerpo no es justo.
—Lo mismo pienso yo —dijo Billy, apretándose contra el caballo para no sentirse solo—. Nosotros
nos parecemos mucho en ciertos rasgos.
—Supongo que los habremos heredado de nuestras madres —respondió él caballo—. ¿Por qué
vamos a pelearnos? Oye, Dos Colas, ¿estás atado?
—Sí —respondió el riéndose con toda la trompa—. Me han atado a los postes para pasar la noche.
He escuchado lo que decíais. No tengáis miedo. Me quedo donde estoy.
Los bueyes y los camellos exclamaron casi en voz alta:
—¿Miedo de Dos Colas? ¡Qué absurdo!
—Sentimos que nos hayas oído —añadió el buey—, pero es verdad. Dos Colas, ¿por qué tenéis
miedo de los cañones cuando disparan?
—Bueno —dijo Dos Colas frotándose las patas traseras, como el niño que recita una poesía—. No
sé si llegaréis a comprender lo que os voy a contar.
—Nosotros no comprendemos, pero debemos arrastrar los cañones —respondieron los bueyes.
—Lo se. Y sé que sois más valientes de lo que pensáis. Pero es que yo soy muy diferente. El otro
día, el capitán de mi batería me llamó paquidermo anacrónico.
—Supongo que se refería a la manera tan particular que tienes de combatir —dijo Billy, que había
recuperado su— valor.
—Naturalmente, tú no tienes ni idea de lo que eso significa, pero yo sí. Eso significa, más o menos,
que ni una cosa ni otra, y eso es exactamente lo que yo soy. Puedo ver con toda claridad lo que sucederá
si estalla un obús. En cambio, vosotros, los bueyes, no poseéis esa capacidad.
—Yo sí —dijo el caballo—. Al menos, algo. Y procuro no pensar en ello.
—Yo soy capaz de ver más que tú, y no puedo evitar pensarlo. Sé, que en mi caso, tengo que vigilar
una masa de un volumen enorme, y que nadie me cuidará si caigo enfermo. No pagarían a mi cornac
hasta mi recuperación, pero no puedo fiarme de el.
—Pues yo sí —le respondió el caballo—. Ahora está todo claro. Yo puedo fiarme completamente
de Dick. —Podéis ponerme encima del lomo un regimiento de Dicks sin que por eso consiguiera sentirme
mejor. Sé más que de sobra para sentirme incómodo, y no lo suficiente como para seguir adelante como si
no lo supiera.
—No comprendemos —dijeron los bueyes.
—Lo sé. No os hablo a vosotros. No tenéis ni idea de lo que es la sangre.
—Te equivocas —respondieron ellos—. Sí que lo sabemos. Es una cosa roja que empapa el suelo

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

y que huele.
El caballo resopló, dio un brinco, y finalmente hizo un corcovo*.
—No habléis de la sangre. Sólo con oír esa palabra puedo olerla. Y ese olor me produce un deseo
incontenible de salir huyendo cuando Dick no me monta.
—Pero aquí no hay sangre por ninguna parte —dijeron el camello y los bueyes—. ¡Qué tonto eres!
—Es algo sucio —dijo Billy—. Yo no siento la necesidad de echar a correr, pero tampoco quiero
hablar de ello.
—¡Eso es, aquí está! —dijo Dos Colas meneando el rabo a manera de explicación.
—Pues claro que estamos aquí —dijeron al unísono los bueyes—. Llevamos toda la noche.
Dos Colas golpeó la tierra con una fuerza tal que la anilla de hierro que llevaba empezó a tintinear.
—¡Pareja de necios! No hablaba de vosotros. Sois incapaces de ver lo que hay dentro de vuestras
cabezas.
—Es verdad. Vemos con nuestros cuatro ojos lo que hay fuera de nosotros —dijeron los bueyes—.
Vemos lo que hay frente a nosotros.
—Si yo pudiera hacer lo mismo, únicamente eso, no os necesitarían para arrastrar los cañones. Si
yo fuera como mi capitán... el ve las cosas en su cabeza antes de disparar. Tiembla de los pies a la cabeza,
pero es demasiado inteligente para huir. Si yo fuera como él, sería capaz de arrastrar los cañones. Pero si yo
supiera tanto, jamás me habría metido en este embrollo. Sería un rey en el bosque, como lo era antes. Pasaría
la mitad del día durmiendo y me bañaría cuando me apeteciera. Hace ya un mes que no me he dado un
buen baño.
—Todo eso es muy bonito —dijo Billy—, pero poner a una cosa un nombre interminable, como
paquidermo anacrónico, no la remedia.
—Calla —le contestó con aspereza el caballo—. Me parece que empiezo a entender lo que dice
Dos Colas.
—Lo comprenderás mejor dentro de un minuto —contestó el hecho una furia—. Vamos, ¿quieres
explicarme por qué no te gusta esto?
Se puso a barritar furiosamente, con la máxima potencia de que era capaz.
—¡Para! —dijeron a la vez Billy y el caballo.
Sentí que golpeaban el suelo y que se estremecían. El barrito del elefante es siempre desagradable,
sobre todo en una noche oscura.
—¿No? —respondió Dos Colas—. ¿No me lo vais a explicar? ¡Hhhrrmph! ¡Rrrt! ¡Rrrmph! ¡Rrrhha!
Luego se paró de repente. Oí un pequeño vagido en la oscuridad y me di cuenta

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

inmediatamente
de que Vixen me había encontrado. Ella sabía tan bien como yo que si hay algo en el mundo que asuste
más al elefante, es el ladrido de un perro pequeño. Vixen se detuvo para molestar a Dos Colas y se puso a
corretear alrededor de sus enormes patas. Él las movía, mientras lanzaba unos gritos agudos.
—¡Vete de aquí, perro asqueroso! —le chilló Dos Colas—. Si sigues oliéndome los tobillos, te
soltaré una patada. Perrito valiente... perrito simpático. ¡Venga, venga! Túmbate, pequeña bestia sucia. ¿Por
qué no la retiráis de aquí? ¡Fijaos, me va a morder!
—Me parece —dijo Billy al caballo— que nuestro amigo Dos Colas tiene miedo de casi todo. Si
me hubieran dado una buena comida por cada perro que, de una coz, he hecho atravesar, dando volteretas,
el campo de maniobras, a estas horas estaría tan gordo como Dos Colas.
Silbé, y Vixen se me acercó, totalmente embarrada, me lamió la nariz, y me contó cómo había recorrido
todo el campamento buscándome. Nunca le había revelado que yo comprendía el lenguaje de los
animales, pues se habría tomado todas las libertades del mundo. La levanté con mis brazos y la apreté contra
mi pecho, abotonándome el abrigo por encima de ella, mientras Dos Colas se agitaba, golpeaba el suelo
y gruñía para sus adentros.
—¡Es extraordinario! ¡Sencillamente extraordinario! Es algo genético, de familia. Pero ¿dónde está
ahora esa bestia pequeña y maligna? —oí que palpaba la oscuridad con la trompa.
—Se diría que todos tenemos nuestras debilidades, cada uno la suya —continuó, mientras se sonaba
la trompa—. Vosotros, caballeros, os alarmasteis cuando me puse a barritar.
—No nos hemos alarmado exactamente —respondió el caballo—, pero pensé que tenía en el lomo
un avispero en vez de una silla. No empieces otra vez.
—Yo tengo miedo de un perro faldero, y al camello le asustan las pesadillas.
—Tenemos la suerte de no vernos obligados a luchar todos de la misma manera —dijo el caballo.
—Lo que a mí me gustaría saber —señaló el joven mulo, que estaba callado desde hacía mucho
tiempo— es, sencillamente, por qué tenemos que luchar.
—Porque nos lo mandan —explicó el caballo, indignado.
—Las órdenes —añadió Billy el mulo, rechinando los dientes.
¡Hukm ha¡! (es una orden) —dijo el camello, con un gargarismo.
¡Hukm hai! —repitieron Dos Colas y los bueyes.
—Sí, pero ¿quién da las órdenes? —preguntó el mulo joven, que era un recluta reciente.
—El hombre que se encarga de ti. O el que llevas sobre tu lomo. O el que te guía. O el que puede
retorcerte la cola —le explicaron Billy, el caballo, el camello y los bueyes, cada uno por

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

turno.
—Pero ¿quién les da a ellos las órdenes?
—Bueno, quieres saber demasiado, jovenzuelo —le contestó Billy—, una excelente forma de que
te tundan a patadas. Sólo debes obedecer al hombre que te tiene a su cargo, sin hacer preguntas.
—Perfecto —aseveró Dos Colas—, yo no puedo obedecer porque no veo claro nada, pero Billy
tiene razón. Desobedece las órdenes y detendrás toda la batería, con lo que te ganarás una buena tunda.
Los bueyes se levantaron para salir.
—Está a punto de amanecer —dijeron—. Vamos a llegarnos a nuestro campamento. Es cierto que
nosotros solamente vemos con nuestros ojos, y que no somos demasiado inteligentes, pero eso no importa,
porque somos los únicos que esta noche no hemos tenido miedo. Buenas noches, valientes.
Nadie respondió, y el caballo preguntó para cambiar de conversación:
—¿Dónde está el perrillo? Donde hay un perro, siempre hay un hombre cerca.
—Estoy aquí —ladró Vixen, bajo la cureña—, y con mi amo. Oye, camello estúpido y patudo, tú
nos echaste abajo la tienda, y mi amo está furioso.
—¡Uau! —exclamaron los bueyes—. Debe ser un blanco.
—Por supuesto —replicó Vixen—. ¿Pensabais que me cuidaba un boyero negro?
¡Huah! ¡Ouack! ¡Ugh! —exclamaron de nuevo los bueyes—. Vámonos inmediatamente.
Empezaron a andar a toda prisa sobre el barro, y no sé cómo se las arreglaron para que su yugo se
quedara enganchado en la vara de una carreta de municiones.
—Lo habéis conseguido —Billy no pudo contener su sorna—. Es inútil que lo intentéis. Os vais a
quedar así, bloqueados, hasta al amanecer. ¡Santo Cielo! ¿Quién la ha tomado con vosotros?
Los bueyes empezaron a lanzar esos bufidos prolongados, sibilantes, característicos del ganado
vacuno de la India. Empujaban, se apretaban el uno contra el otro, golpeaban el suelo, se resbalaban, casi se
cayeron al suelo, embarrado, gruñendo con furia.
—Os vais a romper el cuello en cualquier momento —aseguró muy serio el caballo—. ¿Pues qué
tienen los blancos? Yo vivo bien con ellos.
—Comen... ¡Nos comen! ¡Tira! —exclamó el buey de la izquierda. El yugo se rompió con un ruido
seco, y se alejaron los dos con una marcha pesada.
Hasta entonces, nunca había comprendido por qué el ganado vacuno en la India tiene tanto miedo
a los ingleses. Nosotros comemos carne de buey, cosa que no hace ningún boyero, y, naturalmente, eso no
les sienta bien a las bestias.
—¡Que me azoten con las cadenas de mi arzón! ¿Quién se habría imaginado que dos gordinflones

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

como ellos perderían la cabeza? —le salió a Billy.
—¿Y eso qué importa? Yo voy a echar un vistazo a ese hombre blanco. La mayoría lleva cosas en
los bolsillos —se oyó al caballo.
—Después de lo que has dicho, te dejo solo. Tampoco yo puedo decir que les quiera demasiado.
Además, los blancos que no tienen un lugar donde dormir son casi siempre ladrones, y llevo cantidad de
cosas sobre el lomo que son propiedad del Estado. Vente conmigo, jovenzuelo, que vamos a llegarnos juntos
hasta nuestro rincón. ¡Buenas noches, Australia! Supongo que volveremos a vernos mañana durante la
revista. ¡Buenas noches, viejo fardo de paja! A ver si intentas controlar tus miedos, ¿eh? Buenas noches,
Dos Colas. Si pasas junto a nosotros mañana, durante la revista, no te pongas a barritar. Eso desordenaría
nuestras líneas.
Billy, el mulo, se fue con los andares característicos de los veteranos, entre derrengado y desenfadado.
Mientras tanto, el caballo apoyó su morro contra mi pecho. Le di unas cuantas galletas, y Vixen, que
es la perrilla más vanidosa del mundo, aprovechó la ocasión para contarle mentirijillas sobre las docenas y
docenas de caballos que ella y yo teníamos a nuestro cargo.
—Mañana iré a la revista en mi coche de dos ruedas —quiso impresionarle—. ¿Dónde estarás tú?
—En el flanco izquierdo del 2.° escuadrón. Yo marco la cadencia a todo mi pelotón, señorita —
respondió él muy cortésmente—. Ahora me voy, porque debo encontrar a Dick. Tengo la cola llena de barro
y necesitará dos horas de duro trabajo para prepararme para la revista.
La gran revista de treinta mil hombres, con todo su equipamiento, se celebró por la tarde. Vixen y
yo ocupamos un buen sitio, muy cerca del virrey y del emir de Afganistán, cubierta su cabeza con un alto y
fuerte gorro de astracán, y en medio de él, la gran estrella de diamantes. La primera parte de la revista
transcurrió a pleno sol. Desfilaron los regimientos, oleadas sucesivas de piernas, en perfecto acompasamiento
y con los fusiles alineados sin un solo fallo. Una visión que casi producía vértigo. Luego llegó la
caballería a medio galope, acompañada por una bella tonada, *Bonnie Dundee.* Vixen, orgullosa en su carruaje,
levantó las orejas para oírla mejor. El 2.° escuadrón de lanceros pasó a toda velocidad, y entre ellos,
el caballo de la noche anterior, con su cabeza casi apoyada en el pecho, con una oreja hacia delante y la otra
hacia atrás, marcando el paso al resto del escuadrón, moviendo las patas a ritmo de vals.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Vinieron a continuación
los cañones, y vi a Dos Colas, y a otros elefantes, arrastrando un cañón de asedio, de los que disparan
obuses de veinte kilos, seguidos por veinte parejas de bueyes. La séptima llevaba un yugo nuevo y
parecía avanzar con más pereza de la normal, fatigada. Al final desfilaron los cañones desmontables. Billy
el mulo tenía un aire orgulloso, como si fuera el comandante en jefe. Su arnés estaba perfectamente engrasado
y cepillado. Brillaba. Yo lancé un ¡hurra!, que nadie coreó, por Billy el mulo, pero no miró ni una sola
vez ni a derecha ni a izquierda.
Empezó a caer la lluvia, y durante un rato una cortina de niebla impidió ver los movimientos de
las tropas. Habían descrito un gran semicírculo en la llanura y se des plegaban en un solo frente. La línea
fue creciendo, creciendo, creciendo, hasta cubrir un kilómetro de un extremo a otro, una muralla compacta
de hombres, caballos y cañones. Entonces, la muralla empezó a avanzar directamente hacia donde se encontraban
el virrey y el emir y, a medida que se aproximaba, el suelo echó a temblar, como el puente de un
barco con los motores a toda potencia.
Si no se ha asistido a una revista parecida, uno no puede imaginarse la impresión aterradora que
este avance de las tropas causa a los espectadores. Yo miraba al emir. Hasta entonces no había cruzado su
rostro la más mínima sombra de sorpresa, ni de ningún otro sentimiento. Pero, de repente, sus ojos empezaron
a abrirse, cogió con fuerza las riendas de su caballo, y miró a su espalda. Por un instante se pudo hasta
pensar que iba a desenvainar su espada y abrirse paso entre la multitud inglesa, hombres y mujeres que se
encontraban en sus carruajes, detrás de él. Luego, la muralla se paró de golpe, el suelo dejó de temblar, el
frente entero de las tropas saludó, y treinta bandas de música empezaron a tocar a la vez. La revista había
terminado, y los regimientos volvieron a sus campamentos bajo la lluvia, mientras una banda de infantería
atacaba el himno siguiente:
Avanzaban los animales de dos en dos.
¡Hurra!
Avanzaban los animales de dos en dos.
El elefante y el mulo de batería,
y entraron todos en el Arca,
buscando protección del agua fría.
Después oí a uno de los jefes asiáticos, de cabellos grises, que había venido con el emir desde el

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

norte del país, preguntar a un oficial indígena:
—Dime, ¿cómo se ha conseguido este prodigio?
—Se ha dado una orden y luego se ha acatado.
—¿Pero es que los animales son tan inteligentes como los hombres? —preguntó de nuevo el jefe.
—Obedecen, como los hombres. El mulo, el caballo, el elefante, el buey, todos obedecen a sus encargados,
éste a su sargento, éste a su teniente, éste a su capitán, éste a su comandante, éste a su coronel, éste a su brigadier con sus tres regimientos, el brigadier a su general, que obedece al virrey, que está al servicio
de la emperatriz. Las cosas hay que hacerlas así.
—¡Si hubiera algo parecido en Afganistán! —exclamó el jefe—. Allí nadie obedece más que su
propia voluntad.
—Y por eso —comentó el oficial indígena retorciéndose el bigote—, vuestro emir, a quien no obedecéis, debe presentarse aquí para obedecer las órdenes de nuestro virrey.
CANCIÓN DE LOS ANIMALES DEL CAMPAMENTO DURANTE LA REVISTA
LOS ELEFANTES DE LOS CAÑONES
Prestamos a Alejandro nuestra fuerza,
la ciencia en nuestros cuerpos y cabeza.
Nuestros cuellos, dispuestos siempre al servicio,
jamás gozaron de libertad o beneficio.
Paso a los altos elefantes y a sus inmensos arreos,
arrastrando cañones, sembradores de muerte y de miedo.
LOS BUEYES DE LA ARTILLERIA
Héroes de arneses que esquivan las balas,
la pólvora se os cuela en las entrañas.
Entramos en acción y nos siguen los cañones.
Apartaos, que llegan veinte parejas.
Arrastran atalajes, ya no viven de emociones.
CABALLOS DE LA FUERZA DE CABALLERÍA
Nos marcó el hierro para ser mejores,
y gozan de nosotros, húsares, lanceros.
Mejor que establos o abrevaderos,
la canción de Bonnie Dundee, nuestro supremo consuelo.
Dadnos luego de comer, mucha doma y mil cuidados,
inteligentes jinetes, tierra abierta a los espacios.
Formemos escuadrones en columna bien perfecta,
¡y veréis galopes locos con las notas de Bonnie Dundee!
LOS MULOS DE LA ARTILLERÍA DE MONTAÑA
Trepábamos monte arriba mis compañeros y yo.
No había sendero ante nosotros, pero seguimos,
corazón y cascos y a hacer nuestro cualquier sitio.
Y en la cima, las grandes ilusiones del honor.
Nos encantan las alturas y dicen que nos sobran patas.
Buena suerte al sargento que nos deja libertad
para encontrar el camino, mala a los malos cargadores.
Sabemos manejarnos en lugares y terrenos imposibles,

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Nos encantan las alturas y dicen que nos sobran patas.
LOS CAMELLOS DE INTENDENCIA
No hay un himno que a los camellos
nos ayude a avanzar.
Nuestros cuellos, auténticos trombones,
tralala, tralala, sonoridad de trombones.
Y nuestra canción de marcha
es ¡ni puedo, ni quiero, ni haré, no!
Que lo oiga la línea entera.
¿Quién ha perdido la carga?
¿Por qué no ha sido la mía?
Cayó la carga al camino.
Viva el alto y la algarada.
¡Urr! ¡Yarth! ¡Grr! ¡Arch!
A palos le parten a uno el alma.
TODOS LOS ANIMALES A CORO
Nacimos, vivimos en campamentos,
y hay para todos un rango.
Hijos del yugo, aguijada,
arneses, miles de petos y cargas.
Destensada está la cuerda;
nuestras filas, una marea ondulante,
con prisas de ir a la guerra.
Siempre los hombres a nuestro lado,
polvorientos, ojos de sueño y vigilias,
ignoran como nosotros, por qué
seguir con frío y con sed, es una ley.
Nacimos, vivimos en campamentos,
y hay para todos un rango.
Hijos del yugo, aguijada,
Arneses, miles de petos y carga.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026